



LAUREN

WISSE

WISSE

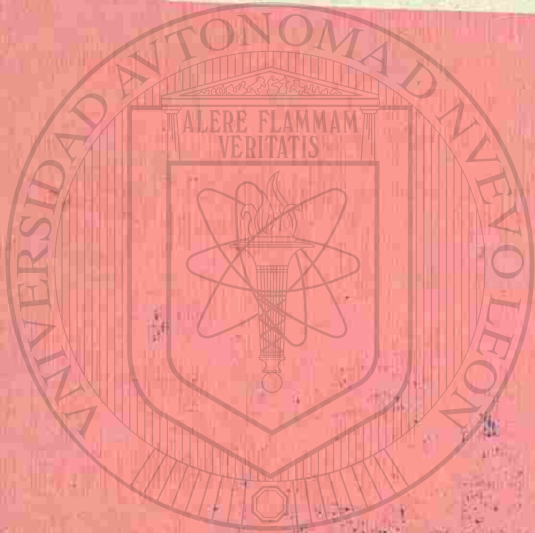
PO6503

.A4

A16



1020027207



U A N L

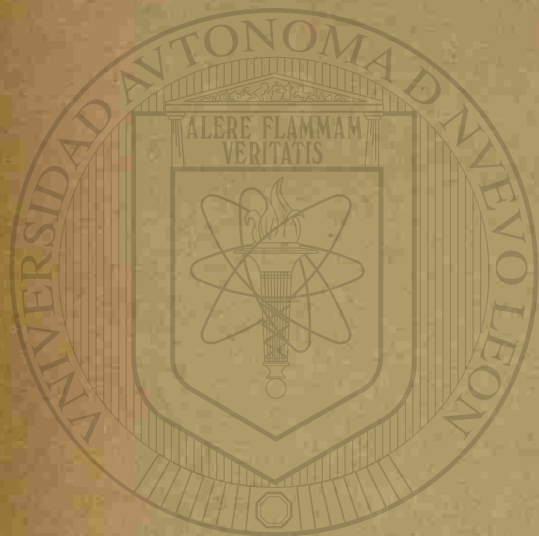


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

7

Num. Clas. 864.5
Num. Autor A 323m
Num. Adg. 33221
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó *ay*
Catalogó _____

FOLLETOS LITERARIOS

VII

MUSEUM



33221

OBRAS DE LEOPOLDO ALAS

(CLARÍN)

El derecho y la moralidad.
Programa de economía.
Alcalá Galiano (conferencia).

Solos de Clarín (3.^a edición). (Agotada.)
La literatura en 1881 (en colaboración) (3.^a edición).
La Regenta (novela) (dos tomos).
...Sermón perdido (3.^a edición).
Pipá (novelas cortas) (2.^a edición).
Nueva campaña.

Folletos literarios. I.—Un viaje á Madrid.
, II.—Cánovas y su tiempo.
, III.—Apolo en Pafos.
, IV.—Mis plagios.
, V.—A 0,50 poeta.—Epístola.
, VI.—Rafael Calvo y el Teatro Español.
, VII.—Museum.

Mezclilla.

B. Pérez Galdós.—Semblanza biográfica. (2.^a edición.)

EN PRENSA

Su único hijo (novela).

EN PREPARACIÓN

Una medianía (novela).
Esperaindeo (novela).
La viuda y el libro (novelas cortas).
Tambor y gaita (novela).

FOLLETOS LITERARIOS

VII

MUSEUM

(MI REVISTA)

(Núm. 1.^o)

SUMARIO

Mi revista.—Poética de Campoamor.
Emilia Pardo Bazán y sus últimas obras.— Libros recibidos

POR CLARIN

(LEOPOLDO ALAS)

Julio, 1890.

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FE

Carrera de San Jerónimo, 2.

1890

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Calle 1625 MONTERREY, MEXICO

33224

863

A.

PQ6503

A4

A L 6



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.



MI REVISTA

CUANDO en 1886 publicaba yo el primero de estos folletos, decía, en una especie de programa, que no se trataba de un periódico, pues lo primero que faltaría en estos opúsculos sería la *periodicidad*. Y esta parte del programa puedo decir ya que se viene cumpliendo; pues los folletos salen de tarde en tarde, cuando Dios quiere, y sin regularidad en el tiempo, á la hora menos pensada, y á veces á las mil y quinientas. No me propongo variar desde hoy por completo de plan, mas sí modificarlo en el sentido que paso á explicar en pocas palabras.

Si hasta aquí era asunto de cada folleto una sola materia, ó cuando más dos largamente tratadas, en adelante no siempre será lo mismo; y, aunque no renuncio á las monografías, á

consagrar cuando convenga las ochenta ó las cien páginas de uno de estos libritos á un solo tema que me sugiera la actualidad, ó la tentación de otra oportunidad de cualquier especie, mezclados con los folletos de esta índole irán otros que respondan á la necesidad á que obedece el que hoy publico; y los de esta clase aparecerán, si no en día fijo, por lo menos dentro del plazo máximo de un trimestre. Es decir, que por lo menos cada tres meses, muchas veces más á menudo, se publicará uno de estos opúsculos, que llevará por subtítulo *Mi revista*, y el número correspondiente de la serie, para distinguirlo de los demás del mismo género; y esto sin perjuicio de la numeración que le corresponda en el orden general de los *Folletos literarios*. Así, el que hoy publico, es el VII en un respecto y el primero en otro.

En cuanto al modo de llamarle: *Museum*, se refiere á la variedad del contenido, y otros se llamarán así también cuando no haya, ó no se me ocurra, bautismo más adecuado. Si algún malicioso recuerda que en español no se dice *Museum*, sino *Museo*, y que el dejar en latín el título es como dejarlo en alemán y copiárselo á Juan Pablo, contestaré que en ello no hay ni intención de despojo, ni ridículas pretensiones de medirme con el maestro, sino sencillamente un homenaje á Richter.

Y ahora voy á lo principal, que consiste en explicar por qué se me antoja hacer por mí y ante mí *una revista*. Con decir que es mía, mía solo, ya doy á entender que en cierto modo tomo á broma el empeño; pues por muy individualista que yo sea (y lo soy mucho en cosas de arte), no he de creer que obra de carácter colectivo, como es una publicación de tal género, pueda ser llevada á feliz resultado por un solo ingenio, y éste tan menguado como el mío. Aunque la historia literaria nos da ejemplos, y no pocos, de empresas semejantes á la mía, y algunos tan notables que no hay para qué recordarlos si quiera, yo, que, más que del empeño por sí, desconfío de mis fuerzas, insisto en declarar que lo de *mi revista* en cierto sentido ha de tomarse á humorada, porque no me juzgo capaz de escribir una revista yo solo.

Mas por otro lado es completamente serio mi propósito, y ha nacido de varios desengaños antiguos, y uno reciente. Hablaré del último, que es el que todavía siento, como se siente una ducha muy fría. El Sr. D. J. Lázaro es un aficionado de las letras, y su noble entusiasmo por tan hermosa causa no es infecundo ó contraproducente como el de tantos otros, que no ven mejor manera de amar el arte que ser también pintores. El Sr. Lázaro no escribe, pero paga á los que escriben y no lo hacen mal, en

su concepto. Lleva este simpático protector de las letras gastados no pocos miles de pesetas en aclimatar su revista *La España Moderna*, y todo el que se interese por la suerte de nuestra literatura tiene que desear vivamente que la empresa del Sr. Lázaro prospere. En la humilde esfera de mi actividad literaria he contribuido cuanto me ha sido posible á la propaganda de *La España Moderna*, y por invitación del señor Lázaro, y creo que indicaciones de la señora Pardo Bazán, llegué á admitir el cargo de redactor en dicha revista, con obligación de escribir un artículo para cada número, es decir, doce al año, seis de ellos revistas literarias. Y así se iba haciendo, y estaba yo muy satisfecho con la nueva tribuna desde la que podía predicar á mi modo, con toda franqueza y con leal desparpajo, cuando al Sr. Lázaro se le ocurrió indicarme que antes que un artículo que le había remitido, y en que trataba de la *Poética de Campoamor*, debía publicarse otro artículo que yo debía escribir acerca de los últimos libros de doña Emilia Pardo Bazán. Y aquí empieza la ducha. ¡Artículos de encargo! ¡Un orden de prioridad impuesto por el editor! Con los mejores modos, los mismos que él usaba conmigo, advertí al Sr. Lázaro que en la crítica de *Clarín* sólo debía mandar *Clarín*; que era parte de la crítica misma, de mi opinión acerca del mérito

relativo de autores y obras, el hablar antes de lo que yo quisiera, y el dar más importancia á quien yo quisiera, y no darle ninguna á quien á mí me pareciese. Podía suceder que los últimos libros de doña Emilia no los creyese yo dignos de llamar especialmente la atención, ó por lo menos de obligarme á relegar á segundo término, y como cosa de menos interés, una obra de Campoamor; podía acontecer también—y éste era el caso—que, aun admitiendo la idea de escribir algo con motivo de las últimas obras de doña Emilia, no me pareciese oportuno hacerlo hasta después de hablar de Campoamor...; y también era probable que lo que yo tuviera que decir de doña Emilia, en sus últimas producciones, no lo quisiera publicar el Sr. Lázaro. Este cumplido caballero y abnegado editor insistió en su manera de apreciar los fueros de la crítica; defendía su fundo literario, encontraba muy natural que, siendo él amo (amo, el que alimenta, según Bardon), nadie le fuera á la mano en la distribución de asuntos, en el orden de preferencias; sin fijarse, á mi ver, en que un propietario de periódico puede conseguir el propósito de dar el sesgo que quiera á su papel, buscando escritores que se presten á escribir de encargo; pero de ningún modo imponiendo á gacetilleros del carácter de *Clarín* tareas de coser y cantar y con el corte hecho. Yo había de hablar

de los libros de doña Emilia... y el Sr. Lázaro añadía que se publicaría mi artículo relativo á esos libros si tal y cuál, es decir, si mi opinión acerca de esa ilustrada señora y sus últimas obras no la mortificaba mucho; pues no era justo que debiéndole la Revista á la escritora gallega el favor inapreciable de una asidua y sabia colaboración, y de una inteligente propaganda, se la tratara mal, etc., etc. De modo que, juntándolo todo, lo que se me pedía era hablar cuanto antes de doña Emilia, y hablar de modo que á ella no la enfadase... A esto sólo me ocurre decir al Sr. Lázaro lo que le dijeron á Ségismundo:

El no haberme conocido sólo por disculpa os doy de no honrarme más... !

No ya por los veinte duros que paga el señor Lázaro por un artículo, ni por veinte millones de duros (á lo menos tal creo ahora, que no sé lo que parecen y deslumbran veinte millones de pesos), se me seduce á mi hasta el punto de hacerme hablar bien, ó menos mal, de una cosa de que no quiero decir nada, ó de que quiero decir mucho malo.

De modo que no había más que una salida; presentar mi dimisión de redactor de *La España Moderna*; que presenté, en efecto, y me fué admitida.

Era la primera vez que yo colaboraba en una de estas revistas serias y grandes (porque no se ha de contar un artículo que publiqué en la *Revista de España*, y que no me han pagado todavía), y confieso que me daba cierto tono codeándome con los señores formales y que escriben largo y tendido acerca de los intereses morales y materiales. Pero los hados son los hados. Estaba de Dios que yo no pudiera entrar en el buen camino, como tantas veces me han aconsejado varios sujetos que se dicen mis admiradores y amigos que me besan la mano. «A mis *paliques* me vuelvo, me dije, recordando al Té, viniendo del imperio chino (cuando se encontró con la Salvia en el camino), á mis *ilustraciones* y periódicos festivos, *donde sé que me compran á más precio*; pero entiéndase, me compran los artículos, me los pagan mucho mejor, mucho mejor que las revistas serias, que, ó no pagan, ó pagan poco... y además me dejan decir mi parecer con entera franqueza, y jamás me señalan asunto, ni indican preferencias ni nada de eso.

Creo, además, que lo poco que yo puedo influir en bien de las letras tiene más eficacia mediante esos trabajos ligeros, pero algo pensados, y de buena intención, que publico en varios periódicos populares. Yo no soy un erudito, porque no tengo sabiduría para ello. Yo no sé lo

que saben un Menéndez Pelayo, un Valera, etc., y no quiero parodiarlos. Sabría lo bastante para fingir con regular resultado la erudición que otros aparentan...; pero antes que eso, verdugo. Doña Emilia Pardo me aconsejaba hace tiempo que escribiera un *trabajo* acerca de Juan Ruiz el Arcipreste, ó de Quevedo, etc., etc., y hasta me dejaba entrever la esperanza de que por ese esfuerzo de mi erudición me darían quince duros.

Si yo fuera un erudito de veras, y tuviese algo nuevo y bueno que decir del Arcipreste ó del señor de la Torre consabida, lo habría dicho sin que nadie me lo aconsejase y sin el señuelo de los trescientos reales.

Si somos pobres para pagar literaturas, seámoslo con dignidad; no se hable de dar setenta y cinco pesetas á quien estudie con novedad é ingenio al autor de *El Gran Tacaño*.

Yo con mis *Paliques* no me meto á descubrir nada, ni pretendo rozarme con los verdaderos eruditos; y en cambio tengo la pretensión de predicar el buen gusto y la lealtad y franqueza en la crítica, y por esto me pagan de un modo decoroso.

¿No vale eso más que exponerse á ir emparejado en una revista seria entre un artículo de Fabié y una atrocidad de Fray Zacarías, que llama *todavía* Anticristo á Renán?

Las revistas, tal como en España se entienden, se han hecho para las estadísticas del señor Jimeno Agius y las lucubraciones de Becerra acerca de la raza ibérica.

A lo menos á mí la *primer salida* por esas revistas de Dios me ha resultado bastante mala; vuelvo á mis lares con varios artículos pagados á veinte duros... y la historia de mi independencia crítica expuesta á un fracaso. A mi *casa*, pues.

Y *mi casa* es ésta, mis folletos. Aunque prefiero los articulillos cortos y bien pagados, hay asuntos que exigen más extensión y cierta formalidad; para éstos quería yo las revistas. Pero como gato escaldado huye del agua fría, no vuelvo á acordarme de ellas... y hago yo la mía. Es decir, que cuando se me ocurra escribir algo de lo que enviaría á *La España Moderna*, si me hubieran dejado incólume mi independencia, mi *autonomía* crítica, en adelante lo publicaré en un folleto de éstos, que llevará por subtítulo *Mi revista*.

Y ya está explicado todo.

Ahora, allá van los dos artículos de la historia que dejo narrada; el de Campoamor y el de doña Emilia Pardo Bazán. Tal vez, si lee este último el Sr. Lázaro, diga: «Eso lo hubiera publicado yo; por eso no se enfadará nuestra ilustrada amiga...» ¡Oh, amigo, responde á *Clarín*: yo

no puedo dejar que dependa la publicación de mis artículos del *genus irritabile vatum!*... Yo cuando escribo, pienso en la justicia, no en la raza de pulgas que tengan los autores.

Y hablando de otra cosa, debo advertir que ya sé que he prometido a mis bondadosos lectores dos segundas partes; la de *Cánovas y su tiempo*, y la de *Rafael Calvo y el Teatro Español*. Todo se andará. La del *Teatro* creo que será más oportuno publicarla cuando haya empezado la nueva temporada, allá en otoño, cuando se hable más de estas cosas. En cuanto a la parte segunda de *Cánovas*... esperaremos á que entren los conservadores. Y si tardan mucho, aprovecharé el primer parto literario del monstruo... ó la primerasilba (1).

(1) Al corregir las pruebas de este artículo—5 de Julio— digo que *Cánovas ya viene*. Bien venga, si viene solo.



LA POÉTICA DE CAMPOAMOR

I

CUANDO en la juventud se ha sabido reflexionar, y hasta cavilar como los viejos, suele encontrarse en la vejez la compensación de un espíritu siempre joven. Respecto del ideal y respecto de la poesía, hay hombres cigarras y hombres hormigas; el que desde joven sacrifica algo de la primavera á la vida *fuera del tiempo*, guarda *allá para el invierno* algo de la primavera *ahorrada*; lo más puro de ella, su hermosura ideal. Nada más repugnante que un viejo verde según la carne, y nada más interesante que un *viejo verde* según el espíritu. Cuando el joven es pensador, de viejo encuentra que en él, como decía el solitario de Ginebra, Amiel, lo eterno, ha sacado provecho de los destrozos causados por el tiempo. Nuestra literatura actual (y acaso algo semejante, aunque no sin muchas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no puedo dejar que dependa la publicación de mis artículos del *genus irritabile vatum!*... Yo cuando escribo, pienso en la justicia, no en la raza de pulgas que tengan los autores.

Y hablando de otra cosa, debo advertir que ya sé que he prometido a mis bondadosos lectores dos segundas partes; la de *Cánovas y su tiempo*, y la de *Rafael Calvo y el Teatro Español*. Todo se andará. La del *Teatro* creo que será más oportuno publicarla cuando haya empezado la nueva temporada, allá en otoño, cuando se hable más de estas cosas. En cuanto a la parte segunda de *Cánovas*... esperaremos á que entren los conservadores. Y si tardan mucho, aprovecharé el primer parto literario del monstruo... ó la primerasilba (1).

(1) Al corregir las pruebas de este artículo—5 de Julio— digo que *Cánovas ya viene*. Bien venga, si viene solo.



LA POÉTICA DE CAMPOAMOR

I

CUANDO en la juventud se ha sabido reflexionar, y hasta cavilar como los viejos, suele encontrarse en la vejez la compensación de un espíritu siempre joven. Respecto del ideal y respecto de la poesía, hay hombres cigarras y hombres hormigas; el que desde joven sacrifica algo de la primavera á la vida *fuera del tiempo*, guarda *allá para el invierno* algo de la primavera *ahorrada*; lo más puro de ella, su hermosura ideal. Nada más repugnante que un viejo verde según la carne, y nada más interesante que un *viejo verde* según el espíritu. Cuando el joven es pensador, de viejo encuentra que en él, como decía el solitario de Ginebra, Amiel, lo eterno, ha sacado provecho de los destrozos causados por el tiempo. Nuestra literatura actual (y acaso algo semejante, aunque no sin muchas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más excepciones, se pudiera decir de la literatura europea en conjunto), vive principalmente de la savia intelectual de algunos *viejos verdes* (1). Entre éstos se distingue, como uno de los más dignos de estudio, D. Ramón de Campoamor, que todavía tiene ánimos para reimprimir, corrigiéndola y aumentándola, aquella *Poética* suya en la que, más que otra cosa, debe verse el derecho de todo soberano á acuñar moneda que corra, estampando en ella su retrato. Este derecho, signo de soberanía del ingenio, á poner en circulación *moneda estética*, leyes ó reglas del arte con el *busto del autor*, es decir, sacadas del estudio... de las propias obras, lejos de ser perjudicial, ha traído á la riqueza literaria grandes caudales; y bien pudiera decirse que, fuera de las grandes obras capitales de los Aristóteles, los Hegel y otros pocos, lo mejor de la filosofía del arte, con aplicación á la literatura, se debe á los poetas. Es incalculable lo que en Goëthe debe el crítico al poeta; la *Introducción á la estética*, de Juan Pablo, es uno de los libros en que mejor se demuestra que la libertad del *subjetivismo*, cuando la emplea un gran espíritu, no daña al vigor didáctico, sino que fecunda la reflexión con adivinaciones de lo verdadero. No

(1) Maupassant, en su última novela *Nuestro corazón*, observa que en la nueva generación hay muchos genios cortados.

quiere decir esto que la ciencia de lo bello y de su arte no deba seguir su camino por el método y con la independencia de todo conocimiento que aspire á cierto y sistemático; pero también es verdad que hay que oír á todos; y lo que dice el poeta de su arte es un dato, aunque no el único.

Campoamor ha sido el primer poeta español de nuestros días que se ha hecho acompañar siempre, ó casi siempre, de un crítico, que era él mismo. Esto, que fuera de España es tan frecuente, y que es tan natural en un siglo como el nuestro, en España era cosa nueva, y en rigor se puede decir que sólo Campoamor se parece aquí á tantos y tantos poetas extranjeros que además son pensadores, más ó menos eruditos, críticos á su modo. Muy ardua es la cuestión de aclarar si esta *doble vista* de la inspiración moderna indica decadencia; si es ó no preferible la espontaneidad en que predomina lo inconsciente, á esta otra en que la reflexión y hasta la ciencia ayudan á la creación artística, como lo que llamamos nuestra libertad ayuda un poco al resultado de los actos; no hay ahora tiempo, ni espacio aquí, para profundizar tal materia; y como yo no había de probar mi opinión por el momento, apenas me atrevo á indicarla, diciendo que, en mi sentir, á la belleza jamás le perjudica tener un espejo. De todas suertes, las cosas van así, y es natural que así vayan; y si

la mayor parte de nuestros poetas son personas de escasa instrucción y de poco fondo como pensadores, no ganan con estas deficiencias gran cosa en lo de ser espontáneos, y pierden mucho por otros conceptos.

Pues Campoamor desde muy temprano comenzó la obra de la interpretación auténtica de su propia poesía. No sólo inventó la *dolora*, sino que la llevó á bautizar, y después la inscribió en el registro de la propiedad, ni más ni menos que si la tal *Dolora* fuese una mina denunciada por él en las ricas montañas de nuestra querida Asturias. En el comentario perpetuo con que D. Ramón acompaña, adelantándose á la posteridad, sus versos, no dudo que habrá no poco de capricho, pero también sustenta á veces teorías que, aun en forma de salidas ó *humoradas*, merecen meditarse.

El autor de las *Doloras*, cuando joven, pensaba un poco á lo *viejo*, y por lo que antes decía yo, ahora tiene la ventaja de que es un viejo que piensa como un joven. Esta juventud de ideas es la que sirve como de sal para librar las producciones que nos da estos últimos años el poeta asturiano de una decadencia senil, á que las precipitarían ciertos empeños didácticos y de secta, que él á veces considera como lo más granado y precioso de sus invenciones.

Campoamor, preocupado con el amor princi-

palmente, empezó á fijarse desde muy temprano en que lo veía con anteojos; un poeta que repara en el cristal y en el color del cristal que hay entre él y los objetos, no puede ya ser feliz del todo nunca... ni entusiasmar á cierta clase de lectores. Por eso Campoamor el joven, aunque ya escribía versos excelentes, no tuvo la fama que alcanzó el Campoamor maduro.

Cuando Espronceda todavía era leído con avidez y Zorrilla tenía admiradores, Campoamor ya escribía, y nadie apenas se fijaba en él. Pasó el tiempo, y Campoamor enterró, no sólo la *actua-* *lidad* de Espronceda (no su gloria), sino la del mismo Zorrilla, que aún vive; y es que Zorrilla *era* un poeta sin anteojos; entre su mirada de águila, de la juventud, y el mundo exterior, no había cristales; pero al llegar la vejez, cansada la vista, y sin gafas, la visión de la realidad se hace turbia, confusa, apagada. Y en tanto Campoamor se venga del tiempo, sonriendo discretamente á los fenómenos detrás de sus antiparras de viejo verde. Y ahora nota que siendo el amor, y todo, en suma, del color del cristal con que se mira, si el joven no pudo *forjarse* demasiadas ilusiones, el viejo puede legítimamente pensar que la tristeza del mundo debe achacarse en gran parte á los anteojos; de otro modo, y además, que si el amor es cosa subjetiva, *sujeto* se es un viejo de corazón sensible, y puede

seguir amando á su modo. Por eso Campoamor no envejece del todo, y para reparar los estragos del tiempo le basta permitirse dormir siestas un poco... largas. Pero de tales siestas, no del todo infecundas, pues aun en ellas, entre sueños, jecita doloras, humoradas y poemas, que algo se parecen á las que produce despierto; de tales siestas se levanta alegre, rozagante, y nos da tal cual primor de su ingenio, como, v. gr., la dolora publicada no ha mucho acerca del perdón de las mujeres por los Padres de un Concilio.

Conste que eso es lo mejor que nos queda de Campoamor, lo que hay en su vejez de juventud; como lo peor de su juventud, para su fama á lo menos, fué lo que el poeta tenía ya de viejo.

Y lo peor de su vejez, ¿qué es? Lo que él defiende con ahinco, y á veces con mucha gracia, en su *Poética*, cuando en ella trabaja por la escuela. Este es principalmente mi asunto.

II

En esta nueva edición de *La Poética* hay bastantes capítulos nuevos y no pocos corregidos; por eso, entre los libros que se han publicado estos días, me parece el que voy á examinar el más interesante; no lo sería si sólo se tratara

de la repetición literal de lo ya dicho. Aunque procuraré referirme principalmente á las novedades de esta edición, no dejaré de tocar algunos puntos de lo antiguo; pues así como Campoamor ha corregido su original, yo puedo corregir y retocar mi crítica de otro tiempo, de los días en que por vez primera se publicó este programa literario, en que D. Ramón, después de leernos las tablas de la ley estética, se las tira (ó nos las tira) á la cabeza á los críticos *analíticos* y *satíricos*.

No es posible, ó por lo menos daría ocasión á confusiones y oscuridades, seguir un orden didáctico y pretender sistematizar la doctrina de Campoamor, porque él nos la da á granel, por el orden cronológico de las batallas, no por el plan dogmático de sus teorías. Lo mejor es seguirle paso tras paso y hablar de lo que él hable, y cuando él hable. Tal vez, como es D. Ramón tan gran enemigo de Aristóteles, según en esta misma *Poética*, y hablando conmigo por cierto, dice y ratifica, por llevarle la contraria al Peripatético, nos da él, el sedentario hijo de Navia, en agradable desconcierto, la misma substancia doctrinal que con el mismo nombre nos dejó el Estagirita en un opúsculo próximamente del tamaño primitivo de la *Poética* campoamorina.

Pero la *Poética* de Aristóteles es para los estudiantes, y la de Campoamor, según él, no

tiene tales pretensiones. Sin embargo, también la *Poética* del griego pueden leerla con gusto y provecho los *hombres de mundo*, y hasta las mujeres, cuyo sufragio Campoamor estima en tanto. Para abrir las ganas de leer también á Aristóteles, haré aquí un ligerísimo resumen del contenido de la *Poética* del filósofo griego: «La poesía consiste, dice, en la imitación; hay tres modos de imitación; y, á consecuencia de esto, tres clases de poesía. Diferencias de la poesía, según los medios de imitación; según los objetos imitados, según la manera de imitar. Origen de la poesía; divisiones primitivas; lo heroico, lo satírico (yambo), la tragedia, la comedia. Progresos primeros de la tragedia. Definición de la comedia, definición de la tragedia. De la acción. La extensión. La unidad. Digresión: la poesía y la historia. Las peripecias. Los personajes. El desenlace. Las costumbres en la tragedia. Consejos y observaciones. Los pensamientos y la elocución. Elementos gramaticales del lenguaje. Aplicación al estilo poético. La epopeya y la historia. La epopeya y la tragedia. Méritos de Homero. Problemas de crítica con motivo de los defectos de la poesía. Conclusión acerca de la epopeya y la tragedia.»

Este es el orden bello de la *Poética* de Aristóteles.

Véase ahora el hermoso desorden de la *Poé-*

tica de su enemigo Campoamor: «Perniciosa influencia de la política en el arte. El arte supremo sería escribir como piensa todo el mundo. Ni coincidencia de frases ni de asuntos. Crítica analítica, sintética y satírica. La verdadera originalidad. Asuntos dignos del arte. El plan de toda obra artística. Lo universal en el arte. El paganismo en el arte. Designio mal llamado filosófico. Inutilidad de las reglas de la Retórica para formarse un estilo. ¿Debe haber para la Poesía un dialecto diferente del idioma nacional? El verdadero lenguaje poético. ¿La forma poética está llamada á desaparecer? La naturalidad en el arte. Resumen de esta *Poética*. La historia, las ciencias y la filosofía, consideradas como elementos de arte. Conclusión: un ruego á la crítica. A la grande. A la pequeña.»

En nombre de esta última, de la crítica pequeña, voy á dirigir otro ruego al Sr. Campoamor: que me dispense de repetir aquí los mil y mil elogios por mí consagrados á su ingenio, á su hermosa poesía y aun también á su prosa, y hasta á muchas de sus doctrina de arte; conste que, en general, estoy conforme con mi ilustre paisano. Pero el objeto de este artículo es poner reparos á algunas de sus afirmaciones y meditar un poco con ocasión de esas mismas ideas, y de otras á las que no hay reparos que oponer.

Siguiendo su *orden*, y no el de Aristóteles,

comienzo por el cap. II. Y comienzo por no estar conforme con la afirmación que le sirve de título: *El arte supremo sería escribir como piensa todo el mundo.* ¿Cómo ha de ser el arte supremo una cosa imposible... é incongruente? Ni todo el mundo piensa del mismo modo, en el sentido á que Campoamor puede referirse, ni cabe escribir como se piensa, ni hay ecuación posible entre una y otra actividad. Para discutir este punto lo mejor sería tener en cuenta los argumentos que D. Ramón expone para defender esa atrevidísima tesis, incoherente á mi juicio; sería muy conveniente saber lo que ha querido decir, y por qué lo afirma, al asegurar que el arte supremo consistiría en escribir como piensan todos. Pero tal vez por una distracción, ó acaso por un humorismo exagerado, ello es que el poeta se olvida en los cinco párrafos de este capítulo de decir una sola palabra que pueda referirse, ni de cerca ni de lejos, ni directamente ni por analogía, á la cuestión enunciada en el título del capítulo. En efecto, el párrafo primero se titula: «Ni coincidencias de frases,» y es continuación de la polémica con los que le llamaron plagiarlo; el párrafo segundo se llama: «Ni coincidencias de asuntos,» y trata de lo del plagio también; y los otros tres párrafos están dedicados, respectivamente, á lo que Campoamor llama la crítica analítica, la sintética y

la satírica. Y ni una palabra hay en todo eso que responda á la cuestión de si sería lo mejor escribir como piensa todo el mundo.

Pero, en fin, supongamos que debajo del título de este cap. II hubiese efectivamente un capítulo que tratara la materia anunciada. De ningún modo puede admitirse que pudiera servir de norma, de *ideal*, en el arte de escribir la manera de... pensar de todo el mundo. Demasiado sabe Campoamor que no es cierto que pensar sea hablar para nosotros, y mucho menos escribir. La psicología ha demostrado, y la observación propia puede confirmarlo, que muchas cosas las pensamos sin *hablarnos*, que muchas veces está presente la idea y no su palabra; y sobre todo, es absurdo suponer que pensar sea como escribir para sí mismo. No hay congruencia, repito, entre el arte de expresarse escribiendo y el pensar sin arte. Lo que dice Campoamor equivale á sostener que el arte supremo de la indumentaria es el vestirse... como anda desnudo todo el mundo. Así como el arte de la *sastrería* es para tapar lo que enseña el desnudo, el arte de escribir es para mostrar lo que el pensamiento por sí solo no muestra. Luego si la afirmación de Campoamor es absurda por incoherente é incongruente, un verdadero *no pensamiento*, como diría Spencer, tomada al pie de la letra, sólo cabe ahora suponer que lo que quiere

expresar D. Ramón es esto otro: el arte supremo sería escribir... como escribe todo el mundo. Y como esto es absurdo también—no por incongruente en verdad,—pero es absurdo, y Campoamor estará conforme en que lo es, sólo resta admitir esta variante: el arte supremo sería escribir como *escribiría* todo el mundo..., si supiera escribir lo que piensa... como se debe escribir. Y en esta última interpretación entramos en los dominios de Pero Grullo, ó del *truismo*, dicho á la inglesa. Y lo peor es que no hay escape. Pensar no es escribir. Aunque todo el mundo piense del mismo modo (lo cual no es cierto), el escribir nunca sería un pensar, ni el pensar un escribir, y habría que suponer el pensamiento escrito, ¿cómo? ¿como todo el mundo escribe? No. ¿Como todo el mundo debía escribir? ¿Y cómo debía escribir todo el mundo? Como piensa. Esto es, ó no es nada, que debía escribir todo el mundo de modo que su escritura fuera la fiel expresión del pensamiento. Pero en eso ya estamos todos. Mediano escritor será el que no sabe decir lo que quiere.

Y dejando este callejón sin salida, ¿es verdad que todo el mundo piensa del mismo modo? La forma del pensar, el proceso de las ideas, ¿es igual en todos? Desde luego se puede asegurar que no. Según la raza, según el clima, según el tiempo, según el carácter, según el tempera-

mento, según la educación, según las pasiones, según la ocasión, según las influencias *pragmáticas*, etc., etc.; unos piensan de un modo y otros de otro, y nadie piensa idénticamente igual que los demás. Si la psicología, si la lógica, si la doctrina de la ciencia pueden inducir leyes generales en pura abstracción, en el buen sentido de la palabra, de los *hechos* del pensar humano, de la observación de la historia del pensamiento, estas mismas leyes generales, fundadas en el elemento constante de la variedad histórica, prueban la existencia de esta misma variedad; si es posible estudiar lo que hay de común en el pensar de los humanos, es gracias á las diferencias efectivas del pensar de cada cual; sin esto no habría filosofía é historia, lo general y lo particular, la ley y el hecho, lo eterno y lo fenomenal; no habría más que el absurdo de un fenómeno de vacía unidad que no podría erigirse en ley de lo variable. Y esto de fijo no lo pretende Campoamor. De fijo no pretende que el arte supremo consista en pensar con arreglo á lo que pueden decir de nociones, juicios y ratiocinios la lógica, la psicología, la metafísica misma; el arte no puede referirse á estas generalizaciones, sino á su contenido; el pensar en sus elementos puramente comunes no es el pensar de nadie; es decir, nadie puede pensar *como* piensa todo el mundo; como no hay

ninguna isla que sea exclusivamente una porción de tierra rodeada por agua, y nada más que esto; ni cuadrúpedo alguno que no tenga otra gracia que la de tener cuatro patas: á pesar de ser las indicadas las únicas cualidades generales, respectivamente, de islas y cuadrúpedos.

III

Dejo ya el título del cap. II y paso á su contenido, que, como va dicho, no tiene relación alguna con el rótulo.

Yo, en el caso de Campoamor, hubiera suprimido en esta nueva edición de la *Poética* ciertos desahogos de la justa indignación en que, con motivo de llamar imbéciles disimuladamente á ciertos señores, que probablemente serán imbéciles en efecto, maltrata á Víctor Hugo, al cual no conoce D. Ramón; pues no es conocerle no haber leído de él más que las traducciones de Fernández Cuesta; eso será conocer á D. Nemesio, pero no á Víctor Hugo. Créame á mí, que siempre he sido leal, Sr. Campoamor: Fernández Cuesta y Víctor Hugo no vienen á ser lo mismo. «Que Víctor Hugo no entiende de filosofía una palabra.» Esto lo dice Campoamor para probar la coartada. Si hubiera dicho que el poeta de *La leyenda de los siglos* no era un

filósofo, podría discutirse el aserto, pues en realidad Víctor Hugo sólo es filósofo hasta donde conviene que lo sea un poeta; pero decir que no entiende palabra, una sola palabra, de filosofía, y que todos estamos conformes en esto, eso es decir demasiado, y no cabe discusión acerca de tal paradoja. En cuanto á que Campoamor no sea francés, apenas me atrevo á creerlo; yo he visto una traducción francesa de Heine, de la propiedad de Campoamor, y no creo que don Ramón compre los libros para no leerlos.

Tampoco es posible estar conforme con la afirmación de que en literatura no hay plagio. Sí, señor; por desgracia lo hay, y es un delito; una cosa es que lo haya, y otra que los envidiosos y amigos de hacer ruido hablen de plagio hasta cuando no lo hay. Todas esas teorías, más ó menos paradójicas, para probar la legitimidad del plagio literario, son paralogismos perniciosos. Yo recuerdo haber dicho en otra ocasión que en este punto los autores honrados hacen lo que ciertos comunistas, honrados también: discuten la propiedad individual, pero no roban.

Sin que se sepa por qué, con motivo de esta cuestión histórica acerca de si D. Ramón hizo bien ó hizo mal en honrar á varios prosistas extranjeros, tomándoles para los versos propios algunos pensamientos, el autor de la *Poética*,

ninguna isla que sea exclusivamente una porción de tierra rodeada por agua, y nada más que esto; ni cuadrúpedo alguno que no tenga otra gracia que la de tener cuatro patas: á pesar de ser las indicadas las únicas cualidades generales, respectivamente, de islas y cuadrúpedos.

III

Dejo ya el título del cap. II y paso á su contenido, que, como va dicho, no tiene relación alguna con el rótulo.

Yo, en el caso de Campoamor, hubiera suprimido en esta nueva edición de la *Poética* ciertos desahogos de la justa indignación en que, con motivo de llamar imbéciles disimuladamente á ciertos señores, que probablemente serán imbéciles en efecto, maltrata á Víctor Hugo, al cual no conoce D. Ramón; pues no es conocerle no haber leído de él más que las traducciones de Fernández Cuesta; eso será conocer á D. Nemesio, pero no á Víctor Hugo. Créame á mí, que siempre he sido leal, Sr. Campoamor: Fernández Cuesta y Víctor Hugo no vienen á ser lo mismo. «Que Víctor Hugo no entiende de filosofía una palabra.» Esto lo dice Campoamor para probar la coartada. Si hubiera dicho que el poeta de *La leyenda de los siglos* no era un

filósofo, podría discutirse el aserto, pues en realidad Víctor Hugo sólo es filósofo hasta donde conviene que lo sea un poeta; pero decir que no entiende palabra, una sola palabra, de filosofía, y que todos estamos conformes en esto, eso es decir demasiado, y no cabe discusión acerca de tal paradoja. En cuanto á que Campoamor no sea francés, apenas me atrevo á creerlo; yo he visto una traducción francesa de Heine, de la propiedad de Campoamor, y no creo que don Ramón compre los libros para no leerlos.

Tampoco es posible estar conforme con la afirmación de que en literatura no hay plagio. Sí, señor; por desgracia lo hay, y es un delito; una cosa es que lo haya, y otra que los envidiosos y amigos de hacer ruido hablen de plagio hasta cuando no lo hay. Todas esas teorías, más ó menos paradójicas, para probar la legitimidad del plagio literario, son paralogismos perniciosos. Yo recuerdo haber dicho en otra ocasión que en este punto los autores honrados hacen lo que ciertos comunistas, honrados también: discuten la propiedad individual, pero no roban.

Sin que se sepa por qué, con motivo de esta cuestión histórica acerca de si D. Ramón hizo bien ó hizo mal en honrar á varios prosistas extranjeros, tomándoles para los versos propios algunos pensamientos, el autor de la *Poética*,

en el mismo cap. II, trata de lo que él llama *crítica analítica*, *crítica sintética* y *crítica satírica*. No por lo que dice en el párrafo de la *crítica analítica*, donde no habla de análisis para nada, sino por lo que dice al hablar de la crítica sintética, se comprende que el Sr. Campoamor entiende por crítica analítica la que censura los defectos de *ejecución*, y por crítica sintética... la que no los censura. De otro modo: para él es crítica analítica la criba con muchos agujeros pequeños, y sintética la criba con un agujero solo, pero tan grande, que toda ella es agujero. Demasiado sabe Campoamor, que, según él, no lee más que filosofía (y libros de cocina, como recuerdo haberle oído); demasiado sabe que no puede entenderse por análisis así, sin más ni más, el estudio del pormenor, y por síntesis el estudio del conjunto; de manera que pudiera decirse que una abacería era una tienda analítica y un gran almacén al por mayor un establecimiento sintético.

Que el vulgo completamente indocto así lo entiende, es verdad; por eso algunos diputados y oradores de Ateneo, cuando quieren decir en cinco minutos lo poco que saben de toda la historia del mundo, dicen «que van á abarcar en una gran síntesis los rasgos principales de la materia, etc., etc.» Pero esto pasa entre los necios y los charlatanes; las personas serias tie-

nen que admitir que la síntesis no tiene sentido siquiera sin la ó el análisis. De modo que el señor Campoamor, que pide á la crítica que sea sintética, le pide un imposible, porque no le deja ser primero analítica. Pero dejo esto también y vengo á lo que Campoamor llama análisis exclusivamente. Entiende el insigne asturiano que es impertinente la crítica que se pára á ver qué clase de consonantes emplea el poeta, y que no quiere que haya asonantes entre los mismos consonantes. Por lo visto, lo que quiere que se haga es imitar á esos críticos de música y de pintura—de pintura especialmente—que tanto abundan, los cuales, sin saber solfa ó sin saber pintar ni cómo se pinta, hacen grandes *síntesis* de crítica musical ó pictórica, hablando con tan plausible motivo de los bellos sentimientos que adornan su corazón, ó de las virtudes teologales en general, ó de los sistemas filosóficos de Grecia. Ahora justamente hay en Madrid una Exposición de pinturas, y por esos periódicos multitud de críticos, de los cuales no se podrá quejar Campoamor por lo que tengan de analíticos, pues ni palabra saben de lo que hace falta saber para tratar de un arte, de su material, de su técnica especial. La poesía tiene, Sr. Campoamor, su técnica, como todo, y la cuestión de los consonantes y los asonantes es importantísima... tratándose de ver-

sos; no si se fuera á ventilar la realidad del *noumeno* ó las ventajas de los ferrocarriles de vía estrecha. Campoamor no echa de ver que se contradice. En otros pasajes de esta misma *Poética* prueba, con mucha elocuencia, que la forma poética tiene excelencias intrínsecas; que el verso, sólo por serlo, tiene una virtud, una *vis plástica* que le falta á la prosa; según él, el verso representa la mejor manera de decir una cosa... mas el ritmo, es decir, mas el ritmo y la rima allí donde la haya. La mejor manera de decir las cosas sería prosa todavía, si no se le añadiera el elemento formal que trae consigo en la definición del verso la *última diferencia*; luego si en eso de asonantes y consonantes, fluidez, dureza, facilidad, etc., del ritmo está la *característica* del verso, ¿cómo quiere D. Ramón llamar *impertinentes* á los críticos que toman todas esas cosas en serio? Los poetas franceses (compañeros de D. Ramón, aunque él no los lee á ellos, ni ellos á él), dan á estas cuestiones toda la importancia que tienen, y á veces más; Banville, por ejemplo, les da demasiada; pero con tal motivo penetra con gran agudeza en la intimidad de las leyes misteriosas por que se rigen las relaciones *del oído* y *del alma*. Ellos, los franceses, discuten mucho acerca de la *rima rica* y su conveniencia; el citado Banville habla de lo que podríamos llamar la sugestión del conso-

nante; y aunque él en este punto llega á la superstición, no cabe negar, y si la experiencia hablara lo confirmaría, que en cierto modo la rima sugiere la idea; si bien yo no seguiría á Banville hasta el extremo á que él llega de la santificación de los ripios, de los versos puramente auxiliares. Entre nosotros, ni poetas ni críticos han tratado tales asuntos de modo serio, ordenado, reflexivo; y á los pocos y bien intencionados que con ocasión de algún caso particular quieren decir algo sobre esta interesante materia, Campoamor, uno de nuestros mejores poetas, los llama impertinentes, lo cual equivale á que un gran pintor, insigne colorista, por ejemplo, cerrase una Academia de dibujo (1).

Se queja D. Ramón si se le censura «por que emplea, como lo exige el idioma, consonantes fáciles, en vez de los rebuscados y exquisitos.»

La cuestión de los consonantés fáciles es á nuestra poesía lo que á la francesa la de la rima rica. Para nuestro oído no hay rima rica ni pobre, pues tenemos la rima única, completa, del consonante, según las reglas consabidas: pues no es verdad, como asegura cierto libro de retó-

(1) Cuando lo más acertado es obrar como el crítico inglés Ruskin, que fundaba esas academias y él mismo enseñaba á dibujar. Algo parecido hacen, en el *dibujo* poético, los que llama Campoamor, con desdén, críticos *analíticos*.

rica y poética, de texto en varios Institutos, que sean *más* consonantes; v. gr.: *escribió* y *recibió*, que *escribió* y *amó*. No hay más ni menos; son consonantes igualmente. Si tuviéramos nosotros *rima rica*, serían mejores consonantes *mazo* y *bromazo*, que *mazo* y *bazo*, y no es verdad. No hay eso. Pero hay otra cosa. Es preferible para el oído y para el entendimiento el consonante no vulgar, el inesperado, el que huye de la monotonía prevista, y de puro fácil, sin interés, de las desinencias iguales, repetidas. ¿Admite Campoamor que una palabra sea consonante de sí misma, conservando la misma idea? De fijo no. Y, sin embargo, no disuena, pues en rigor lleva todo al elemento puramente musical del consonante, es decir, es tal consonante para el oído... pero no sirve. La rima fácil es también consonante perfecto para el oído: ¿por qué desecharla? Porque el oído se deja influir por el pensamiento, y si se desecha en absoluto la palabra como consonante de sí misma, *si conseroa igual significado*, el consonante fácil, sobre todo el de las desinencias iguales de las palabras declinables, si no se desecha en absoluto, ni mucho menos, se reputa inferior, llega á hacerse insoportable, si se repite mucho; y esto por la misma razón; no porque disuene, sino porque, si en el consonante de la palabra consigo misma se repite toda la idea, en el de las desinencias

se repite parte de la idea. Según eso, se dirá: ¡el oído, por influencia del pensamiento, llega á desdeñar las eufonías cuando son fáciles de encontrar!

Así debe de ser, por lo visto. Si fueran buenos consonantes las palabras repetidas, todos sabríamos rimar; siéndolo los consonantes fáciles en *aba*, *ado*, *ente*, etc., etc., saben casi todos.

Pero no es solo, ni lo principal en esto, la facilidad ó dificultad; hay algo más hondo. El placer de la armonía no se produce si no hay diversidad de términos: *armonizar* lo idéntico no tiene gracia, ni siquiera sentido; el valor de la armonía aumenta cuando los elementos armonizados proceden de mayor distancia, de mayor distinción, porque esto supone más realidad, más ancha esfera de realidad armonizada. Por eso no hay para el oído, ni para el pensamiento, novedad ni interés en encontrar lazos de armonía eufónica entre palabras que la costumbre, el uso y el abuso han hecho marchar unidas siempre; y menos entre palabras cuya idea capital no se ve *unida por el sentido* á otra idea, sino unida por los accidentes *declinables*, por la *obra muerta*, pudiera decirse, á los accidentes declinables de otra idea.

Pero aunque todo ello sea así, dirá Campoamor, nuestro idioma *exige* el empleo de los con-

sonantes fáciles. Es verdad, y nadie los proscribe. Como nadie destierra á las mujeres feas, que abundan más que las hermosas; la ley civil no las distingue; pero el gusto prefiere á las guapas, y en un Concurso de belleza no admite á las otras, ni estas últimas suelen casarse como no lleven dote. Los consonantes fáciles hay que tolerarlos; pero en un Concurso de belleza poética, tratándose de juzgar lo bello de un poema, los consonantes no vulgares son más apreciados, y si sabemos admirar y preferir los versos de Campoamor con sus consonantes feos y todo... es porque suelen llevar consigo una buena dote de pensamiento; pero son feos en cuanto consonantes.

Yo pude oír hace muchos años al Sr. Tamayo y Baus (D. Manuel), aunque no hablaba conmigo, pero sí á voces, sostener con elocuencia de abogado de todas las causas, la causa perdida de los ripios, de que tanto abusan nuestros poetas dramáticos del siglo presente. El Sr. Tamayo se fundaba también en las pícaras deficiencias del idioma, en los pocos consonantes que tienen *padre, madre, hijo, palabra* y otras voces por el estilo, es decir, que responden á ideas muy importantes, de mucho uso y que necesariamente han de encontrarse al final del verso, muy á menudo. No hay más remedio que recurrir á *prolijo, y cuadro, y taladra, y labra* y otras

ridiculeces á que en efecto recurren nuestros poetas dramáticos modernos, aun los mejores. Todo esto no tendría *pero*, si no fuera que basta un examen comparativo entre los dramaturgos del siglo XIX y los de los siglos XVI y XVII, para convencerse de que los autores de nuestro gran teatro que hablaban en verso espontáneamente, abusan muchísimo menos del ripio, y apenas usan de esos versos de guardarropa que sirven para relleno de redondillas y quintillas en nuestro tiempo.

Tampoco quiere Campoamor que le critiquen porque «deja algunos asonantes cerca de los consonantes, por no violentar la sintaxis, como sucede en la conversación vulgar sin que se estremezcan los oídos de nadie.»

Efectivamente, el Sr. Campoamor tiene ese defecto, que para oídos españoles es bastante grave, por lo que respecta á la euritmia. Esta tiene leyes fundadas en gran parte en la fisiología, y muchos preceptos de la poética que á un examen superficial le parecen arbitrarios, son la traducción más ó menos exacta de esas imposiciones de la naturaleza. Y como la fisiología no es algo abstracto, igual para siempre y en todas partes, según son los oídos, según son los hábitos, según los climas, etc., etc., varían las leyes de la euritmia. Para los modernos, por ejemplo, hay cacofonía en la proximidad de pa-

labras que terminen del mismo modo; entre los griegos esto era una gracia, y así se ven en los más *áticos* escritores tantos genitivos de plural y tantos participios, repitiendo el *on* y el *menos* una y otra vez, de suerte que á nosotros nos parecería molesto desaliño. Pues la asonancia en los versos de rima perfecta es indiferente, v. gr., en la poesía francesa, porque ni los franceses tienen oídos para la asonancia, ni en esa lengua habría modo de evitarla, pues siendo todas las voces agudas, según la ley de nuestro asonante no habría más variación posible que la señalada por los cinco asonantes en *a, e, i, o, u*, y á lo sumo otra, *ou*, admitiendo que la *u* francesa no sea asonante ó de *ou*, ó de *i* más probablemente. Pero nosotros los españoles somos para esto como los chinos para las fracciones de las notas; tenemos el oído más delicado, y por lo mismo que gozamos la delicia del romance, tenemos que pagarla padeciendo cuando se nos dan asonancias donde sobran. Crea el señor Campoamor que contra esto no hay espíritu reformista, ni paradojas, ni humorismos que valgan. En cuestión de oído no sirve el discreteo, porque no se trata de relaciones *discretas*, sino *continuas*, entre el sentido y el aire. En cuanto á la razón de que en la conversación vulgar se emplee el asonante sin que se estremezcan los oídos de nadie, no me parece ni siquiera espe-

cialosa; ni razón, hablando en plata. Ante todo, en la conversación vulgar no se habla con consonantes, y no puede el asonante estar cerca de los consonantes, que es de lo que se trata. Pero cuando se trata de prosa literaria, también las asonancias son cacofónicas y los artistas de la frase huyen de ellas. Por lo demás, la conversación vulgar no tiene nada que ver con la literatura; y decir un poeta que se le tolere á él en sus versos los *ruidos* que se toleran en la conversación vulgar, vale tanto como si la Patti nos pidiera permiso para cantar como los carros, cuyo rechino está prohibido por el alcalde de mi aldea.

«¿No podrían, pregunta Campoamor, esos críticos de almacenes de juguetes de niños dejar esas simplezas (las cuestiones de métrica y euritmia que van indicadas, y otras) y *elegar* el entendimiento á una crítica *elevada*, examinando si mis asuntos son buenos, los planes regulares, el desempeño feliz y el fin *de la obra trascendental*?»

¡Pero eso, señor, que también se hace, no es necesariamente crítica sintética; puede ser, y tiene que ser en parte, crítica analítica. ¿Cómo se va á examinar si el *desempeño* es feliz, sino analizando? Y en el desempeño, ¿no entra la parte formal, y en ésta la correspondiente á la gramática, á la retórica y á la poética? En cuanto á

que el fin de la obra sea trascendental, ni se entiende bien lo que el poeta quiere decir, ni en toda clase de obras hace falta que haya, ni hay para qué examinar, por consiguiente, semejante trascendencia. Además, convendría entenderse de una vez en el significado de las palabras. El Sr. Campoamor habla muy á menudo de lo trascendental en poesía, y es útil advertir que, á no ser en un sentido vago, vulgar, inexacto, en que se llama trascendental... así, á lo más importante, á lo que trae graves consecuencias, etc., etc., á cualquier cosa, no cabe el significado que él da á tal adjetivo. En buenos términos de filosofía, lo trascendental no es más que lo que trasciende, lo que se opone á lo inmanente; v. gr.: la relación del sujeto al objeto, del fenómeno al *noúmeno* es trascendental; es derecho que trasciende el que nos obliga para con lo que nosotros mismos no somos, etc., etc. Y en este sentido, que es el único riguroso, no toda poesía necesita ser trascendental. Ni tampoco en el otro, aquél en que se supone que lo trascendental es... *lo que trae cola*, como también dice el vulgo.

De otro modo, no hay razón para llamar analítica á la crítica que trata de la forma, y sintética á la que trata del fondo, ni menos la hay para condenar la crítica de la forma (y sólo de la forma del lenguaje y del verso) y reclamar la

exclusiva jurisdicción de la crítica que trata de las obras como si éstas no tuvieran una expresión material, absolutamente indispensable. En aquello de Nelson que Campoamor cita, no hay paridad de casos ni congruencia con nuestro asunto. Nelson quería destrozar cuanto antes la armada enemiga, y gritaba: «¡A los cascos, á los cascos! Dejáos de apuntar á las arboladuras.» Pero la crítica no es *el inglés*. No se trata en la crítica de echar á pique la poesía, sino de ver si los barcos son buenos; y para eso hay que atender á los cascos... pero también á los palos y á las velas. Un barco con el casco roto se hunde, pero sin arboladura no navega.

Y vengamos ahora á lo que llama D. Ramón la crítica satírica.

Antes nos había descrito, y casi definido, la crítica analítica y la sintética según él las entiende, y ahora trata de la crítica satírica, comenzando por suponer que los críticos de esta clase tienen el entendimiento corto y el alma pequeña. Y añade: «Un Hermosilla es capaz de ahogar más genios en embrión, que flores marchita una noche de helada en primavera.» Por muy amigo que yo sea de Campoamor; por mucho que le quiera, admire y respete, no puedo menos de calificar, lo que se acaba de leer, de verdadero absurdo. Primeramente se suponen cosechas de genios que no existen, ni han existido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

33221

do, ni acaso pueden existir; pero lo peor es pensar que el genio puede dejarse ahogar porque un Hermosilla ponga reparos á la gramática que use. ¿Dónde ha visto el poeta ilustre un solo genio ahogado por un retórico? ¡Valiente genio tendría el pusilánime que se dejara acoquinar porque le corrigieran el vocablo! ¿O es que llama D. Ramón genios embrionarios á esos muchachos que le imitan á él y se le van quejando porque nos burlamos de ellos? Todo esto, tomado en serio, no pasaría de ridículo. A renglón seguido endosa á la crítica satírica los atributos de la envidia y de la imbecilidad; más adelante la supone pegando *palos*, como dice él que dice ella, para acabar por pedir dinero... Pero eso, señor poeta, ni es crítica, ni es sátira, ni tiene nada que ver con la literatura. ¿A qué hablar de tales canallas y de tales imbéciles en un libro de *Poética*? ¿Y por qué llamar crítica satírica á ese género de *chantage*?

La crítica satírica, es claro, no es un género de crítica; no hay clasificación técnica que admita una clase de crítica satírica, como en historia natural no se clasifican las aves por el sabor de los guisos con que puedan ser condimentadas; y así, hay en la *pavologia*, por ejemplo, pavos reales y pavos comunes, pero no hay pavos con trufas y sin ellas.

La sátira es un condimento que puede tener

ó no tener la crítica, como puede tenerlo la comedia, la novela, el discurso político, etc., etc. Y así como en la novela, según las circunstancias, podrá venir á cuento, ó no venir, lo satírico, lo mismo sucede en la crítica. Si yo, hablando de la *Iliada*, me entretengo en satirizar al autor ó á los autores riéndome de sus repeticiones, amplificaciones, etc., etc., probablemente cometeré una impertinencia; pero si me burlo discretamente de los que hoy hablan de la *Iliada* y la alaban sin haberla leído, lo que se llama leerla, probablemente estaré en lo firme.

Si todos ó casi todos los géneros literarios pueden ser satíricos, la sátira á su vez puede ser considerada como género, ni más ni menos que las trufas; pero género formal, y entonces la cuestión será ésta: ¿Con qué se pueden comer las trufas? Entre otras cosas, con pavo. ¿Cuál puede ser el asunto, la materia primera de la sátira? Las ideas, los hechos, las costumbres, la religión, la filosofía, el arte...; y dentro de muchas de estas cosas entra la sátira que tiene por objeto la crítica; como Juvenal se puede quejar en una sátira de

los codazos que daba Mesalina,
como dijo Campoamor, cabe que un satírico
tome por asunto las Mesalinas de las letras,
como dijo González Serrano.

Por lo demás, el Sr. Campoamor, aun muchas veces que podría tener razón por lo que quiere decir, deja de tenerla por la manera de decirlo; v. gr.: «Creen que criticar es zaherir. No saben que la crítica, cuando no parte de un principio superior de metafísica, que sirva de pauta general, ó es un medio despreciable de desahogar la bilis, ó un antifaz para lanzar impunemente dardos calumniosos.» Como quien no dice nada, aquí llama calumniadores y enfermos del hígado á la ya gloriosa multitud de críticos modernos, y no pocos antiguos, que sin creer en la metafísica, ó por no creerla, tal como está, aplicable á la crítica literaria, precinden de ella y se atienen á lo relativo. Taine, por ejemplo, y con él casi todos los críticos positivistas, que son muchos, y algunos muy ilustres, son para Campoamor, á creerle al pie de la letra, calumniadores y envidiosos. No habrá querido decir eso, pero lo dice. Mejor le hubiera sido contentarse con lo que más atrás había escrito: que el crítico necesita estudios superiores. Sí, señor, eso es verdad. Y á los poetas no les vienen mal tampoco. El saber no ocupa lugar. Pero ¿por qué atribuye á la crítica satírica la ignorancia de esos estudios elevados? Además, volviendo á la metafísica, ¿no puede un crítico valerse de la sátira, aun partiendo de un principio metafísico? Sí, y vicever-

sa; un crítico empírico y un crítico positivista, en el amplio sentido de la palabra, un crítico spenceriano, v. gr., que no cree que lo *Indiscernible* pueda servir de pauta en materia de crítica, cabe que no sean satíricos; y se observa que no lo son la mayor parte de las veces. Justamente lo que hoy predomina es la crítica sosa, sin pasión, sin dogma, seria; la crítica que aplica á juzgar los dichos y hechos de los hombres menos calor, menos corazón que Buffon ponía en sus estudios descriptivos de animales. Por el contrario, allí donde asoma la creencia, sea científica, moral ó religiosa; allí donde hay *pauta metafísica*, suele asomar la sátira en una ú otra forma; así la crítica de un Barbey d'Aurevilly, un creyente, es satírica; lo es en general la de esa juventud reformista que en Francia principalmente aparece ahora con pretensiones de sostener el ideal y lo metafísico; éstos no admiten ya escepticismos, ni eclecticismos, ni dilettantismos; quieren fe, dogma, sistema, y su forma de combatir á los enemigos es la sátira, aunque disimulada por una ausencia absoluta de la risa, de lo cómico.

El crítico puede usar, si hay oportunidad, la forma satírica, como el poeta satírico puede tener por asunto la literatura; todo el *Quijote* viene á ser una *crítica satírica* ó una *sátira crítica*; en los poemas de lord Byron, á lo mejor, hasta

en medio de una tempestad, ó en el fondo de una caverna, en Occidente y en Oriente, el poeta se convierte en saladísimo crítico satírico; Heine, que todavía amó bastante más que Campoamor, y que soñó mucho más que él, es satírico crítico entre *suspirillo* y *suspirillo* germánico; y por no citar otro, y por fin, el autor de las *Doloras* es un eminente crítico satírico en verso y en prosa, como lo prueba esta *Poética* de que trato.

Queda la cuestión de la oportunidad.

No tienen aplicación á nuestro país los argumentos que en otros suelen emplearse para negar la eficacia de aquella sátira cuyo objeto es la literatura. «¿A qué combatir lo malo? Se destruye ello mismo; lleva en sí el germen de su corrupción; ¿á qué fijarse en lo que, por insignificante, no llama la atención del público?» Aquí no sirve decir esto; aquí lo insignificante es alabado por una seudocrítica tan ignorante y necia como popular y propagandista. Gracias á esa crítica de periódico callejero, en cuanto alguien dice una tontería lo sabe toda España. Podría creerse que entre nosotros la facilidad y rapidez de las comunicaciones había servido principalmente para acreditar disparates. Escritores que tiene por ilustres el vulgo, que se han oído llamar genios, son en España autores de comedias, novelas y poemas absurdos, completa-

mente malos, y que pasan por obras maestras. Es más; algunos críticos notables ayudan de soslayo, y á veces cara á cara, á esta obra deletérea de la necedad; los mismos poetas buenos, Campoamor el primero, cuando hablan de sus compañeros, mezclan y barajan con nombres ilustres los de cuatro *perdis* del Parnaso, que ni tienen capa ni donde sentarse. En una tierra así, ¿cómo ha de ser inoportuna ó inútil la sátira literaria? ¿Cómo no ha de atender la crítica seria en el fondo, sincera, leal, realmente honrada, á la necesidad de llamar tontos á los tontos, de burlarse de los ingenios hueros y desengañar al público?

Estoy por decir que la crítica satírica es la que más y mejor respeta los fueros del arte. Esos autores que se meten á críticos por temporadas para alabar á sus amigos ó á sus imitadores, y aquellos críticos que olvidando su buen gusto y lo mucho que saben, transigen con lo mediano y no dicen palabra de lo bueno, y hablan de belleza donde positivamente no la hay, donde es imposible que ellos, siendo quien son, la vean, contribuyen al descrédito de las letras, á esa falta de formalidad que el *burgués* les atribuye, á ese desprecio que va implícito en la facilidad de dar y olvidar reputaciones. A la anodina alabanza académica y á los elogios mutuos del pandillaje de tertulia, café ó colegio,

han sucedido la benevolencia mal entendida, la falsa elegancia del eufemismo, la malicia de la preterición, la falsedad de los juicios dobles, públicos y privados; y todo esto conspira contra la dignidad de la crítica y los intereses del arte. ¡De cuántos peligros se habla, de cuántos males se quiere librar á la patria, y nadie se acuerda del daño que vendría de llenarse la fama con el nombre de los tontos! ¿Qué adelantaría, poetas y críticos *distinguidos*, áticos, elegantes, *gentlemen*, el día que la aristocracia del talento estuviera representada en España por una colección de cretinos? Pues á eso vais, los unos con vuestras alabanzas de lo soso, vulgar, manoseado, insignificante; los otros con vuestras sociedades protectoras de imitadores, y con esas teorías de anarquismo literario.

¿Pues no llega á decir Campoamor que la retórica apenas sirve para nada? ¿Qué piensa él que es retórica? Oigámosle: «Hay estilos, gramatical y retóricamente *perfectos*, que por su frialdad hielan la sangre en las venas.» Pues si hielan la sangre, no son retóricamente perfectos; porque la retórica, que es la *ciencia* que da reglas para el *arte* de hablar y escribir bien, manda que las palabras y los escritos no hielan la sangre; que el calor en distintos grados, según los casos, dé vida á lo que se habla y escribe. Quintiliano, el retórico por excelencia, á

cada paso habla en las *Instituciones* de la *frialdad* como de un gran defecto. ¿No ha leído Campoamor á Quintiliano?

No puede haber nada retóricamente perfecto si no es hermoso, porque todos los preceptos de la retórica se encierran en uno: producir belleza. Quédese para los críticos chirles de gacetilla el decir, como se lee tantas veces: «la obra no tiene defectos, pero no gusta, no es hermosa, no atrae,» etc. Cuando el Sr. Campoamor se fije en que la retórica manda ante todo que se produzca belleza... borraré aquel epígrafe verdaderamente sacrilego y herético: «Inutilidad de las reglas de la retórica para formarse un estilo;» que equivale á éste: «Inutilidad del arte de andar para ir á pie de un lado á otro.»

Mas ahora noto que este artículo se ha hecho muy largo, y que no he pasado de las primeras páginas de la *Poética*. No es posible hoy ya tratar las cuestiones que principalmente me proponía examinar con motivo de los capítulos nuevos de este libro. Otra vez será. Probablemente en un trabajillo, de muy atrás pensado, aún no escrito, que titulo *El acutismo*, que es para mí como la ciencia de los microbios del pensar y el cavilar; ciencia, y arte también, que está en oposición del espíritu paradójico, el cual, si tiene sus ventajas, es inferior al *acutismo*, porque éste, como el nombre indica, pene-

tra con sus filos, y la paradoja da de plano y resuelve de plano.

Campoamor, que maneja la paradoja como un Alcides, no es amigo de los microbios anímicos, y viene á creer, como el doctor de nuestro paisano Vital Aza, que Hipócrates no inventó el microscopio, porque lo creyó inútil.

Cuando Campoamor discurre muchas de sus teorías, no se pára á meditarlas, sino á *quererlas*.

Como poeta, es un pensador; como pensador, es un carácter.



EMILIA PARDO BAZÁN Y SUS ÚLTIMAS OBRAS

Desdemona. — What would'st write of me if thou should'st praise me.
Iago. — O gentle lady, do not put me to't;
For I am nothing if not critical.

(SHAKESPEARE.)

I

ACABA de publicarse en París, en traducción debida al Sr. A. Dietrich, la interesante obra titulada *Madame de Staël, sus amigos y su importancia en la política y en la literatura*, que escribió en alemán y dió á luz el año pasado la condesa Leyden, lady Blennerhasset. Acuérdomé de esto, porque al empezar la presente revista, cuyo asunto ha de ser el carácter literario de una dama, me vino al ánimo así como un disparatado deseo de convertirme, por pocas horas á lo menos, en mujer, para juzgar á mi ilustre amiga la señora Pardo Bazán.

tra con sus filos, y la paradoja da de plano y resuelve de plano.

Campoamor, que maneja la paradoja como un Alcides, no es amigo de los microbios anímicos, y viene á creer, como el doctor de nuestro paisano Vital Aza, que Hipócrates no inventó el microscopio, porque lo creyó inútil.

Cuando Campoamor discurre muchas de sus teorías, no se pára á meditarlas, sino á *quererlas*.

Como poeta, es un pensador; como pensador, es un carácter.



EMILIA PARDO BAZÁN Y SUS ÚLTIMAS OBRAS

Desdemona. — What would'st write of me if thou should'st praise me.
Iago. — O gentle lady, do not put me to't;
For I am nothing if not critical.

(SHAKESPEARE.)

I

ACABA de publicarse en París, en traducción debida al Sr. A. Dietrich, la interesante obra titulada *Madame de Staël, sus amigos y su importancia en la política y en la literatura*, que escribió en alemán y dió á luz el año pasado la condesa Leyden, lady Blennerhasset. Acuérdome de esto, porque al empezar la presente revista, cuyo asunto ha de ser el carácter literario de una dama, me vino al ánimo así como un disparatado deseo de convertirme, por pocas horas á lo menos, en mujer, para juzgar á mi ilustre amiga la señora Pardo Bazán.

Si el crítico, ó quien haga sus veces, ha de procurar en lo posible ponerse en el lugar y en el caso del autor que estudia; si la verdadera imparcialidad y simpatía estéticas piden esa especie de avatar que tantas veces han recomendado los mismos críticos, aun los menos amigos de abandonar su personalidad, es claro que para comprender bien á un artista, á un literato... mujer, sería gran ventaja convertirse en hembra (1). Yo soy del mismo siglo, del mismo pueblo, de la misma generación, probablemente de la misma raza que doña Emilia Pardo, pero no soy del mismo sexo; no juzgo extraño nada humano, pero sí todo lo femenino. En definitiva, tal vez sólo una mujer comprende á una mujer. Así se explicará acaso que lady Blennerhasset vuelva á entusiasmarse con los méritos, no sólo literarios, sino hasta políticos, de la hija de Necker, y pretenda renovar la admiración y casi idolatría que la tributaron algunos, muchos de sus contemporáneos más ilustres, como Cabanis, Sismondi, B. Constant, Werner, G. Schlegell, etc., etc. Hoy, en general, no corren tan buenos vientos para la fama de *Corina*, y nada anuncia una de esas restauraciones de gloria que suele ofrecernos la historia de las le-

(1) Algo así dice también Brunetière en un artículo que he leído mucho después de escribir esta parte del mío, que destinaba á *La España Moderna*. (Véase *Revue de Deux Mondes*, 1.º Junio 1890.)

tras, como, v. gr., la que cierta parte de la juventud poética procura en Francia para Lamartine y para Chateaubriand. Hoy lo común es tener por elegantes los desdenes de Byron para con su colega hembra, y perdonar, por lo graciosas, las desfachatadas salidas de Heine, en que este verdadero poeta mezcla el romanticismo y los muslos de Schlegell con las correlativas prendas personales de Madame Staël. Sí; tal vez para comprender por completo á Madame Staël hay que ser una señora, ó por lo menos Benjamín Constant.

Sea por mostrarse muy varonil, ó por imitar á Rivarol y á Heine, el crítico italiano de nuestros días, G. Chiarini, declara que Mme. Staël le parece un *enfant terrible*. Thiers había dicho de ella que era una perfecta medianía, y Chiarini, apurando la letra, añade que no es simpática, en suma, ni considerada como escritora, ni en la familia, ni en el Estado, pues le faltan siempre las cualidades que hacen amable á una mujer: la gracia, el afecto, la sencillez.

No temo yo caer en las exageraciones de Chiarini, ni ser tan injusto al tratar de la que, como todo es relativo, pudiéramos llamar, por lo que toca al mérito, la *petite* Mme. Staël de nuestra presente literatura española; pero insisto en lo bien que me hubiera venido ser hembra por algunas horas; porque me da el corazón que,

no siéndolo, no he de poder apreciar todo el valor que debe de haber en la ilustre gallega. El hombre, según está educado hoy por hoy, lo que más estima en la mujer, dígaló ó no, es el sexo, el sexo contrario; el mismo San Pablo, á pesar de su castidad probada, excluía á las hembras de las funciones sacerdotales, siguiendo el mismo instinto que hoy todavía nos hace mirar con desdén mal disimulado todo lo que en la mujer tiene algo de hombre, y que viene á ser como una resta del *eterno femenino*. La mujer era *finis familiae* para el romano, se la excluía de ciertas responsabilidades por debilidad *del sexo*. El ciudadano que para meter en casa á la esposa la cogía en brazos, sabía cuán liviana era la carga, *sabía lo que pesaba*, como decía *L'homme que rit* de Víctor Hugo á los Pares ingleses. Es más: la mujer no debiera ofenderse, aun teniendo motivos para ser varonil, y hasta hombruna, ante esta predilección del macho por todo lo femenino. No se olvide que el macho de la mujer es el *homo sapiens*, un espíritu, como decimos; y como el sexo llega al espíritu, lo que la mujer *amascuinada* le *resta*, le roba al hombre, siendo menos hembra, puede ser cosa nada grosera, nada prosaica, sin dejar de ser sexual. Esto es lo que no quieren ó tal vez no pueden comprender las mujeres varoniles: que nosotros, aun en presencia del más robusto

ingenio, ante la más acreditada fama de un talento de *hombre superior*... en una mujer, suspiremos por algo que falta, que sin duda sobra para que aquella mujer sea lo que quiere, pero que falta para que haya allí todo lo femenino ideal que tanto necesitamos los que somos masculinos completamente. Por eso yo quería ser mujer para apreciar á otra mujer; porque las señoras, como es natural, le encuentran más gracia al género masculino que nos y otros, lo que tenga de hombre una compañera de sexo, sabrán estimarlo en lo que vale. Yo, ni siquiera en mis funciones de crítico, aunque indigno, puedo ser, ni quiero ser, andrógino; y por eso, á mi pesar, muchas veces estaré tachando en doña Emilia cualidades que estarán muy en su sitio, y echando de menos otras á las que, aunque buenas en sí, se las pueda aplicar lo de *non erat hic locus*. No dudo, no, que muchas veces la eminente literata de quien hablo habrá calificado, en su criterio superior, de verdaderas impertinencias los reparos que yo y otros como yo solemos poner á sus escritos. Es claro: la juzgamos como mujer que escribe... y no es eso. Figurémonos que es un hombre, y muchas de nuestras objeciones vendrán por tierra.

Porque hay que advertir que nada de lo dicho se refiere á las mujeres que en literatura ó cualquier otro arte producen como hembras. Eso es

otra cosa. El arte no es masculino; un poeta puede ser varón ó hembra; la mujer que canta, pinta, toca, traslada al papel la belleza que imagina y siente, en nada abdica de su sexo, no es por esto virago, ni hombruna, ni nada de esto, no. Tan propio es de la mujer como del hombre el producir lo bello. Pero el caso de Mme. Staël y el de nuestra crítica gallega es otro; éstas son mujeres que en el arte y la ciencia producen como hombres... algo *afeminados* á veces. Para mi, Safo, según la pintan y según los fragmentos que se le atribuyen, es toda ella hembra, cualquiera que fuese el objeto de sus amores; Jorge Sand en general, y á pesar de cierto carácter *tendencioso* de algunas de sus obras y á pesar de las formas puramente exteriores, sociales, de parte de su vida, es un novelista *femenino*; multitud de damas escriben hoy en verso y prosa en Inglaterra, Italia, Alemania, etc., y muchas de ellas escriben como mujeres; pero doña Emilia Pardo Bazán escribe á lo hombre, y así hay que verlo para apreciar su mucho mérito; porque si nos empeñáramos en buscar en ella la inspiración femenina, el estilo femenino, caeríamos en la injusticia de decir que nuestra escritora no tiene estilo ni tiene inspiración. Produce como un hombre... algo cominero, en eso estamos; así es como vale, como vale tanto...; pero así es también como los

críticos varones echamos de menos en ella algo que tanto nos agrada encontrar en todas partes: la mujer.

¿Tiene una señora derecho á escribir como un hombre? Es indudable. Como llegará á tenerlo para sentarse en el Congreso. Al hombre le quedará el recurso de no casarse con una *diputada*. Doña Emilia tiene *derecho* á saber todo lo que sabe, á sacar las consecuencias de una educación literaria y hasta casi podría decirse científica, de que suelen carecer nuestros más renombrados escritores; tiene derecho, además, á emplear su talento robusto, sutil, flexible, variado, en el estudio de los muchos asuntos sociales, artísticos y de ciencias que despiertan su curiosidad y atraen su atención. A nosotros, si queremos ser imparciales, no nos queda más recurso que reconocer ese talento, lo acertado de su empleo, y el mérito excepcional de haber podido cultivar en el suelo de España, sin medio ambiente adecuado, esa rarísima flor que se llama *una sabia* española en el siglo XIX. Porque no se olvide que doña Emilia es única; pues es claro que no se han de contar las poetisas y novelistas que andan disparatando por esos periódicos de modas; á las tales, como aludiéndolas en montón no se las ofende, sólo se les puede decir, y aprovechando la ocasión, que mejor estaban cosiendo.

Si, la señora Pardo Bazán sabe mucho. Ha leído sin descanso desde niña, ha leído con inteligencia perspicaz, con criterio sano, y propio hace mucho tiempo, con discreción y gusto; además ha vivido, ha observado, ha admirado, ha tenido entusiasmos y desengaños, curiosidades y repugnancias; su correspondencia, sus viajes, le han enseñado mucho también, y si no es un gran sabio especial en nada, puede hablar con fundamento de muchas cosas. En todo país sería una de las más poderosas cabezas; en España es una verdadera maravilla. Porque advierto que, á pesar de ciertos insignificantes *lapsus*, que no hablan de lo que ignora, sino de lo que se precipita, doña Emilia, al revés de tantos otros... sabe más de lo que parece.

Es claro que cuando se dice que una mujer escribe como un hombre, no se ha de entender que pierde todas las cualidades del sexo: como una mujer vestida de hombre no deja de parecer mujer; pero así como ésta á los hombres á que más se parece es á los que se parecen á las mujeres, así la escritora varonil... semeja á los literatos afeminados. Y cualquier persona de gusto sabe que lo afeminado y lo femenino son cosas muy diferentes. Por todo lo cual no hay contradicción entre afirmar los caracteres masculinos de nuestra escritora y reconocer después, como se ha de hacer varias veces, lo *afe-*

minado de alguno de esos caracteres. En su misma sabiduría, que acabo de ensalzar como se merece, hay algo de esto. En la sabiduría, lo más femenino suele ser la erudición, y en la erudición lo más afeminado la curiosidad y la ostentación. Empiezo por esto. Cuando decía antes que doña Emilia sabe más de lo que parece, no quise decir, y no lo dije, más de lo que aparenta. Ya se sabe que en toda ostentación el aparentar, que es del que ostenta, no coincide con el *parecer*, que es de los demás. Doña Emilia aparenta saber mucho; después, á la malicia y á la envidia que cavilan, les *parece* que no debe de saber tanto...; pues bien, se equivocan: sabe todo eso (1). ¿Y es pura vanidad esa ostentación? No; es coquetería, una cualidad femenina que conserva la mujer aun en sus funciones de hombre: coquetería que en quien al fin es una dama, es natural, innata, graciosa, pudiera decirse; que sólo es repugnante en esos hombres de verdad que se llaman ratones de biblioteca, verdaderos *maricas* ó *ninfos*, como los llamaría Campoamor, del arte y de la ciencia. Es verdad, sí; doña Emilia hace alarde, pero con tino, de

(1) El Diccionario de la Academia no da al verbo *aparentar* más acepción que la de manifestar lo que no hay; sin embargo, lo deriva de *aparente*, y á esta palabra, como á *apariciencia*, les reconoce su significado directo de mostrar lo que es.

saber muchas cosas, como lo harían muchos varones... si las supieran. No se olvide que hoy entre nosotros escasean los pedantes, porque hay muchos *literatos* para quienes D. Hermógenes sería un sabio de veras. Muchas de las enemistades literarias que han surgido contra la señora Pardo Bazán tienen su origen en la envidia de varios barbudos sujetos, que no pueden llevar con paciencia que sepa más que ellos una señora de la Coruña. No participando de esa envidia, nada más fácil que tolerar las coquetearías eruditas de la ilustre polígrafa, que son inocentes, pues no consisten en falsedades. Por otra parte, aunque la erudición de la Pardo Bazán tenga que ser las más de las veces de segunda mano, aun así es utilísima, pues ya se sabe que escritores del género de doña Emilia tienen por oficio principal propagar y divulgar, explicándolas claramente, con valor y fuerza, doctrinas ajenas. Nuestra polígrafa es también aficionada en extremo á la novedad, á las modas, y esto se da la mano con la cualidad de escritor *afeminado* de que se hablaba antes, á saber: la curiosidad. La curiosidad y la pasión por lo nuevo de esta ilustre señora han tenido influencia favorable en parte, y en parte perjudicial, sobre la literatura contemporánea española, y á la misma Pardo Bazán le han producido ventajas y desventajas. El cambio del gus-

to y de la opinión que en estos últimos quince años se ha realizado en el público español, se debe en gran parte al entusiasmo, á la actividad, á los esfuerzos y persuasiva inteligencia de esta mujer excepcional; su *Cuestión palpitante*, sin ser un libro profundo, ni mucho menos, sin pertenecer siquiera al género de la crítica delicada, esotérica, para pocos, es una obra notable, y que por su misma ligereza, y hasta cierto punto vulgaridad, ha servido para la transformación de que se trata; es un libro algo superficial, pero de mucho sentido, sano, fuerte, persuasivo y lleno de noticias que cogían de nuevas á la mayor parte de los lectores de esta tierra. Doña Emilia tiene cualidades excelentes para intervenir y triunfar en esas polémicas populares en que el vulgo se erige en jurado, muy contento de fallar en materias especulativas, jugando al *ateniense*. Esos triunfos y el carácter han hecho en esta distinguida mujer un hábito el discurrir y disertar en el ágora; su dominio del idioma le da armas y pertrechos para triunfar de todas las dificultades que el pensamiento suele oponer á la expresión; ella dice con perfecta claridad todo lo que tiene que decir... y no dice más. Tiene la facilidad, la transparencia, la *plasticidad* del orador de raza, y con todo esto la falta de *más allá*, de *claire de lune* psicológico, de misteriosas perspectivas ideales, que también suelen

faltar en los oradores y que, de tenerlos, les perjudicarían. Así como una mujer hermosa de cuerpo no deja en casa nada de su hermosura, doña Emilia lleva consigo, en sus obras, todo lo que vale. Es todo aquello, pero nada más que aquello. Este modo de ser, que yo llamaría *excesivamente latino*, la hace deslucir más que nunca cuando se trata de asuntos religiosos. La religión, que es principalmente la capacidad de enamorarse del misterio, es lo más flojo en doña Emilia, considerada como pensador y artista, á pesar de sus oportunismos católicos y neo-católicos y de sus *dilettantismos* italianos, que á ella le parecen á lo Mme. Gervais nada más que porque no son á lo Chateaubriand. Doña Emilia pretende hacer con el arte cristiano lo que su amigo Goncourt con el Japón; pero éste nunca dijo que creía en los dioses que, según Loti, ya hacen reír á los peregrinos provincianos que van á la Ciudad Sagrada á adorar los monstruos que inventó la imaginación de sus antepasados. En mi sentir, es el de doña Emilia un espíritu *laico* por excelencia; pero tenga el consuelo de que en esta idiosincrasia la acompañan muchos Obispos.

.....
 Mas recojo velas, porque, á partir de la idea empecatada de querer convertirme en mujer para apreciar los méritos varoniles de la Pardo Bazán,

de una en otra, me he separado cien leguas del propósito directo de este artículo, que es referirme á las últimas obras de mi ilustre amiga.

Lo que dejo incompleto en el desarrollo lógico de lo que va apuntado, volverá á darme asunto para el discurso en varias materias de las que tengo que tratar en el examen de las novelas más recientes de doña Emilia.

Acerca de *Morriña*, que en mi opinión vale algo más que *Insolación*, he de decir poco, pues en *Madrid Cómico* he dedicado á tal novela varios artículos.

Además, *Morriña* peca por deficiencia, por saber á poco y algo á soso, y de esto no nacen grandes disquisiciones, sino votos porque Dios mejore sus horas. Pero los defectos de *Insolación* son de un género que pide examen algo detenido.

II

A los que afirman que divido á los autores en buenos y malos, y hasta en amigos y enemigos, para alabar todo lo que hacen los que admiro y quiero, y despreciar todo lo que emprenden los otros; á esos maldicientes, á cuyas injusticias estoy acostumbrado, les suplico que se sirvan pasar los ojos por los renglones que



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



faltar en los oradores y que, de tenerlos, les perjudicarían. Así como una mujer hermosa de cuerpo no deja en casa nada de su hermosura, doña Emilia lleva consigo, en sus obras, todo lo que vale. Es todo aquello, pero nada más que aquello. Este modo de ser, que yo llamaría *excesivamente latino*, la hace deslucir más que nunca cuando se trata de asuntos religiosos. La religión, que es principalmente la capacidad de enamorarse del misterio, es lo más flojo en doña Emilia, considerada como pensador y artista, á pesar de sus oportunismos católicos y neo-católicos y de sus *dilettantismos* italianos, que á ella le parecen á lo Mme. Gervais nada más que porque no son á lo Chateaubriand. Doña Emilia pretende hacer con el arte cristiano lo que su amigo Goncourt con el Japón; pero éste nunca dijo que creía en los dioses que, según Loti, ya hacen reír á los peregrinos provincianos que van á la Ciudad Sagrada á adorar los monstruos que inventó la imaginación de sus antepasados. En mi sentir, es el de doña Emilia un espíritu *laico* por excelencia; pero tenga el consuelo de que en esta idiosincrasia la acompañan muchos Obispos.

.....
 Mas recojo velas, porque, á partir de la idea empecatada de querer convertirme en mujer para apreciar los méritos varoniles de la Pardo Bazán,

de una en otra, me he separado cien leguas del propósito directo de este artículo, que es referirme á las últimas obras de mi ilustre amiga.

Lo que dejo incompleto en el desarrollo lógico de lo que va apuntado, volverá á darme asunto para el discurso en varias materias de las que tengo que tratar en el examen de las novelas más recientes de doña Emilia.

Acerca de *Morriña*, que en mi opinión vale algo más que *Insolación*, he de decir poco, pues en *Madrid Cómico* he dedicado á tal novela varios artículos.

Además, *Morriña* peca por deficiencia, por saber á poco y algo á soso, y de esto no hacen grandes disquisiciones, sino votos porque Dios mejore sus horas. Pero los defectos de *Insolación* son de un género que pide examen algo detenido.

II

A los que afirman que divido á los autores en buenos y malos, y hasta en amigos y enemigos, para alabar todo lo que hacen los que admiro y quiero, y despreciar todo lo que emprenden los otros; á esos maldicientes, á cuyas injusticias estoy acostumbrado, les suplico que se sirvan pasar los ojos por los renglones que



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



siguen para ver cómo de uno de los escritores españoles que más estimo, uno de aquellos á quien debo más amistad literaria, si vale hablar así, y hasta repetidos elogios, que nunca pude merecer, voy á atreverme á decir que sus últimas novelas no me parecen tan excelentes como yo quisiera que fuese cuanto sale de tan gallarda, noble y elegante pluma (1).

Doña Emilia Pardo Bazán ha oído una y otra vez alabanzas tributadas por este humilde periodista, por la sencilla razón de que ella las merecía; hemos llegado á ser amigos por cierta concordancia de opiniones literarias y de gusto en materia estética, y no al revés, como suele suceder en las camarillas y en los compadrazgos de las letras, donde se ve frecuentemente que personas unidas por vínculos del todo extraños al arte, como la política, la idea religiosa, el *espíritu de cuerpo*, etc., etc., se amparan y asocian en literatura y forman verdaderas compañías de seguros contra toda clase de percances, como silbas, desdenes del público, censuras justas y contundentes de la crítica y otras *catástrofes* por el estilo.

Es más: cuando se empezó por acá á decir que había un naturalismo español, muchas veces mi nombre iba al lado del nombre ilus-

(1) Cuando escribía esto no se había publicado *Una cristiana*, que aún no he leído al añadir esta nota.

tre de esta dama, y de otros pocos también ilustres; y amigos y enemigos, dentro y fuera de España, parecían tener empeño en que sus insinuaciones sirvieran á unos cuantos para animarse á formar una escuela, un *bando* por lo menos, y á uniformarse y caer en la tentación *clasificadora*, á que tan aficionado es el vulgo de los que se dedican á escribir ó leer libros de arte.

Pues bien; ninguno de los que figuraban en ese grupo de realistas ó naturalistas españoles, que algunos críticos primero, y el público después, se empeñaron en reconocer, hizo nada por procurar la verdadera formación de una escuela, ó lo que fuera; y todos, mirando más adentro, y viendo grandes diferencias y larguísimas distancias en lo que parecía la misma cosa en conjunto á los que miraban desde lejos, se abstuvieron de formular artificiosas generalizaciones, prefiriendo á todos los realismos la *realidad*; y la realidad era que hay mundos de diferencia, v. gr., entre Pereda y Emilia Pardo Bazán, entre Galdós y todos los demás novelistas españoles, entre Armando Palacio y cualquier novelista contemporáneo. La amistad que entre unos y otros puede existir, originada tal vez por el trato literario, nada tiene que ver, tal como ha llegado á ser, con nada que se parezca á escuela ni con cien leguas. Cuando

Emilia Pardo Bazán publicó en *La Epoca*, y luego en un tomo, la primer obra que la hizo popular, *La cuestión palpitante*, fui de los primeros que llamaron la atención del público hacia aquellos artículos, que en cualquier país hubieran sido notables y en España eran verdaderamente extraordinarios, y más si se atendía al sexo del autor. Llegó mi entusiasmo á escribir un prólogo para el afortunado volumen, por el cual supieron muchos aquí, no sólo qué era la modernísima novela francesa, sino algo de lo que es en general el arte literario contemporáneo. Pero ni entonces, ni ahora, ni nunca, supuso tal afinidad de algunas ideas, trato ni contrato de especie alguna, alianza ofensiva ni defensiva entre este humilde gacetillero y doña Emilia Pardo, de la cual me separan y hasta alejan muchos más pensamientos y más importantes que aquéllos, nunca muy analizados y depurados, en que, *grosso modo* á lo menos, estamos conformes.

Digo todo esto para probar la imparcialidad con que siempre he podido apreciar los méritos excepcionales de esta mujer, única en España, como ya tengo escrito. Sí: tan única, y por esto tan digna de consideración y respeto, que si no fuera porque la verdad nunca puede lastimar á los nobles espíritus, hasta creería que era un homenaje que se le debía por sus méritos,

atenuación del juicio desfavorable que pudiera merecernos cualquier elemento de su producción artística, ó de su gusto estético, ó de su manera de entender la vida de la sociedad, etc., acerca del cual ella pudiera mantener alguna de esas queridas ilusiones de que la mujer, sea quien sea, prescinde aún con más trabajo que su débil compañero el hombre.

Si en lo que he escrito antes de ahora, ó en lo que escriba en adelante, señalando ciertas reservas respecto de doña Emilia en cuanto artista de la novela, pudiera haber algo que le sirviera de mortificación, todo lo borro, y sólo mantengo aquello que signifique la fiel expresión de mi juicio, la verdad de lo que pienso; lo cual no cabe que hiera el amor propio de dama tan elevada por encima de vulgares aprensiones, de rencorcillos que se guardan, como alfiler en acerico, en el corazón, para pinchar en algún día al moro muerto con tamañas lanzadas.

La amistad y el consorcio de las ideas entre las almas bien nacidas y propiamente serias llegan á un punto, si cierta edad las acompaña, en que se deben esa austera y última sinceridad pura, que consiste en reconocer fielmente y declarar el aislamiento en que, por necesidad, viven todos los espíritus, y más los que algo piensan y aspiran á ganarse por su propio es-

fuerzo una verdadera *personalidad* bien consciente. El afecto y la simpatía que subsisten después de reconocidos y explorados estos mares que separan las almas, como islas de islas, valen más que todos los entusiasmos de concordanancias nebulosas, amañadas sin clara conciencia del amaño, y que después de desvanecidos, por no querer confesarlo, dan ocasión á menudas perfidias, á cavilosasidades y alevosías y picotazos de liliputienses.

Muchas novelas lleva escritas doña Emilia; la primera, que apenas es novela, revela su gran talento, pero no un artista verdadero; tiene un grave defecto: aquel rebuscado modo de decir, disculpable coquetería de una mujer que se encontró, aún muy joven, sabiendo más diccionario y más *clásicos* que la mayor parte de los doctos y ya maduros académicos.

La segunda novela, *Un viaje de novios*, es, contando con todo en suma, la mejor de las suyas; inferior, con mucho, en lo que atañe á la habilidad técnica que cabe adquirir y mejorar, á otros libros posteriores del mismo autor, á todos excede en lo que más importa, en inspiración, en gracia, novedad y fuerza, en la frescura de ser flor del ingenio, de esas que vienen no se sabe de qué abismos del alma, donde germina la genuina vegetación del arte. No importa que en *Un viaje de novios* la *mano de obra*,

por inesperienza, eche á perder bastantes cosas, malogre algunos efectos artísticos; la idea original, fuerte, graciosa y fresca, allí está, y puede en cualquier tiempo producir grata impresión en lectores despreocupados.

Todo lo que en punto á novelas siguió á *Un viaje de novios*, fué de menos valor, sin que revelase progresos del *savoir faire* en doña Emilia, hasta que llegaron *Los Pazos de Ulloa*, en donde hay, entre mucho mediano, algo de veras bueno, de lo que no se hace con recetas caseras de crítica económica para uso de las familias que quieren tener un novelista en casa. En esta novela, y en su segunda parte, se vuelven á revelar las esperanzas que *Un viaje de novios* hizo concebir. En *Insolación*, el *savoir faire* sigue sus progresos; pero la inspiración no aparece ni en una sola página. En lo que el hacer novelas puede parecerse á hacer puntillas de hilo y encajes finos, *Insolación* no tiene rival; pero no hay en todo este libro nada que nos hable del alma de un verdadero artista. Es una historia amorosa que ni una vez nos recuerda el verdadero amor; es un libro de tonos alegres, que tiende á lo cómico y á lo humorístico... y ni una sola vez nos hacereir, ni sonreir apenas. La romería de San Isidro si es cosa divertida, y pintoresca y característica; pero tal como la presenta *Insolación*, no.

Uno de los preceptos más importantes de las reglas eternas del arte no suele mencionarse en los tratados, pero va supuesto y es muy sencillo: hay que dar en el clavo. . *Insolación* no da en el clavo.

Ni hace sentir ni hace pensar; no excita ni llanto ni risa; se asiste á las torpes y vulgares aventuras de la gallega de maímón y del andaluz de pastaflores, como se oye hablar de los escándalos de una pareja desconocida, con una débil curiosidad *genérica*, que distraerá y desahará cualquiera otra serie de fenómenos que la casualidad nos ofrezca en los azares de la calle.

Asís Taboada no es nadie; Pacheco es un imbecil de Sevilla, que á los que no nos enamoramos de las personas porque tengan las sienes algo cóncavas, no nos parece más que un revulsivo confitado. Hay en todos los amores de estos dos, para el lector, una sensación semejante á la de estar comiendo huevos hilados, secos, todo el día, ó mazapán de Toledo con sabor á la caja, ó bizcochón viejo... En fin, yo no sé cómo decirlo, pero *El Cisne de Vilamorta* era un terrón de sal comparado con este Pachecazo que tanta gracia le hace á doña Asís la viuda...

Pero antes de continuar y poner un poco de orden en esta verrina literaria, una observación en forma de pregunta: ¿en qué consiste que, á pesar de todo, *Insolación* se deja leer, y no de

muchos tirones? Consiste en muchas causas. La novela es corta, de tono ligero, de hermosa y simpática forma tipográfica, una edición de un lujo inusitado en España, y que honra á la casa Ramírez; el asunto promete, el crédito del autor promete más, y se va leyendo, leyendo con la esperanza de que más adelante venga lo bueno. Por desgracia, lo bueno se quedó por allá esta vez. No tardará en presentarse. Además, hay aquello del *savoir faire* que antes decía, en lo accesorio, en lo que es pura curiosidad, v. gr., descripción *documentada* de costumbres *distinguidas*, de *bibelots* y cosas de comer y de vestir, etc., etc.; en la observación superficial, pero ingeniosa, de pormenores sociales; en la discreción con que se maneja el *arte menudo*, penetrando en cuyos misterios muchos se creen ya críticos sagaces, y otros maestros en la invención y composición; en cuantos elementos dependen, no de los misterios del estro (de aquel antiguo estro, hoy tan desacreditado, pero que con este nombre ó con otro será eterno y siempre lo principal), sino de la multitud de cualidades que en doña Emilia concurren como hablista, erudito, *hombre de mundo* (porque mujer de mundo es, aun en la acepción más inocente, otra cosa, no lo que yo quiero dar á entender) *dilettante* de varias artes decorativas, etc., etc., cualidades que hacen de

ella un precioso estuche literario...; pero un estuche con muchísimo talento y no poca trastienda... mundana. En todo esto hay cierto encanto de segundo orden, que hará siempre que el libro menos apreciado de esta señora se pueda leer con gusto y provecho. Por eso, si se tratara de animar á un principiante, ó de defender á un buen ingenio discutido, en tales primores medendaría, y haría resaltar sus méritos; pero ¿á qué vendría aquí semejante oficiosidad? *Insolación* puede ser un mal ejemplo; en general lo es todo cuanto en el ingenio grande no es oro de ley, cuanto es obra de facultades inferiores, que el asiduo trabajo del hombre vulgar y las circunstancias de la posición ó del estado social pueden procurar.

Una Asís Taboada ó un Gabriel Pardo, ó... un Salvador López Guijarro ó un Ramón Correa, pueden tener la pretensión de escribir novelas así. ¿No conocen ellos también el mundo? ¿No saben dónde les aprieta el zapato en materia de buen tono y de experiencia y diplomacia para luchar con las malas mañas de la vida cortesana? Es claro que á las novelas de Correa, de Pardo y de Francisca Taboada, les faltaría mucho de lo que hay en *Insolación*, con ser lo peor de doña Emilia; pero tendrían todas esas otras menudencias que estoy seguro que todos esos sietemesinos del arte que doña Emilia no

sabe sacudirse de encima, como si fueran moscas, la han de alabar, y la habrán alabado ya, como lo exquisito y lo más delicado.

Como á buen entendedor pocas palabras, y nadie habrá en el mundo que entienda más pronto ni mejor que la señora Pardo Bazán, no insistiré en esto.

Y ahora va lo más grave, que tal vez debió ir antes, aunque no es cosa segura, pues en esto del método en la crítica aún no hemos encontrado el Alonso Martínez que nos lleve á la unificación de Códigos; lo más grave, mi discretísima colega, es que... no sé cómo la vamos á defender á usted contra los que hablan de la *inmoralidad* de *Insolación*. Es claro que una novela por sí no puede ser inmoral; nadie es inmoral ni moral en este mundo más que las personas; los libros no son nunca inmorales, como una langosta con la endemoniada salsa amarilla, no es una indigestión. Pero puede ser inmoral el autor de un libro escribiéndolo con intención de pervertir al que leyere. Esta inmoralidad no nos preocupa; no puede ocurrírsele á nadie que doña Emilia Pardo Bazán, la discretísima autora de *San Francisco de Asís*, se proponga corromper á su generación y á las que la siguen. Mas queda otra cosa que no puede llamarse propiamente inmoralidad, si se sabe lo que se dice, y que sin embargo así la llaman

los más de los que se ocupan en estos asuntos. Puede un autor, sin mala intención, sin querer, y por consiguiente sin ser inmoral, escribir un libro que... no será inmoral tampoco, pero puede producir la indigestión de marras al que se coma la langosta entera. ¡Culpa del glotón, dirá el cocinero; culpa del glotón que, sin estómago suficiente, se atrevió a tal valentía! Es evidente que no sabiendo que los libros sean inmorales, sólo queda que puedan ser desmoralizadores; pero sólo un examen superficial, y cegado por la preocupación y el escrúpulo sentimental, puede dejar de ver que en la desmoralización se trata de una relación entre términos diferentes, y que hay que atender, no sólo á la calidad de lo que desmoraliza, sino al que cabe que sea desmoralizado. Esta relación no la estudia la crítica literaria; la estudian la moral aplicada, la pedagogía, y todavía otras seis ó siete ciencias más ó menos perfeccionadas en la actualidad; pero la crítica literaria puede estudiar si la langosta estaba fresca, y si la salsa estaba en su punto, porque puede suceder que lo que con relación al estómago se llama ya indigestión, con relación al arte se llame fealdad; como un color puede ser venenoso, y además chillón. Sería absurdo decir: «ese azul sienta mal en ese cielo, porque está hecho con veneno, que traerá la muerte instantánea al que chupe una

pastilla de tamaña droga; y es una atrocidad pintar el cielo con veneno; pero es posible que aquel azul venenoso, como color, sea también impropio del cielo, y que sea la misma causa química la que le hace mal azul para firmamentos y buen ingrediente para un reventón.

Este creo que es el caso de la novela que examino. Se puede asegurar que el asunto de *Insolación* es la concupiscencia, pero no examinada y pintada desde un punto de vista superior, estético, desinteresado. De aquí el efecto *desmoralizador* del libro y el efecto de fealdad de la composición, sirviendo la misma causa para *ambos efectos*.

No hay que confundir novelas como *Insolación* con las obras llamadas pornográficas, ni tampoco hay que igualarlas á aquellas otras, completamente artísticas, que tienen por asunto desinteresadamente visto, sentido y expresado, la concupiscencia. Ocupa *Insolación*, y otros libros de su clase, un lugar intermedio. No es libro pornográfico, porque no obedece al propósito inmoral de suscitar groseras imágenes con un fin de lucro ó de pura perversión escandalosa: en la idea del autor no habla más que la sana intención de producir belleza, y para ello no se recurrió á esa fácil imitación directa, inmediata, antiartística, ajena á la literatura, que es á la poesía lo que las figuras de cera

vestidas con ropa, á la escultura. Pero, por culpa de una ilusión muy frecuente en casos análogos, la novelista no vió que los datos de observación y experiencia, la sugestión que de ellos nace, la impresión personal y otros elementos, no estaban depurados, ni se habían elevado en su espíritu á ese grado de contemplación puramente estética á que ha de llegar todo asunto para que se convierta en primera materia artística. Sucede con estos casos algo semejante á la digestión de los rumiantes; cuando Goëthe sacaba partido de sus propias emociones y de su propia historia *pragmática* para su *Guillermo* y para su *Werther*, ya había *rumiado*, como poeta, lo que primero había visto y sentido como hombre. El engaño de la mayor parte de nuestros pobres muchachos *líricos* consiste en olvidar que ellos no son *rumiantes*, que para ellos la *digestión* no tiene más que una forma, la vulgar, la sencilla; *sienten* mucho la vida, y cantan, sin más, sus penas y sus alegrías; creen que por estar muy entusiasmados ó muy sinceramente doloridos, ya tienen la inspiración en casa.

Por espejismos de este género, algunos novelistas fundamentalmente sosos y anodinos atribuyen á ciertas obras suyas, historia de su corazón acaso, una exquisita esencia de perfume sentimental, que no tienen. Yo conozco perso-

nas que se han apartado del camino del arte, desengañados de las vanidades humanas, vencidos de la injusticia del público, pero seguros de que ellos eran unos poetazos no comprendidos, y todo por no haber reconocido que en ellos no había más mérito que el de haber llevado, en efecto, unas tremendas calabazas, ó haber amado mucho, etc., etc.; pero no el de saber sentir y expresar eso mismo de un modo desinteresado, estético, con valor de emoción universal. Y no son éstos, que al fin *lo dejan* y llegan por otros senderos á ministros, obispos ó contratistas de carreteras, los más perjudiciales; sino los que insisten... y hasta consiguen ganar las simpatías de cierta clase de público, que prefiere las imágenes con trajes, á la frialdad desnuda de la estatuaria, y se pirra por las novelas y lo poemas como por las causas célebres, encontrando un mérito superior en la autenticidad de las aventuras y de las lacerias que se narran ó lamentan. Como uno de estos lectores, que suelen ser señoras, tenga motivos para creer que el autor pasó por trances parecidos á los que pinta, y sufrió *de veras* él, *como particular*, lo que allí atribuye á un personaje imaginario, ya no necesita más para acompañarle en el sentimiento y llorar con él, y tenerle por una maravilla. Llenas están las crónicas de la biografía literaria de señoras ingle-

sas, y de otras nacionalidades, que escriben cartas indiscretas, pero filantrópicas, á los autores, para ver si hay modo de consolarlos, etc., etc. Generalmente la mujer, la vulgar (tal vez la mejor moralmente) se inclina mucho á sacar sustancia de todo, y á no ver en el arte el puro arte.

En la *Insolación* de doña Emilia existe una ilusión de ese género, pero no de esa clase. No se trata allí de enternecimientos, ni de *saudades*, ni de amores desgraciados ó de *inefables* alegrías, nada de eso; pero aunque las emociones á que esta obra se refiere sean de otra categoría, no está menos patente el engaño de tomar la impresión individual, interesada, como *preparado* artístico, como depurada visión estética trasladada al papel. Es muy frecuente en esta señora tomar por materia literaria lo que no lo es, y así se observa en cuanto en sus obras se refiere al elemento cómico; las anécdotas de sus novelas suelen ser de efecto desgraciadísimo, porque casi siempre pertenecen á ese género antiartístico que produce por su naturalidad é inmediato interés gran efecto en la conversación de determinados círculos, pero que pierde toda fuerza cómica al generalizarse y pasar ante un público extraño á las circunstancias particulares que daban natural atmósfera, color y vida á tales *sucedidos* ó *chistes locales*. Doña Emilia se esmera en contar esas quisicosas con gran

sencillez, sin quitar ni poner, y resultan para el lector frialdades, incidentes insípidos. Ejemplo bien reciente de esto es casi todo cuanto se lee en los primeros capítulos de *Una cristiana*, la última novela de la Pardo Bazán (1).

Contribuye mucho á estas equivocaciones de doña Emilia su manera de entender el realismo. Yo he llegado á convencerme de que para esta ilustre dama, como para mucha gente, el realismo ha venido á ser la antítesis, no del *idealismo*, sino de la poesía. El gran calor y la sinceridad y fuerza de convicción con que la señora Pardo Bazán ha defendido entre nosotros la tendencia realista, se deben á su temperamento; es una mujer completamente prosaica; creyó que el realismo era la prosa de la vida fielmente expresada, y de aquí el preferir para sus novelas la copia exacta del mundo... sin poesía. Esa ilusión de creer materia artística el dato experimental, sin más, con la sola garantía de habernos impresionado, es en esta señora sistemática, *querida*; es decir, que estima suficiente para la expresión artística la impresión inmediata, interesada, singular, egoísta, con todos sus elementos insignificantes, prosaicos; porque esa es, en su opinión, la materia propia del realismo.

No hay más que ver, por ejemplo, cómo ex-

(1) Sólo está publicada la primera parte, que he leído después de escrito casi todo lo que antecede.

plica ella su entusiasmo por las obras del antiguo realismo castizo, español, en las que aprecia sobre todo las deficiencias, como son, la ausencia general de idealidad, la *prosa* de los asuntos, la falta de sentimiento delicado y caritativo, defecto á que atribuye la esencia de tal realismo en lo que tiene de peculiar, de *genuinamente* español.

Insolación es un episodio realista, en ese sentido no artístico; un episodio de amor vulgar, prosaico, es decir, de amor carnal no disfrazado de poesía, sino de galanteo pecaminoso y ordinario; es la pintura de la sensualidad más pedestre, y hasta pudiera decirse de una sensualidad gastada, superficial, anémica hasta de deseos, sosa y ñoña. El principio, el medio y el fin de los amores de Asís Taboada y su andalucito bobalicón y chorlito, no son más que vulgaridad, necedad, pobreza de espíritu y de sangre; y la perversión inútil, caprichosa, sin gracia, de la viuda, no deja ver más que la profunda inmoralidad del carácter, pero sin enseñar nada, ni doctrinal ni estéticamente. Si, como quieren ciertos críticos, el arte se resuelve en simpatía social, en *Insolación* no hay nada de arte; todo es antipático y todo es disolvente. El cacumen de la inmoralidad y de la fealdad está en aquel diálogo del filosofastro Pardo y su amiga Asís, de noche, en el Dos de Mayo ó por

allí cerca, en fin, en la sombra. No se tocan los personajes; pero ¡qué cosas se dicen! ¡Qué explicaciones para el libertinaje! ¡Qué estúpida libertad de pensar y qué falsa fuerza de espíritu! Y lo peor es que la autora no nos cuenta aquella conversación para nada, absolutamente para nada, porque es claro que su propósito no es defender tales ideas, ni siquiera indirectamente.

Lo más triste de todo es que del conjunto del libro se desprende que la escritora ilustre nos da las aventuras de su viudita como un idilio realista de amor, como diciendo: «el amor, bueno ó malo, es eso; examinado de cerca y con profundidad y franqueza y sin *idealismos*, el amor es ese apetito, no vehemente, pero sí tenaz é invariable, prosaico, soso, frío,» y á pesar de verlo así, no se desespera, ni siquiera encuentra un dejo de amargura en ese amor; no hay pesimismo, no hay sarcasmo implícito en esta historia de aventuras indecentes y frías, sosas y apocadas; hay complacencia, casi alegría; no se sabe qué pensar leyendo aquello. ¡Y esta es la obra por excelencia *amorosa*, de doña Emilia! Esta señora se ha dejado llevar en tal ocasión del prurito de los sectarios imprudentes, vulgares, superficiales, y ha sacrificado á lo que ella cree dogma realista, mucha clase de fueros de la misma dama y de la escritora célebre; por el afán de la impersonalidad, mal entendida, ha

llegado á preferir para heroína de su novela de amor un ser repugnante en su insignificancia, baja y deslavazada criatura imaginaria, que nada puede decirnos de lo que el amor, en efecto, haya podido ser para la fantasía y el corazón de la artista; y al pintar tipo tan lejano de su propio modo de ser, no supo darle más vida que la somera y aparente de una observación vulgar, prosaica y fragmentariamente nacida. Es claro que á una señora como doña Emilia no pueden comunicarla las mujeres *alegres* (triste alegría!) que ella pueda tener, por obligación social, que tratar en el *mundo*, no pueden comunicarla el secreto de sus ideas más íntimas, el fondo último de sus pasiones y de sus aventuras. Y doña Emilia, empeñada en tener un *documento*, lo que hizo fué echarse á adivinar, y produjo un monstruo que sólo tiene de real lo que tiene... de figura de cera, de antiartístico. Sí; fíjese en esto la perspicaz gallega, honra de la Coruña: ese pedazo de la realidad que ha copiado en su *Insolación*, sólo tiene de real lo que tiene lo real de no asimilable para el arte; en cambio el fondo poético de la realidad, que tanto resalta aun en los mayores horrores *naturalistas* de Zola (*románticos* para doña Emilia y otros), ese fondo que existe en el amor más depravado si lo ve un artista verdadero, no hay que buscarlo en la *historia amorosa* figurada por doña Emili

Por donde se ve que la misma causa que hace *feo* el libro, lo hace inmoral, ó desmoralizador, mejor dicho, no porque sea *fealdad* el desmoralizar, sino porque aquí lo que pervierte es el *desnudo* prosaico, lo que acerca, por culpas de la poca habilidad y el error estéticos, lo que acerca las obras de esta clase á las pornográficas, por más que el propósito en los autores sea tan diferente. No hay más remedio: el que trata materia pecaminosa, si no sabe elevarse á la región de la poesía, deja ver el pecado como pecado. El amor sensual, objeto de un libro, cuando no muestra una trascendencia artística, es... escandaloso, en la rigurosa aceptación de la palabra.

No creo necesario insistir más en tan delicada y desagradable materia, sobre todo considerando que me dirijo á quien es lince para los propios como para los ajenos defectos.

De *Morriña* he escrito mucho en otra parte; y antes que repetir, aun disfrazado, lo ya dicho, prefiero remitir al lector al libro futuro en que lo apuntado tiempo atrás se reimprima.

Además, en rigor, el juicio que á mi parecer merece esa novela se construye por sí solo, sin más que tener presentes algunas de las cualidades señaladas más arriba al ingenio y á las ten-

dencias escolásticas y de temperamento de la señora Pardo Bazán.

Morriña, como he dicho en otra parte, es una especie de *Hermann y Dorotea* en prosa... y prosaico. Pudo, debió haber sido poético este libro sin dejar de ser realista, pero la musa de la vulgaridad, de lo insignificante y pedestre, muy pronto torció la inspiración de la autora, que en resumidas cuentas vino á darnos un comentario discreto, en castellano elegante, de la popular canción llamada de «La pobre chica».

Si en *Insolación* el asunto es lo principalmente malo, en *Morriña*, superior con mucho á su hermana mayor, lo peor es el sesgo dado á una materia que pudo haber sido muy interesante. La primera conversación de la criada gallega con la madre del seductor imberbe, prometía mucho. Después la *Dorotea* de nuestra novelista no es nadie, es una víctima anónima del *donjuanismo* á domicilio; y en cuanto al Hermann gallego, es uno de tantos suspensos bobalicones de la Universidad Central. Está en la edad del pavo, y como pavo se porta todo el tiempo.

Más vale su madre, sobre todo al principio; su cariño está bien pintado, y la inocente doblez de su carácter es de lo mejor que ha visto y expresado doña Emilia, encontrando esta vez el verdadero realismo, el que nada pierde de ver-

dadero y *documentado* por no degenerar en vulgar, soso, insignificante y pedestre.

La señora Pardo Bazán sabe componer esos tipos, que son una moderna *edición ilustrada* de Sancho Panza; el sentido común, al servicio del *egoísmo* individual, familiar, ó lo que sea, pero, en fin, egoísmo en cuanto es la preferencia de intereses á ideales y abnegaciones superiores ó indefinidos. A veces el *prosaismo* de esta señora se eleva á esta región, ya artística, en que á la prosa misma al *terre-à-terre* se le aguza el sentido, se le da carácter genérico, y se le desentraña lo que *él también* tiene de bueno y hasta de bello, *mezclado*. Así se verá en la última novela que hasta hoy ha publicado nuestra autora *Una Cristiana* (primera parte), que la madre del que parece protagonista, Salustio, y un fraile franciscano, que de haber vivido en los tiempos heroicos de la Orden hubiera sido de los *conventuales*, no de los *espirituales*, no de los de San Antonio, son los personajes mejor pensados y dibujados; porque ambos representan el apego á lo temporal, cada cual á su modo, pero los dos legitimamente y con cierta poesía. En efecto; la madre de Salustio, dama gallega, viuda, de escasos medios económicos, hacendosa, amantísima del hijo, pero sin melindres ni lirismos, es una figura simpática; y por lo que respecta á su actividad crematística y á la energía de su

voluntad, recuerda otras madres semejantes de Zola (v. gr.: la de *La fortuna de Rougon*, y la *Conquista de Plassans*, y también la de *La joie de vivre*), pero hay en la española esa forma particular del *sancho-pancismo* culto, hijo del progreso, que tiene la fealdad de sus límites, pero también cierta mezcla de belleza que nace de su sinceridad, de su fuerza plástica para la lógica vulgar, *real, inmediata*. En cuanto al fraile, repito que representa ese mismo elemento temporal, antiquijotesco, en la relación de lo divino. Su conversación con Salustio, después de la boda, es un cuadro de mano maestra, y nos deja ver ese *laicismo* de doña Emilia de que hablaba antes, y nos explica mejor el sentido que yo daba, al emplearla entonces, á tal palabra. Sí: hay *santos laicos* también; y más se puede decir: el elemento oficial de la Iglesia casi siempre se ha guiado, á la larga, por ese sabio término medio que por pretender estar á igual distancia de la tierra que del cielo, acaba, como es natural, por caer en la tierra de bruces. El hombre no es ángel ni bestia, bueno; pero, si es discutible que cuando pretende hacer de ángel está haciendo de bestia, no cabe negar que cuando prescinde por completo de sus aspiraciones á las alas, cae en cuatro pies, como Nabucodonosor. Ya se ha notado muchas veces que la obra del catolicismo consistió casi siempre en huir de

las *exageraciones*; para hacer una Iglesia duradera y de fácil propaganda, nada más á propósito, en efecto; como la Iglesia, aunque en relación directa con el cielo, al fin es cosa del mundo, tiene que cuidarse mucho de sus bases, de sus raíces en el predio romano. Para esto, prescindiendo aquí, porque nada nos importan, de las medidas políticas y diplomáticas del Papado, nada más á propósito, en el terreno puramente moral, que esa religiosidad en buenas relaciones con los sentidos, con las artes plásticas, con los Gobiernos fuertes y prudentes, con las medias tintas de la virtud y del arte. Doña Emilia ha comprendido perfectamente este profundo sentido de la confesión que profesa, y sabe, en el esoterismo (que al fin y al cabo lo tiene) de su doctrina, apoyar sus procedimientos en ese anti-romanticismo de la Iglesia oficial, en eso que yo llamo, cuando se trata de españoles, *sancho-pancismo* ilustrado, progresivo, reformable, que se resuelve, en arte, en el *prosaismo* realista; en moral, en una especie de *edonismo*, que no se puede llamar cristiano, pero sí católico, y que es claro que no hay que confundir con lo que históricamente se ha llamado por antonomasia edonismo. Doña Emilia no admite el sueño por el sueño, el exceso por la exaltación, la abnegación por la dulzura de sus deberes: muy á la española, su mo-

ral se confunde con aquel benthamismo que Matthew Arnold echa en cara á la *Saturday Review* (1) y que es una gloria nacional para muchos ingleses... Si se quisiera ver hasta qué punto doña Emilia es una benthamista... católica, lo mejor sería observarla cuando en su libro de viajes *Mi romería* parece más mística, frente á frente de los recuerdos cristianos de Italia.

¿Cómo explicaré yo mi idea de la religiosidad realista de doña Emilia?

Por medio de una *sustitución*, que sería sacrilega si fuese mal intencionada:

Figurémonos que Jesús, en vez de encontrar junto al pozo á la Samaritana, se encuentra con doña Emilia Pardo Bazán.

Pues bien: en mi opinión, Jesús se hubiera abstenido de decir las cosas sublimes que allí dijo, por miedo de parecerle á doña Emilia... demasiado *romántico*.

(1) *Essays in Criticism*, vol. I, preface.

FIN

DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBROS REMITIDOS POR AUTORES Ó EDITORES (1)

- Nicolás de Leyva.—*Apuntes ordenados*.—Albacete.
Carlos Ossorio.—*Vida moderna*.—Madrid.
Manuel T. Podestá.—*Irresponsable*.—Buenos Aires.
Luis Alfonso.—*Cuentos raros*.—Madrid.
S. Domínguez.—*Ecos de un rincón de España*.—Valladolid.
E. G. Alemán.—*Hércules* (novela).—Madrid.
G. Al-Deguer y Giner de los Ríos (H).—*Curso de literatura española*.—Madrid.
Francisco Giner.—*Educación y enseñanza*.—Madrid.
H. Giner.—*Artículos hambres*.—Madrid.
Labra.—*Portugal contemporáneo*.—Madrid.
Moya.—*Oradores políticos*.—Madrid.
Boris de Tannenbergl.—*La poesía castellana*.—París.
J. O. Picón.—*La Honrada* (novela).—Barcelona.
S. Rueda.—*La Rreja*.—Madrid.
Ríos y Rosas.—*Discursos*.—Madrid.
M. Palau.—*Verdades poéticas*.—Madrid.
Tolosa Latour.—*Niñerías*.—Madrid.
Valbuena.—*Ripios académicos*.—Madrid.
Echegaray.—*Teorías modernas de la Física*.—Madrid.
M. de Gumucio.—*Borriones*.—Madrid.
Perez Galdós.—*Torquemada en la hoguera*.—Madrid.
El mismo.—*La Incógnita*.—Madrid.
El mismo.—*Realidad*.—Madrid.
Anselmo Salvá.—*Burgos á vuelo-pluma*.—Burgos.—*Los primeros años de la Regencia*.—Madrid.

(1) Ruego que se me perdonen las omisiones que, por causa involuntaria, habrá en esta lista.

ral se confunde con aquel benthamismo que Matthew Arnold echa en cara á la *Saturday Review* (1) y que es una gloria nacional para muchos ingleses... Si se quisiera ver hasta qué punto doña Emilia es una benthamista... católica, lo mejor sería observarla cuando en su libro de viajes *Mi romería* parece más mística, frente á frente de los recuerdos cristianos de Italia.

¿Cómo explicaré yo mi idea de la religiosidad realista de doña Emilia?

Por medio de una *sustitución*, que sería sacrilega si fuese mal intencionada:

Figurémonos que Jesús, en vez de encontrar junto al pozo á la Samaritana, se encuentra con doña Emilia Pardo Bazán.

Pues bien: en mi opinión, Jesús se hubiera abstenido de decir las cosas sublimes que allí dijo, por miedo de parecerle á doña Emilia... demasiado *romántico*.

(1) *Essays in Criticism*, vol. I, preface.

FIN

DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBROS REMITIDOS POR AUTORES Ó EDITORES (1)

- Nicolás de Leyva.—*Apuntes ordenados*.—Albacete.
Carlos Ossorio.—*Vida moderna*.—Madrid.
Manuel T. Podestá.—*Irresponsable*.—Buenos Aires.
Luis Alfonso.—*Cuentos raros*.—Madrid.
S. Domínguez.—*Ecos de un rincón de España*.—Valladolid.
E. G. Alemán.—*Hércules* (novela).—Madrid.
G. Al-Deguer y Giner de los Ríos (H).—*Curso de literatura española*.—Madrid.
Francisco Giner.—*Educación y enseñanza*.—Madrid.
H. Giner.—*Artículos hambres*.—Madrid.
Labra.—*Portugal contemporáneo*.—Madrid.
Moya.—*Oradores políticos*.—Madrid.
Boris de Tannenbergl.—*La poesía castellana*.—París.
J. O. Picón.—*La Honrada* (novela).—Barcelona.
S. Rueda.—*La Reja*.—Madrid.
Ríos y Rosas.—*Discursos*.—Madrid.
M. Palau.—*Verdades poéticas*.—Madrid.
Tolosa Latour.—*Niñerías*.—Madrid.
Valbuena.—*Ripios académicos*.—Madrid.
Echegaray.—*Teorías modernas de la Física*.—Madrid.
M. de Gumucio.—*Borriones*.—Madrid.
Perez Galdós.—*Torquemada en la hoguera*.—Madrid.
El mismo.—*La Incógnita*.—Madrid.
El mismo.—*Realidad*.—Madrid.
Anselmo Salvá.—*Burgos á vuelo-pluma*.—Burgos.—*Los primeros años de la Regencia*.—Madrid.

(1) Ruego que se me perdonen las omisiones que, por causa involuntaria, habrá en esta lista.

García Merou.—*Ley social*.—Buenos Aires.
Lcart.—*El año pasado*.—Barcelona.
Olavarría.—*Leyendas y tradiciones*.—Madrid.
Fawcet.—*Economía política* (trad. de Inerarity), dos tomos.—Madrid.
Fernández Giner.—*Filipinas*.—Madrid.
Aparicio.—*El nuevo Código civil*.—Madrid.
Pedregal.—*Sociedades cooperativas*.—Madrid.
Garbín.—*Literatura clásica*.—Madrid.
Menéndez Pelayo.—*Antología de poetas líricos castellanos*.—Madrid.
G. Merou.—*Impresiones*.—Madrid.
C. Pou.—*Versos y poesías*.—Palma.
Puelma.—*Un poema*.—Buenos Aires.
Savine.—*Mes procès*.—Paris.
Luis Covarrubias.—*Estudios críticos*.—Santiago de Chile.
G. Merón.—*Estudios literarios*.—Madrid.
Muñoz y Peña.—*El teatro de Tirso de Molina*.—Santiago Estrada.—*Miscelánea*.—2 t., Barcelona.
El mismo.—*Teatro*.—Barcelona.
El mismo.—*Estudios biográficos*.—Barcelona.
El mismo.—*Viajes*.—2 t., Barcelona.
El mismo.—*Discursos*.—Barcelona.
Un militar.—*Al pie de la torre de los Lujanes*.—Madrid.
L. de Ansorena.—*Cosas de ayer* (poesías).—Madrid.
D' Ayot.—*Excursiones militares*.—Madrid.
Poetas Hispano-Americanos.—(Méjico).—Bogotá.
G. Merón.—*Atahualpa*.—Buenos Aires.
P. Pastor.—*El Tesoro público*.—Madrid.
Catarineu.—*Tres noches* (poema).—Madrid.
B. Zurita.—*Amor perdido*.—Madrid.
J. Zaragoza.—*Timo literario*.—Madrid.
Lagarrigue.—*Carta á la señora Pardo Bazán*.—Santiago de Chile.
Labra.—*El Instituto de Derecho Internacional*.—Madrid.
Pardo Bazán.—*Al pie de la torre Eiffel*.—Madrid.
La misma.—*Una cristiana*.—Madrid.
La misma.—*Morriña*.—Barcelona.
Elias Zeralo.—*La lengua, la Academia y los académicos*.—Paris.

E. del Solar.—*Antonio*.—Santiago de Chile.
Alfonso Tobar.—*Un libro más* (poesías).—Madrid.
Anibal Echevarría.—*Geografía política de Chile*.—2 tomos, Santiago.
Ciriacó Vigil.—*Colección histórico-diplomática del Ayuntamiento de Oviedo*.—Oviedo.
E. de la Barre.—*Poesías*.—Santiago de Chile.
F. Urrecha.—*La estatua*.—Madrid.
García Ferreiro.—*Volvoretas*.—Orense.
Barón Stock.—*Les Matinées Espagnoles*.—Madrid y Paris.
G. Merou.—*Perfiles y miniaturas*.—Buenos Aires.
A. Echevarría.—*Recopilación de leyes*.—Santiago de Chile.
Francisco Trapiella.—*Juan de Santo Tomás*.—Oviedo.
Antonio Aguilar.—*Los Tribunales y el Ministro*.—Madrid.
Cánovas.—*Discurso del Ateneo* (1890).—Madrid.
Merou.—*Libros y autores*.—Santiago de Chile.
Menéndez Pelayo.—*Discurso de la Universidad Central* (1889 90).—Madrid.
Gutiérrez de Alba.—*El amor y los ratones* (poesía).—Madrid.
Tomás Ortís.—*Recortes*.—Madrid.
R. Monner Sans.—*Breves noticias sobre la novela contemporánea española*.—Buenos Aires.
R. M. Merchán.—*Carta al Sr. Valera*.—Bogotá.
C. Bustamante.—*Una boda en el Albaicín*.—Granada.
F. Rivas Frade.—*Bienaventurados los que lloran* (poema).—Bogotá.
Broke.—*Núñez poeta*.—Bogotá.
Gutiérrez de Alba.—*Alpha y omega* (trilogia)—Madrid.
F. Prida.—*La paz armada*.—Sevilla.
Peña y Goñi.—*Santiago Estrada*.—Barcelona.
Thomas Berclay.—*De todo un poco*.—Gijón.
Sánchez Gutiérrez.—*Lo que pasa aquí*.—Caravaca.
Licenciado Céspedes.—*Crítica al uso*.—Madrid.
J. Juste y Garcés.—*Francho el Alcarreño* (drama).—Guadalajara.
Campoamor.—*Poética* (nueva edición).—Madrid.
Carracido.—*La muceta roja* (novela).—Madrid.

Sánchez Rubio.—*Conversaciones con señoras*.—Madrid.

El mismo.—*Cartilla vinícola*.—Madrid.

Caro.—*Traducciones poéticas*.—Bogotá.

A. Rufz Cobos.—*El doctor Thebussem*.—Madrid.

Amicis.—*La novela de un Maestro* (traducción de Sánchez Pérez).—Madrid.

Estanislao Sánchez Calvo.—*Filosofía de lo maravilloso positivo*.—Madrid.

Ansoarena.—*El buen Jeromo* (poema).—Madrid.

Francisco Sellén.—*Poesías*.—Nueva York.

M. Walls.—*Hacienda pública de España*.—Manila.

Escartin.—*La cuestión económica*.—Madrid.

Fray Candil (E. Bobadilla).—*Capitulos*.—Madrid.

INFORTUNIOS Y AMOR ⁽¹⁾

PRIMERA PARTE DE

LA NOVELA DE UN MAESTRO

Al concluir de leer esta obra del popular escritor italiano Edmundo de Amicis, se siente algo muy doloroso y muy triste. *Infortunios y amor* es, por así decirlo, la odisea de un maestro de escuela: Emilio Ratti—el protagonista,—un joven que lleno de ánimos emprende la carrera de la Pedagogía, y va con todo el entusiasmo y toda la fe del apóstol a entablar la lucha, una lucha de la cual cree ha de salir victorioso, porque la idea que le sirve de escudo es hermosa y tiene este lema: «Todo por la enseñanza, la ilustración y el progreso.»

Asombra en este libro la naturalidad con que Amicis describe los infortunios de los maestros, la observación profundísima, la realidad en la presentación de los diferentes caracteres que intervienen en la obra, la guerra sórdida y tenaz que se entabla contra el maestro, ese pobre ser á quien sus conciudadanos, en vez de respetos, auxilios y veneración, desprecian y le dan como de limosna un puñado de pesetas (y eso si al municipio se le antoja pagárselas); descrédito, bafa, y odio y miseria, tal cosechan los mártires de la enseñanza. ®

Ratti tiene en el pueblo de Garasco, donde hace su debut, el primer desencanto; á éste se suceden otros

(1) Forma esta obra un elegante y voluminoso libro en 8.º, de más de 500 páginas, esmeradamente impreso y en papel superior. Véndese en la casa editorial de Fernando Fe y en las principales librerías.

Sánchez Rubio.—*Conversaciones con señoras*.—Madrid.

El mismo.—*Cartilla vinícola*.—Madrid.

Caro.—*Traducciones poéticas*.—Bogotá.

A. Rufz Cobos.—*El doctor Thebussem*.—Madrid.

Amicis.—*La novela de un Maestro* (traducción de Sánchez Pérez).—Madrid.

Estanislao Sánchez Calvo.—*Filosofía de lo maravilloso positivo*.—Madrid.

Ansoarena.—*El buen Jeromo* (poema).—Madrid.

Francisco Sellén.—*Poesías*.—Nueva York.

M. Walls.—*Hacienda pública de España*.—Manila.

Escartin.—*La cuestión económica*.—Madrid.

Fray Candil (E. Bobadilla).—*Capitulos*.—Madrid.

INFORTUNIOS Y AMOR ⁽¹⁾

PRIMERA PARTE DE

LA NOVELA DE UN MAESTRO

Al concluir de leer esta obra del popular escritor italiano Edmundo de Amicis, se siente algo muy doloroso y muy triste. *Infortunios y amor* es, por así decirlo, la odisea de un maestro de escuela: Emilio Ratti—el protagonista,—un joven que lleno de ánimos emprende la carrera de la Pedagogía, y va con todo el entusiasmo y toda la fe del apóstol a entablar la lucha, una lucha de la cual cree ha de salir victorioso, porque la idea que le sirve de escudo es hermosa y tiene este lema: «Todo por la enseñanza, la ilustración y el progreso.»

Asombra en este libro la naturalidad con que Amicis describe los infortunios de los maestros, la observación profundísima, la realidad en la presentación de los diferentes caracteres que intervienen en la obra, la guerra sórdida y tenaz que se entabla contra el maestro, ese pobre ser á quien sus conciudadanos, en vez de respetos, auxilios y veneración, desprecian y le dan como de limosna un puñado de pesetas (y eso si al municipio se le antoja pagárselas); descrédito, bafa, y odio y miseria, tal cosechan los mártires de la enseñanza. ®

Ratti tiene en el pueblo de Garasco, donde hace su debut, el primer desencanto; á éste se suceden otros

(1) Forma esta obra un elegante y voluminoso libro en 8.º, de más de 500 páginas, esmeradamente impreso y en papel superior. Véndese en la casa editorial de Fernando Fe y en las principales librerías.

muchos; cambia varias veces de residencia, y en todas partes y en todos los pueblos encuentra siempre la tenebrosa política odiosa de campanario que tiraniza al maestro; Ratti, que creyó en el albor de su magisterio que los municipios le auxiliarían, que los padres mostraríanse agradecidos hacia él, que á fuerza de trabajo lograba desasnar á sus hijos, y, en fin, que los discípulos llegaran á amarle, ve desaparecer una á una las ilusiones que su mente le había forjado; nota cómo la inquina empieza en el alcalde y concluye en el último chicuelo á quien él enseña el silabario; aprende que la ingratitud de los padres hacia el maestro raya en grosero desprecio ó indiferentismo, y adquiere, con la práctica de su profesión, el convencimiento tristísimo de que los alumnos no aprecian la enseñanza del corazón, ese método sencillo, persuasivo, amoroso, que se basa en reflexiones dulces; al contrario, llegan con él á perder el respeto al maestro, y se burlan en sus barbas.

Ratti, lleno de desencantos, triste en la soledad que le amarga, viendo cómo en su derredor se hace el vacío y que todos los maestros y maestras son considerados, poco más ó menos, igual que él, que todos sufren humillaciones, que todos luchan con la miseria—que aniquila el organismo y apaga el espíritu embruteciéndole;—Ratti, repetimos, siente el hastío, y con él va transformándose su alma, se apagan los fuegos fatuos de sus ilusiones, emplea el método serio, el que castiga, y por más que en el maestro haya el *yo* interno dulce y cariñoso, y el *yo* externo, grave, iracundo, y vengador, concluye este último por aniquilar al primero. Ratti se hace vicioso, acaba por entregarse á la bebida, cree hallar en ella el lenitivo á sus desdichas, á sus desilusiones.

Esto le conduce al empobrecimiento físico-moral, pero nada le importa; logra olvidar durante unas horas todas sus penas y aquel amor, el primero, que el joven tuvo hacia Faustina Galli, su convecina y compañera de profesión.

Esta es una de las figuras más simpáticas y mejor delineadas de la obra de Amicis.

Faustina es, como Ratti, una entusiasta de la Pedagogía y una decidida amante de la niñez; y aunque el

entusiasmo va enfriándosele por la indiferencia que había observado en todo el mundo, quedala en toda su pureza el amor hacia los niños.

También la joven resulta víctima en otro orden de de asechanzas: es algo bonita; el alcalde, un hombre rico que desde cocinero en una posada del pueblo supo llegar á ser su alcalde, intenta que Faustina le otorgue su amor. La joven le rechaza, el alcalde la calumnia ante el Provisorato como sospechosa en su conducta, afirmando que con ella y sus amores con el maestro Ratti da gran escándalo é inmoralidad en el pueblo. Y en su despecho hace más: sitia la plaza por hambre, se niega á satisfacer las mensualidades devengadas por la infeliz perseguida, que con gran voluntad y un heroísmo que no se doblega ante la miseria, se sostiene impertérrita, no comiendo apenas para que su padre, anciano y paralítico, no padezca hambre, negándose en absoluto á admitir los socorros ofrecidos sinceramente por Emilio, que la adora en silencio.

Este infortunio es una verdadera filigrana, en que Amicis ha vertido todo el sentimiento y toda la ternura de que siempre en sus obras da gallarda muestra; la escena en que Ratti, en el momento en que la desgracia de Faustina ha llegado á todo su apogeo, ve á ésta en la escalera de su casa y allí la besa; la otra escena en que demuestra su amor, la desesperación que le produce la dulce negativa de ella, todo esto se halla presentado de mano maestra.

En la imposibilidad de señalar una por una las innumerables bellezas de la obra, indicaremos, sin embargo, la muerte del niño Dobetti, cuyo último suspiro y última palabra recoge Emilio; la entrevista de éste con Carlos Lérica en Turín, y la escena en el despacho del Provisor.

Los diferentes personajes que en término secundario aparecen en la última obra de Amicis, se mueven:—tan bien presentados se hallan:—las escenas se suceden naturalmente y el lector sigue con avidez la historia de Ratti, preñada de infortunios como la de casi todos los maestros.

Aparte los plácemes que Edmundo de Amicis merece por su libro, corresponde de derecho un entusiasta aplauso á su traductor, el maestro D. Antonio Sánchez Pérez.

En esta época, infestada de *traductaires* faltos de gramática y aun de *sindéresis*, el encontrar una buena traducción es hallar un mirlo blanco en el campo literario, y con toda sinceridad exponemos que la traducción llevada á cabo por nuestro ilustre compañero en la prensa, es una de las mejor hechas de algunos años á esta parte. No puede escribirse en castellano más sobriamente ni con más galanura. Si el original italiano vale mucho, la versión española no le va en zaga, y aun aseguramos que ha mejorado en tercio y quinto. El respetable autor de *El primer choque* se muestra siempre como un escritor castizo, gran gramático y conocedor como pocos del idioma; y sin embargo, no le han hecho académico. ¡Fuera un Commelerán y prosperaríamos!

Nuestra enhorabuena á la casa editorial de Fernando Fe, que, animada siempre del deseo de darnos á conocer las mejores obras literarias, ha elegido acertadamente la de Amicis, una verdadera joya, á la cual ha añadido mayor interés, con su inimitable prosa, el Sr. Sánchez Pérez.

ALEJANDEO LARRUBIERA

Madrid, Junio 1890.

FOLLETOS LITERARIOS

VIII

UN DISCURSO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aparte los plácemes que Edmundo de Amicis merece por su libro, corresponde de derecho un entusiasta aplauso á su traductor, el maestro D. Antonio Sánchez Pérez.

En esta época, infestada de *traductaires* faltos de gramática y aun de *sindéresis*, el encontrar una buena traducción es hallar un mirlo blanco en el campo literario, y con toda sinceridad exponemos que la traducción llevada á cabo por nuestro ilustre compañero en la prensa, es una de las mejor hechas de algunos años á esta parte. No puede escribirse en castellano más sobriamente ni con más galanura. Si el original italiano vale mucho, la versión española no le va en zaga, y aun aseguramos que ha mejorado en tercio y quinto. El respetable autor de *El primer choque* se muestra siempre como un escritor castizo, gran gramático y conocedor como pocos del idioma; y sin embargo, no le han *hecho* académico. ¡Fuera un Commelerán y prosperaríamos!

Nuestra enhorabuena á la casa editorial de Fernando Fe, que, animada siempre del deseo de darnos á conocer las mejores obras literarias, ha elegido acertadamente la de Amicis, una verdadera joya, á la cual ha añadido mayor interés, con su inimitable prosa, el Sr. Sánchez Pérez.

ALEJANDEO LARRUBIERA

Madrid, Junio 1890.

2

FOLLETOS LITERARIOS

VIII

UN DISCURSO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DE LEOPOLDO ALAS

(CLARÍN)

El derecho y la moralidad.
Programa de economía.
Alcalá Galiano (conferencia).

La literatura en 1881 (en colaboración) (3.^a edición).

La Regenta (novela) (dos tomos).

Su único hijo (novela); un vol.

...Sermón perdido (3.^a edición).

Pipá (novelas cortas) (2.^a edición).

Nueva campaña.

Folletos literarios.

I.—Un viaje á Madrid.

II.—Cánovas y su tiempo.

III.—Apolo en Pafos.

IV.—Mis plagios.

V.—A 0,50 poeta.—Epístola.

VI.—Rafael Calvo y el Teatro Español.

VII.—Museum.

Mezclilla.

Solos de Clarín (1.^a edición), ilustrada.

B. Pérez Galdós.—Semblanza biográfica. (2.^a edición.)

EN PRENSA

Doña Berta; Cuervo; Superchería (novelas cortas).

Folletos literarios: (IX).

EN PREPARACIÓN

Una medianía (novela).

Esperaindeo (novela).

La viuda y el libro (novelas cortas).

Tambor y gaita (novela).

FOLLETOS LITERARIOS

VIII

UN DISCURSO

POR

CLARÍN

(LEOPOLDO ALAS)

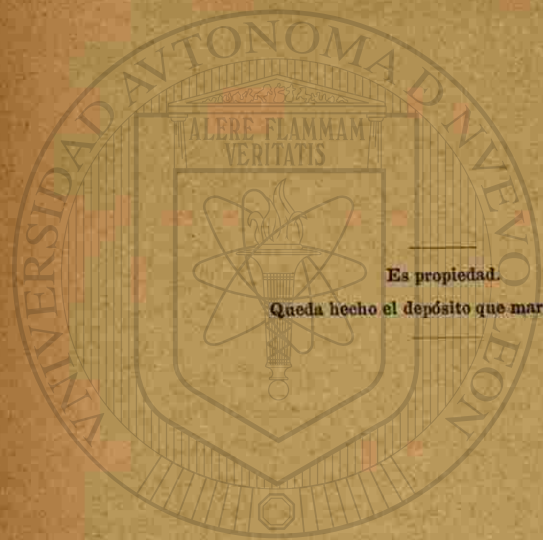
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FE

Carrera de San Jerónimo, 2.

1891



Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.



ILMO. SR.

SEÑORES:

EL querido y muy discreto compañero que, hoy hace un año, leía desde esta tribuna el discurso de apertura de nuestras cátedras, comenzaba su interesante oración consagrandome un recuerdo á sus propios dolores; á la memoria de su madre que, pocos meses antes, había perdido. Permitidme que yo también comience hoy mi tarea evocando una pena, si no tan viva, si menos intensa, no menos cierta: la que me causa la ausencia eterna de un predilecto discípulo del pasado curso, Evaristo García Paz, á quien en vano hoy llamarán aquí tres veces para que acuda á recoger los sendos premios que en todas las asignaturas del primer año de Derecho, y último de su vida, alcanzó, merced á brillantes ejercicios y á méritos que, de segu-

ro, estarán recordando ahora los que fueron sus condiscípulos, sus émulos y amigos. Jamás puede ser inoportuno el pensamiento de la muerte; si en el festín que nos describe un autor clásico la representa un esqueleto de metal precioso, en el banquete de la vida, ella, sin que la traigan, se presenta con sus propios huesos. La muerte es un episodio siempre verosímil y que no descompone obra alguna racionalmente ideada; y no habrá retórico ni moralista que me contradigan. Pero si el morir, para las almas tristes que se niegan á sí mismas, es un horror necesario, para los amigos, más ó menos íntimos, de ese Platón, del cual nos manda huir un pedagogo de quien he de hablar mucho, más adelante; para los que creen en las *ideas*, la muerte, que es una idea, sin dejar por eso de ser una realidad, no es más que un símbolo edificante. Lo más grande y poético que ha habido hasta ahora en la historia, ha sido la muerte de algunos justos. Es lo más seguro y lo más misterioso. Sobre la muerte no caben experimentos, porque el morirse los demás es otra cosa. Como hecho no puede ser observado, pues no habrá positivista, por crudo que sea, que pretenda haberse muerto; además, lo que se puede ver desde fuera cuando se mueren otros, no es un hecho, sino una serie de hechos; la ciencia, y hasta la observación vulgar, nos dicen que el

morir es irse muriendo. Schopenhauer exagera al reducir la muerte á una aprensión, pero es indudable que es una idea; no hay muerte sin cierta metafísica; y, como es cierto que hay muerte, es cierto que hay *cierta* metafísica. Sí, la muerte lleva á la idealidad: la religión más espiritual del mundo viste de luto; la religión más extendida por el mundo tiene un dios de la muerte y en un modo de muerte ve lo que ella entiende por gloria.

Digo todo esto, señores, no por importuno afán de imitar las *salidas* filosóficas de nuestro querido poeta asturiano, sino porque, en efecto, la idea de este discurso que os leo se ha engendrado al calor, calor digo, de la tristeza que me causó este verano la noticia inesperada, dolorosa, de la muerte de García Paz, que estaba siendo, desde lejos, mi colaborador en este trabajo. Partidario yo, como varios de mis queridos compañeros, de que nuestra enseñanza sea ante todo una amistad, un lazo espiritual, una corriente de ideas, y también de afectos, que vaya del profesor al discípulo y vuelva al profesor, y jamás se reduzca á un puro mecanismo, cuya única fuerza motriz sea la autoridad cayendo de lo alto; partidario más de sugerir hábitos de reflexión que de enseñar una ciencia, que acaso yo no tenga, quería dar en esta mi primer oración académica una muestra del tra-

bajo de mi cátedra, y para ello había invitado á García Paz, á fin de que me ayudase en el esfuerzo de resumir, recordándolas, algunas lecciones que juntos habíamos estudiado al principio del curso, al examinar, según mi costumbre, los caracteres generales de nuestra labor escolástica y sus antecedentes. Lo que era la actividad del pensar dentro de todo hacer; lo que era el pensar metódicamente y con propósito científico; y, dentro de esta especie, lo que era el discurrir é indagar en colectividad, como obra social; y, aun dentro de esto, lo que era el investigar con fin didáctico, y lo que era en lo didáctico la enseñanza regular y constante, y las condiciones racionales é históricas de sus grados, hasta llegar al nuestro, el llamado superior ó de facultad; y, por último, la relación de toda esta doctrina á nuestro asunto propio: el derecho; tal, á grandes rasgos, era la materia que á mí me había servido de preliminar, entre otras, para mis conferencias; y de esto quería yo hablar hoy, ayudado por el trabajo de mi discípulo, que se encargaría de condensar nuestras lecciones de principio de curso, relativas á tales asuntos, mientras yo me dedicaba á comparar estos resultados con el de recientes lecturas de la pedagogía modernísima, de última hora pudiera decirse. García Paz era taquígrafo, y, lo que importaba mucho más, inteligente, pensador, y el

fruto de sus apuntes iba siéndome de gran provecho. Sí, porque ya había comenzado á remitirme notas...; pero vino la muerte, y la última lección me la dió mi discípulo con su silencio. Desde aquel día cambié de propósito, y á esa idealidad que sugiere la presencia de la muerte, como un perfume de ultratumba, se volvió mi ánimo, y bajo su influencia quise escribir este discurso, sin abandonar el género del asunto, la enseñanza, pero dejando el aspecto general y total en que pensaba considerarlo, para concretarme á la relación de esa actividad misma... no con la muerte, pero sí con el modo de vida que en mi sentir inspira el recto pensar y el natural modo de impresionarse ante la idea de la necesidad de morir.

No veáis necia extravagancia en este modo de tratar el asunto de un discurso académico; pronto encontraréis ceñido á rigurosa relación lógica este punto de vista, que no es un tópico declamatorio, sino posición estratégica que tomo y que juzgo fuerte; aunque sin negar, porque no hay para qué, la ocasión sentimental, cabe decir, que me la ofrece. De este modo el discípulo perdido, el compañero de trabajo que me dejó solo, continuará influyendo á su manera, como ahora cabe que influya en este opúsculo, que le dedico con todas las veras y todas las tristezas de mi alma. Porque si algo hubiera

que á los que tenemos cierta fe, á más de cierta metafísica, pudiera quebrantarnos la esperanza en el bien definitivo, en la justicia de lo que llamaría Spenceer lo Indiscernible, sería el espectáculo de la lozana juventud muriendo, que es como el ver morir á la esperanza misma. Pero no; ya lo dijo un poeta, que ni aun necesitó llegar á ser cristiano para decirlo: «Los predilectos de los dioses mueren jóvenes.» Por lo visto, mientras nosotros preparábamos al buen estudiante esos premios que no ha de recoger, él había conquistado otro más alto.

Y ahora, señores, aun suponiendo que se pueda llamar digresión á lo que me sirve para llegar á la medula de mi idea, ¿habrá entre vosotros quien se atreva á tachar de superfluas ó excesivas todas estas palabras consagradas á honrar la memoria de un alumno escogido, de un alma llena de promesas para el bien y para la ciencia? Como la Iglesia tiene panegíricos para sus santos niños, puede la Universidad tenerlos para sus doctores malogrados. Yo por mí, veo algo de noble y delicado, sobre todo de oportuno, en medio de tanto incienso como se tributa al mérito dudoso y al poder cierto, en el elogio consagrado á un espíritu inocente, dulce, como el de García Paz, que sólo pudo faltar á sus promesas faltándole la vida; que se desvaneció como lo que era, como una esperanza.

1

Si queremos dar un nombre á la tendencia que predomina, en cuanto á la conducta racional se refiere, en los pensadores y publicistas que pretenden representar el movimiento de la civilización, según su genuino carácter en la actualidad, podemos valernos de la palabra escogida por un crítico inglés para señalar lo que estimaba un prurito excesivo de su país; podemos decir, con Matthew Arnold, que es el *utilitarismo* lo que da el tono á la corriente general de la vida moderna, en opinión de tales escritores y sabios, que sabios son muchos de ellos. Mas hay que tener en cuenta que, así como el parlamentarismo, en cierto sentido, hoy significa los abusos y excesos de un sistema político, así el utilitarismo, que para un Bentham y para un Stuart Mill es un título de gloria, la palabra santa, pudiera decirse, significa, en la acepción en que Matthew Arnold la emplea y á

que yo me refiero, algo que supone también abuso, exclusivismo, limitación y decaimiento. El utilitarismo, como en cierto sentido el parlamentarismo, nació inglés; pero después pueblos y más pueblos lo copiaron, y hoy toma un aspecto de universalidad que á muchos engaña y les hace creer que es cosa que está en la atmósfera de todas las naciones, un producto natural del tiempo.

Se habla mucho, y es verdad en ciertos límites, de que los franceses pretenden representar en su vida nacional todo lo esencial de la cultura moderna; se dice que para los franceses su siglo son ellos, su país el mundo; y aun se añade que esta vanidad los lleva á desdeñar y á ignorar todo ó casi todo lo que pasa, é importa, más allá de sus fronteras. Pero si todo ello es verdad, no exagerándolo, no lo es menos que dentro de la misma Francia no falta quien advierta con repetidas admoniciones la realidad y los peligros de tal error, de tal enfermedad del espíritu francés, puede decirse; y por lo que toca á los demás pueblos de civilización adelantada, si la imitación y casi exclusivo estudio de todo lo francés predominó en tal ó cual época, y aún predomina entre ciertos elementos intelectuales, lo que es la que pudiera llamarse aristocracia de la cultura en cada país, ya no vive bajo tal prestigio, y más bien es moda, y como

indicio, ó apariencia á lo menos de saber mucho, desdeñar y hasta compadecer un tantico á los franceses y volver los ojos... casi siempre del lado de Inglaterra. Y esos mismos escritores y maestros de París que advierten á los suyos que deben ser humildes y estudiar lo de fuera, casi siempre coinciden también con ese culto racional que se rinde por la flor y nata de la inteligencia en toda Europa y gran parte de América, á los ingleses; y si juntamos esta admiración á la que á sí propios se consagran, metódicamente y por principios, los ingleses mismos, tenemos una tendencia casi universal de espíritu inglés, llamémosle así, en aquellas altas regiones de la inteligencia en que se fraguan las teorías y los arranques del ingenio, y se da dirección al *globo*, en cuanto del pensamiento humano depende. Dios me libre de creer, y más de decir, que no merece esa predilección general Inglaterra; creo firmemente que, en lo más, la ha conquistado con armas de buena ley, con sus propios méritos; mas lo que digo es que ni en política, ni en pedagogía, ni en filosofía, ni en costumbres deben prescindir los demás pueblos de su espontaneidad, de lo que les es propio, ni tomar por bueno todo lo inglés, cuando en la misma isla no falta quien censura y hasta pone motes á tendencias y cualidades que el Continente admira, imita y hace objeto de

apologías sin cuento. ¡Cosa extraña! Jamás ha faltado en Inglaterra misma, donde efectivamente hay de todo, alguna personalidad insigne que nos avisara de los peligros de ciertas grandezas insulares que, vistas de lejos, nos pasmaban. Lord Byron, dejando aparte sus excesos y extravíos, su *yo*, mitad satánico mitad angélico, tenía razón en mucho contra sus perseguidores, que eran los representantes genuinos del espíritu común de la vida moral de Inglaterra. Ciertas protestas líricas del rival de lord Byron, Shelley; no pocas páginas de los grandes humoristas británicos; muchos pasajes de las novelas de Thackeray, Eliot y Dickens; el idealismo todo de Carlyle, con la gran obra literaria, histórica y filosófica que produjo; algo del pre-rafaelismo pictórico y poético, y las enseñanzas y quejas de algunos críticos como Vernon Lee y singularmente el citado Matthew Arnold, mas otros muchos elementos de la vida intelectual inglesa, son otros tantos correctivos de ese utilitarismo y de ese formalismo inglés, que en sus excesos ha llegado á merecer amarga sátira y diatribas y apodos como el *cant*, el *snobismo* y otros, de nombre y calidad puramente británicos. Mis escasas lecturas de los poetas y críticos ingleses, sobre todo de los modernos, me inclinan á sospechar que el vulgo de los admiradores de Inglaterra, en el Continente, muchas

veces se extasia ante ideas, sentimientos y costumbres que las almas verdaderamente escogidas de las islas miran como defectos de su país, como desvaríos y pequeñeces de la plebe moral de su tierra. Más diré; algunos extranjeros que han estudiado á Inglaterra de cerca, con tal ó cual propósito particular, por ejemplo, este que hoy nos importa, el pedagógico, han comenzado sus informes cantando himnos de incondicional alabanza, y la fuerza de la sinceridad los ha llevado á concluir consignando rasgos de la vida inglesa en el orden respectivo, que no eran dignos de envidia ciertamente, ni merecían imitarse. Así, por ejemplo, el profesor Viese, de Berlin, que estudió la educación y la enseñanza inglesas por sus propios ojos, y publicó después, como resultado de sus observaciones, una obra importantísima, que los mismos ingleses tradujeron y meditaron; Viese, que admira en general la educación británica y la coloca muy por encima de la alemana, al señalar los defectos de las instituciones y costumbres que examina, pone bien en claro, tal vez sin parar mientes en toda la fuerza de su testimonio, el aspecto triste y antipático que sirve de contrapeso á tantas excelencias. Y Gabelli, el ilustre pedagogo italiano, que en su admirable libro acerca de *La Instrucción en Italia*, publicado este verano, copia con deleite páginas y más páginas del an-

glófilo alemán, después de hacer consistir casi casi la reforma útil de la enseñanza en la imitación de los ingleses, cuando más adelante llega á hablar por propia cuenta, y más atento á su gran experiencia y claro juicio que á sugeriones forasteras, viene, á mi entender, á contradecirse un poco al buscar las cualidades que propiamente debe anhelar el pedagogo italiano para la enseñanza en su tierra. El entusiasmo de Aristúdes Gabelli por la instrucción y su método, según los ingleses, podría templarse un poco leyendo, ó recordando si lo había leído, lo que acerca de los resultados de esa enseñanza escribe otro testigo de vista, M. Texte, en un trabajo acerca de la *cuestión del latín en Inglaterra*, del cual hemos de hablar más adelante. Y aún más que las atenuaciones del entusiasmo á que obliga lo observado directamente por José Texte, importa el testimonio de ilustres autores ingleses, por el mismo citados; por ejemplo, el del insigne Freeman, que declara que durante su carrera los exámenes no le han servido para hacerle leer más que un libro útil: la *Ética de Aristóteles*. Y añade Freeman que no ha comenzado á *trabajar*, en el verdadero sentido de la palabra, hasta después de dejar atrás su último examen.

Y si se me pregunta ahora á qué viene toda esta agua que pretendo arrojar sobre el sacro

fuego de la que, con licencia, podemos llamar universal anglomanía, respondo que obedece mi propósito á la necesidad que siento, no de negar lo evidente, las grandezas de Inglaterra, su prosperidad en el orden pedagógico cual en casi todos, sino de comenzar desde el principio opiniéndome á lo que veo ser corriente general, que hace que se prejuzgue la cuestión que quiero que sea asunto de este discurso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

OBservo, señores, en la mayor parte de los libros, oraciones académicas y artículos que he tenido que leer y examinar, para hablaros hoy de algo que no fuera pura imaginación mía, que la grave cuestión pedagógica de la actualidad está influida y podría decirse que prejuzgada por ese culto del utilitarismo, que parece dogma indiscutible de conducta para los mismos que tanto empeño muestran en negar autoridad á otros dogmas. El utilitarismo responde, en la esfera práctica de las aplicaciones, de lo que en lato sentido podría llamarse política, ó sea, en cuanto materia de conducta social, á lo que se denomina en el terreno de lo teórico, de la pura investigación, positivismo, usando una palabra que hoy ha tomado una significación más extensa que la de apellido de una escuela filosófica determinada, la de Comte. No

sería difícil demostrar, y pocos habrá que lo nieguen, que el positivismo, aun como filosofía, aunque se bautizó en Francia, es de origen inglés; en rigor el positivismo, aparte de lo que tiene de herencia de empirismos antiquísimos, nació en aquella comunión filosófica de unos pocos sabios ingleses que se juntaban á renovar el sensualismo de ilustres patriotas suyos; comunión intelectual que nos describe magistralmente Fouillée al historiar los antecedentes de la idea inglesa del derecho. No cabe duda: el positivismo, en lato sentido, como el utilitarismo en cuanto criterio para la vida, representan el espíritu práctico inglés, su prurito de finalidad inmediata, que tan bien nos pinta Taine cuando estudia, con motivo de Stuart Mill, los caracteres generales del genio inglés en su filosofía, en comparación del alemán y del latino.

Pues bien; el recuerdo de lo que dice ese Taine, al cual parece que también es moda para algunos olvidar ó tener ya en poco, ese recuerdo debía bastar para advertir á muchos pedagogos teóricos más ó menos improvisados, que no cabe proclamar como fin y tendencia natural y lógica de toda la civilización contemporánea lo que puede ser, á lo sumo, temperamento especial de una gran nacionalidad, carácter de una raza. Porque es de advertir que el argumento

más serio, más importante, el que sirve de quicio á los más para pedir en la enseñanza la reforma antisentimental, que llaman algunos, la derrota del ingenio, de la retórica, de las humanidades y de la idealidad, la abolición del *mandarinato* europeo nacido de las aulas, el argumento Aquiles es el utilitarismo, ó sea, la universalización de algunos caracteres del genio inglés, que si le dan positivas ventajas por muchos respectos, en otras relaciones le limitan. Y sobre todo, que en el mundo hay más. Yo seré el primero á poner sobre mi cabeza las excelencias del espíritu inglés y de la cultura de este país, desde el momento en que no se me ofrezca como modelo único y no se convierta en ideal genérico, abstracto, lo que no es más, en suma, que un estado de progreso en que se expresa el genio particular de una raza, libre y sabiamente desenvuelto. Pero el utilitarismo inglés, que tiene su explicación histórica y sus ventajas parciales constantes, si debe legítimamente influir en la vida moral y aun material de otros pueblos civilizados, también debe dejarse influir por elementos sanos y racionales, que en otras partes nacen naturalmente y progresan y crean instituciones y tendencias que son ornato y gloria de la vida moderna. Así, por ejemplo, en esta materia pedagógica, mejor que alabar sin medida todo lo inglés, será distinguir y recono-

cer que, en cuanto á la instrucción de la juventud se refiere, los alemanes les sacan ventaja, mientras en el propósito educativo el país británico lleva la palma, aunque á mi juicio con ciertas reservas.

A esta preocupación y excesiva estima del espíritu inglés y de su utilitarismo hay que añadir, como corolario en cierto modo de tales tendencias, otro punto de vista parcial, y también exclusivo, en que muchos tratadistas de educación y enseñanza se colocan hoy al proponer reformas y novedades en este orden. Me refiero á lo que puede llamarse preocupación patriótica, al exclusivismo nacional. Nada más legítimo que el amor á la patria, ni nada más racional que estudiar cualquier problema del orden sociológico con atención á las condiciones y circunstancias del pueblo de que directamente se trata. Hay en la ciencia y en el sentimiento cierto cosmopolitismo que se pierde en vaguedades, no cabe duda; hay una cierta filantropía que no es más que una confusión sentimental, ineficaz y hueca; hay un cierto derecho natural que es sólo una abstracción insulsa que, como algunas aves, necesita que al calor de nido ajeno brote la vida de lo que ella engendra: no trato yo de defender nada de esto. Sin llegar al extremo de pensar, con Savigny, que el derecho no es más que un producto consuetudinario que

nace de las entrañas de cada pueblo, veo la legitimidad con que la escuela histórica atenuada, pudiera decirse, de algunos ilustres filósofos jurisconsultos de nuestros días, da todo el valor que le corresponde á la variedad jurídica determinada por toda variedad histórica: ¿cómo no, si á mi juicio, en entender así el derecho consiste el entender el derecho, que no es más que una forma universal de vida? Tampoco negaré que en el momento presente de la civilización todavía el predominio de la vida nacional sobre todo otro modo social jurídico es el oportuno y propio por razón del tiempo; y en nombre de esta idea, lo mismo que combatiría la descentralización mal entendida, un regionalismo desmedido, combato un cosmopolitismo imprudente, divina música del porvenir, que ahora sólo puede ser eficaz y armónica en vagos preludios *estéticos* y poéticos, no como realidad política inmediata, que es como lo entienden ciertos utopistas, soñadores de bajo vuelo, como lo son todos aquellos que no saben soñar sino cual sonámbulos, porque quieren hacer dormidos lo que sueñan. El utilitarismo de los soñadores es todavía menos recomendable que el otro. Se puede tolerar, en todo caso, al que sólo ve la utilidad parcial inmediata de algo que efectivamente pueda realizarse; pero son intolerables los groseros soñadores que nos proponen la

utilidad inmediata de perfecciones futuras que sólo por traerlas al presente quedan contrahechas y debilitadas. Por todo lo cual, me guardaré muy bien de proponer ni en política, ni en derecho civil, ni en pedagogía, ni en nada, una especie de modelo académico universal, abstracto; un *ideal*, como suele decirse. La idealidad bien entendida, aquella que me refería al decir que nos la recuerda la muerte, es quien más huye de *ideales* mecánicos, estáticos, que fácilmente se convierten en *ídolos*. Creo que no cabe hacer más concesiones al espíritu del patriotismo nacional; pero repito que éste, como todo, puede tener sus excesos, y los tiene, cuando se convierte en aspiración exclusiva y pone en olvido derechos sagrados del individuo y derechos sagrados de la humanidad.

Concretándome á lo que á mi asunto importa, diré que he notado que muchos modernísimos tratadistas, particularmente franceses, escriben de estas materias pedagógicas con absoluto abandono de todo respecto que no sea el nacional; para ellos parece que no hay más criterio que aquel expresado por Napoleón I, cuando se quejaba en Santa Elena de que M. de Fontanes no hubiese sabido apreciar su concepto de la instrucción pública. Al crear la Universidad, decía, se había propuesto que la ciencia quedase relegada á un lugar secundario y que se atendiera ante

to lo *aux principes et à la doctrine nationale* (1). También algunos escritores modernos quieren que ante todo la enseñanza pública les sirva para preparar desquites políticos y hacerse respetar, como potencia, en el extranjero. No es extraño que coincidan con Napoleón estos partidarios del utilitarismo nacional exclusivo; Bonaparte, que despreciaba la ciencia y la miraba, no ya como *ancilla Theologiæ* siquiera, sino como servidora de los intereses nacionales, era el mismo que, en un momento de mal humor, expresaba el deseo de arrojar al agua á todos los metafísicos. Algo así viene á hacer, en lo que de él depende, M. Frary, el discreto pero temerario autor del famoso libro titulado *La cuestión del latín* (2) que hace seis años se publicó, produciendo un gran estrépito, que algunos calificaron de escándalo. Raul Frary opina que Fichte, Schelling y Hegel con sus lucubraciones dialécticas no hicieron, en rigor, más que perder el tiempo. Esto viene á ser como echar al agua á los metafísicos, en la medida en que puede hacerlo un periodista de París sin mero ni mixto imperio. También es moda entre muchos franceses tener en poco, relativamente, á Napoleón; pero yo veo que algunos, sin pensarlo acaso, le imi-

(1) M. BREAL: *L'Instruction publique en France*.—5.^a edición.—Paris: 1886.

(2) *La question du latin*, por Raoul Frary.—Paris: 1885.

tan en cierta afectada rudeza y antipatía á lo ideal y delicado, en ciertas *salidas ó boutades*, como dicen ellos, que no revelan al hombre de genio. Este señor Frary, que tanto desprecia á los metafísicos, es entusiasta, como ninguno, de los ingleses, y partidario de guiar la enseñanza pública por el criterio de una utilidad inmediata y *terre à terre*, material podía decirse; para él tampoco hay que atender más que á formar, por lo pronto, ciudadanos (estaba por escribir soldados) que sirvan para recuperar la Alsacia y cosas por el estilo. Santa es, sin duda, toda patria, aunque no sea la nuestra, y respetables todos los sentimientos que á ella se refieren; pero yo estimo que ni á la patria misma se sirve del mejor modo supeditando al interés de una próxima campaña, ó por lo menos de una emulación internacional, cosa tan alta y tan constante, y pudiera decirse perdurable, como es la educación y cultura intelectual de los pueblos. Mucho más patriótico que el famoso libro de Frary es, á mi juicio, el de M. Breal, por lo mismo que es más prudente, más sereno, más técnico, menos revolucionario en la apariencia y más en el fondo; y por cierto que para dar sanas lecciones á sus compatriotas, no necesita el sabio profesor del Colegio de Francia recomendar ante todo la geografía y la lengua inglesa, el desprecio de la idealidad, el amor de las ri-

quezas y otros platos fuertes de epicurismo moderno; antes prefiere ganar camino respetando lo respetable... y tomando lecciones de esos mismos alemanes á quien él también supongo que desearía vencer en toda clase de contiendas.

Frary recomienda las reformas en la enseñanza como puede recomendarse la pólvora sin humo ó un método para movilizar un ejército. Así, no es de extrañar que cuando llega á la famosísima cuestión del latín, ó sea del estudio de las lenguas clásicas, casi nos convenza, perentoriamente, de que sobran tales quebraderos de cabeza, como en efecto sobrarían y estorbarían, si lo único que tuviera que hacer una nación fuera prepararse para una guerra incierta con los alemanes ó con quien queramos suponer. Nadie pretenderá, en efecto, que por saber, ó no saber (que esta es otra cuestión) traducir los *Comentarios de César* ó los libros de Xenofonte, van los franceses, ni nadie, á conquistar la Germania, ni siquiera á retirarse con orden en caso de nuevas desgracias. Pero no es bajo esta preocupación guerrera, ni tampoco atendiendo principalmente al comercio ultramarino y á la emigración colonial, como pueden tratarse científicamente cuestiones tan graves y tan poco materiales como las que se refieren á los estudios propios de una juventud en un país muy civilizado.

No habéis de extrañar que tantas palabras dedique á la obra de Raul Frary; aún he de hablar de ella más adelante varias veces, al tratar una y otra cuestión concreta: y he de confesar que mucho antes de nombrar este libro, á él estaba aludiendo, casi desde el principio, si bien no á él solo. De las tendencias que representa, y que yo combato, es la obra de más relieve publicada en estos últimos años, la que más ha llamado la atención seguramente, y una de las que merecen más detenido examen, porque no cabe duda que el autor tiene talento y sabe no poco, aunque no sea, en mi concepto, un verdadero escritor de pedagogía teórica como el citado Breal, ni como Gabelli, también nombrado. Por cierto que este último, en la obra á que ya me he referido (1), procura también principalmente un fin patriótico; pero ¡por cuán distintos senderos! Aristides Gabelli, que es, en concepto del insigne Pascual Villari, el más notable pedagogo que ha existido en Italia, es todo un pensador y un hombre práctico, sin necesidad de desdeñosos positivimos: es un ilustre iniciador y reformador á quien Italia debe, merced á sus escritos, á su administración y á sus consejos, oídos por ministros y secretarios ge-

(1) *L'istruzione in Italia. Scritti d'Aristide Gabelli, con pref. di Pasquale Villari.*—Parte prima.—Bologna: año 1891.

nerales, grandísima parte de los adelantos en la instrucción pública. Pues bien: este hombre ilustre, que ha demostrado su amor á Italia consagrándole su vida, llena de sacrificios, también aspira en sus estudios pedagógicos á mejorar la patria; pero no en són de guerra contra nadie, no en lucha sangrienta, no preparando ante todo generaciones que venzan á otros pueblos ó por las armas ó en la no menos terrible lucha por la existencia, material, egoísta. No reniega del ideal, como no reniega ningún buen pedagogo moderno; más bien se burla discretamente, y hasta cierto punto, de un gran cañón que en el concurso internacional de Viena figuraba en la galería italiana entre los objetos pertenecientes al ramo de instrucción pública. Este cañón, tan mal colocado, paréceme un símbolo de libros como el de M. Frary y de muchos discursos y artículos escritos modernamente con ese mismo criterio. Gabelli quiere la enseñanza reformada, progresiva, no para comparar á Italia con otras naciones, sino porque siendo un pueblo que ha conquistado política y formalmente su soberanía, no podrá decir que es libre de veras hasta que *se libre* de su propia ignorancia, hasta que *se libre* de la rutina. La teoría general de Gabelli, y la del mismo Breal, y la de Lavisse y otros notables tratadistas de educación y método de enseñanza, es ésta: que los pueblos

modernos no son *modernos* de veras si insisten en tener Colegios y Universidades que se rijan por el sistema inventado sabiamente por los jesuitas para fines muy diferentes de los que pueden perseguir las naciones que tienen ó piden el sufragio universal y todos los derechos revolucionarios. Esta pretensión es, en general, muy legítima, porque no cabe duda que la vida del siglo XIX ha determinado nuevas necesidades en todos los órdenes, y que la enseñanza antigua, en lo que tiene de rutinaria, de mecánica, y aun en lo que tiene de excesivamente retórica, *estética*, como se ha dicho con cierta impropiedad gráfica, no puede servir á nuestro tiempo ni para hacer progresar la ciencia, ni para hacer progresar la actividad industrial, política, etc., etcétera. Mas no hace falta, á mi entender, para que se emprendan con valor y constancia las reformas indispensables, que hagamos tabla rasa de la tradición, que nos figuremos abstractamente colocados en un mundo nuevo, como si acabáramos de descubrir el suelo que pisamos, ó como si saliéramos del Arca de Noé y toda la tierra no fuera más que el cementerio de toda la historia condenada á universal catástrofe. Estas palingenias absolutas que decretan escritores y filósofos un poco ligeros, no son más que ilusiones; no hemos de estar creando el mundo todos los días; no hemos de figurarnos

como generaciones que estrenan la civilización y pueden olvidar el pasado. No somos más que un eslabón de una cadena, que no sabemos ni dónde empieza ni dónde acaba. La idea del progreso es salvadora, la idea de la evolución es muy probable y sugestiva; pero, mal entendidos, evolución y progreso engendran un falso concepto de las leyes biológicas, que es preciso rechazar, porque en pedagogía como en todo, dan de sí teorías absurdas de desdén y hasta menosprecio de lo ya vivido, de la historia santa, que es, después del ideal anhelado, lo más poético; y antes de todo, lo más sagrado. Tal vez á los hijos se les quiere más que á los padres; pero la veneración mayor es para éstos, y de éstos vienen las más saludables enseñanzas. La gran experiencia de los siglos nos mira callando, desde los sepulcros. ¿Qué es lo que podemos inventar y preparar para mañana nosotros, generación efímera, comparado con todo lo que nos han hecho saber las penas, los trabajos y también las glorias y las alegrías de los siglos muertos? Y entre estos siglos y entre estas razas de cuya experiencia humana es heredera nuestra precaria sabiduría, hay razas y hay siglos á quien debemos lo más y lo mejor de lo que somos; y contra esos tiempos y contra esos pueblos, sin embargo, se revuelve principalmente el furor de los que quieren acabar con

todo lo que no sea preparación urgente para la carrera de comercio y otras especiales, todas ellas de próximo lucro; porque, M. Frary lo repite, lo primero es hacerse rico.

No creáis que exagero, ni que tergiverso el sentido de las tendencias que combato: si se me pide un resumen rápido de la idea de M. Frary en su célebre apología del utilitarismo en la enseñanza, puedo decir, seguro en mi conciencia de que digo lo que he comprendido: para el discreto cronista político de la revista de madame Adam, la patriota exaltada, para M. Frary, lo que hace falta, si se ha de salvar Francia, y quien dice Francia dirá el mundo, es suprimir la enseñanza del griego y del latín y llenar el hueco principalmente con geografía, no como la estudiaban en aquel colegio que Dickens nos describe al comienzo de su novela *Los tiempos duros*, sino una geografía que viene á ser una especie de enciclopedia fisio-sociológica, en la que entran piedras, plantas y animales, y hasta hombres, pero con exclusión de los pueblos clásicos, ya que éstos no se dejan estudiar con la prisa é inexactitud con que se puede hablar de los esquimales, sin grave perjuicio para los estudiantes. Con toda seriedad, señores, con toda la seriedad que es necesaria en este sitio: yo no veo en el ataque á la *idealidad* y al *humanismo* que caracteriza el libro de Frary, argu-

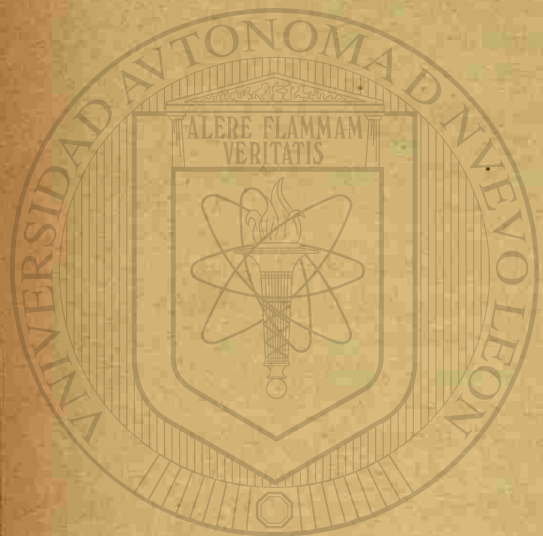
mento más sólido, ni propósito más fecundo en bienes para la humanidad. No quiere nada con griegos y romanos; admite todos los demás asuntos ordinarios de la enseñanza, aunque con gran cuidado de ir negando importancia á todo lo que pueda recordarnos que no somos meras máquinas de hacer *utilidad*... no para nosotros, sino para la nación, para la patria; y así, por ejemplo, se ensaña en el desprecio de la ética y se burla con un *humor* poco ameno de la psicología... vulgar, esa pobre psicología que en poniéndole un apodo cualquiera se cree autorizado para tenerla en poco; á pesar de que Wundt nada menos, en su gran *Psicología fisiológica*, se queda muy lejos de abordar la parte de su ciencia que trata directamente las cuestiones en que cabría demostrar, si cabía, que la psicología tradicional, la de la introspección, nada puede decirnos acertado acerca de lo que somos en la conciencia. Muchas atenciones merecen á M. Frary las lenguas modernas, la inglesa, es claro, principalmente, más por un fin de utilidad material, ante todo; así, al recomendar, en cuarto ó quinto término, el español, lo hace, más que por nada, porque los escritores y otros industriales de París tengan en nuestra América española un gran mercado para sus novedades, ya sean pedagógicas, ya mercantiles, ya del orden que se quiera. Y sin

desdeñar la historia, M. Frary llega á la geografía, y allí se encanta, porque para él, que no sabe qué puede importarles á los bolsistas, ni á los cosecheros, ni á los comisionistas lo que pensó Aristóteles, lo que cantó Virgilio, qué fueron Grecia y Roma, estas dos *madres* de nuestro pobre espíritu... vulgar, eso sí, de nuestro espíritu moderno; para él, hasta los bolsistas, los cosecheros y los comisionistas necesitan hacerse cargo de cómo va un mundo formándose y pereciendo, sin sacudidas ni cataclismos, por la labor acumulada del insecto y de la gota de agua. En lo que dice al alma la formación de las dunas, encuentra el escritor francés más enseñanzas y más poesía que en todo lo que pueden decir los clásicos y la vida de romanos y de griegos. M. Frary llega hasta aconsejar á algunos el estudio del annamita, del chino y del japonés; todo antes que latín y griego. ¿Son éstas puras extravagancias? No, todo responde á un sistema; el utilitarismo nacional: es decir, la *colocación* rápida y segura de todos los franceses que no tengan concluida la carrera y asegurado el pan. En suma, monsieur Frary extremando su tesis llega á incurrir en el mismo lamentable error, que dió ocasión en esa Inglaterra tan admirada, á una protesta que publicó la revista *The Nineteenth Century*, y que fueron los primeros á firmar hom-

bres como el citado Freeman, Federico Harrison y el ilustre Max Müller; protesta en la cual se levanta un grito de indignación contra el mal, tan generalizado en estos últimos años, de mirar la ciencia como un medio de conseguir puestos, de hacer carrera, de lograr con los exámenes adquirir, no sabiduría, sino títulos oficiales para dedicarse á la ganancia. Esto, que no es más, en el vulgo-inglés, que una manera natural y lógica de entender el utilitarismo la plebe intelectual y los necesitados, es en resumen, y aunque sea triste decirlo, lo mismo que viene á predicar M. Frary, acaso sin proponerse llegar á tal extremo. Y quien dice el joven escritor francés ¡dice tantos otros!

¡Cuántos en España piensan así, aunque no sean capaces de decirlo en un libro tan hábil como el que combatí!

Con tan falso concepto de lo que es la enseñanza y de lo que es la utilidad, no hay más remedio que llegar á tales consecuencias. Mas dejo ahora el tono polémico y aténgome á seguir con mejor orden el hilo de mis propias ideas. ®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

III

Ni la vida es para la utilidad empíricamente considerada, fuera de toda finalidad metafísica, ni la enseñanza es directamente para fin alguno ajeno á ella misma. Así como el arte sólo llega á ser útil á otros fines si primero se le deja ser quien es, sólo arte, así la ciencia sólo da sus frutos de bien individual y social cuando se cultiva ante todo por ella misma.

La influencia benéfica del saber en todas las demás esferas legítimas de actividad humana, es infalible, pero no ha de violentarse, no ha de profanarse con exigencias que lo más que pueden conseguir es tomar por ciencia un artificio. Por ser así indirectas estas ventajas reflejas, puede decirse, de la enseñanza, cuando se cultiva por sí misma, es muy atinada la observación de M. Breal cuando dice: «Las cualidades que la enseñanza científica da á una

nación, se sienten más bien que se definen, y más fácilmente se nota su necesidad cuando faltan, que se describen sus ventajas, sin caer en la vulgaridad.»

Pero es el caso que la ciencia considerada así, y la enseñanza vista con tal carácter, exceden del criterio que lógicamente puede adoptar el utilitarismo, porque esto de saber por saber es pura idealidad. Una idealidad que se remonta á los tiempos oscuros de Salomón. Para muchos, las palabras del *Eclesiastés* tienen que ser de pura sabiduría; más aún: para el que en menos las estime, tienen que ser dignas de meditación y revelar un hondo sentido.

Ya comienza el real predicador desde el capítulo primero persuadiéndonos de la semejanza de las cosas que son y fueron y serán; y aunque al parecer se inspira en lo que hoy se llamaría, con palabra impropia aplicada á este caso, pesimismo, como quiera que este desesperado de las vanidades del mundo no desespera de Dios, y con Dios no hay pesimismo posible, hay que penetrar más y ver que de las palabras famosas del *Eclesiastés* se puede sacar doctrina análoga á la que ya indicaba yo al referirme al modo vulgar de entender el progreso y la evolución. Ni la evolución ni el progreso hay que referirlos al universo, bajo pena de llegar inmediatamente á lo que llama Spencer

un no-pensamiento. La evolución es siempre de algo particular que se considera aparte con abstracción de lo que con ella subsiste; el progreso es siempre relativo á seres determinados. Y á más de esto, hay que tener en cuenta lo que pudiera llamarse la dignidad de cada momento, el valor real del objeto en cada instante de su evolución; de otro modo: que el progreso no es un eterno anhelar, no consiste en considerar lo que atrás queda como puro medio, como escalón para llegar más arriba; que no hay momentos sustanciales y momentos accesorios; que no vamos corriendo por la vida para alcanzar un fin que esté, como una meta, á lo último en un estado ideal, que es pura abstracción así considerado; cada día tiene su ideal, cada hora tiene su ideal; y así lo entienden los santos que en todos los momentos de su vida procuran ser perfectos. Por eso no es melancólica la idea de dar á lo que atrás queda, igual valor, en lo esencial, que á lo que nos aguarda; por eso no debe darnos tristeza que la *Iliada*, después de tantos siglos, no haya sido vencida por ningún poema de los muchos buenos que hicieron más tarde los hombres, como el mismo Frary, buen humanista, confiesa.

«Generación va y generación viene, dice Salomón, mas la tierra siempre permanece.» ¿Y

qué? También se irá la tierra, mas no por eso se acabará el mundo. Amemos la realidad, no amemos el tiempo. Los afanes son por el tiempo, por las mudanzas, por la forma. La serenidad de los dioses nació de su vista de águila, que abarcaba la igualdad fundamental de lo que fué, de lo que es y de lo que será un día. Y tened en cuenta que si no hubo jamás dioses, es decir, dioses falsos, hubo hombres capaces de inventarlos, y de pensar y sentir como debieran pensar ellos; y éste es el modo mejor que cabe de haber existido los dioses. Desde este punto de vista, en las palabras del rey sabio sobre la tristeza brilla la santidad, es decir, la dignidad sagrada de las cosas, y no cabe llamar ya á esto pesimismo. Y en cuanto al valor real de cada momento, á la igualdad de interés é importancia de cada cosa en su género, también en el libro de que hablo encontramos confirmaciones, pues el capítulo III comienza diciendo: «Para todas las cosas hay sazón, y todo debajo del cielo tiene su tiempo; hay tiempo de vivir y tiempo de morir, tiempo de agenciar y tiempo de perder...; tiempo de guardar y tiempo de arrojar; Dios todo lo hizo hermoso *en su tiempo*, y aun el mundo dió en su corazón de manera que no alcance el hombre la obra de Dios desde el principio hasta el cabo. Yo he conocido que no hay nada mejor para los hom-

bres que alegrarse y hacer bien en su vida.» Todo esto que dice el sabio de la Biblia, está preñado de sanos y profundos preceptos pedagógicos, que fácil sería deducir de lo copiado. Fijémonos sólo en esto: el plan del Universo excede de los alcances del hombre; la utilidad definitiva no podemos nosotros decir cuál es; pero alegrémonos y hagamos el bien, que viene á ser lo mismo para el bueno: *obrar bien es lo que importa*, dice nuestro Calderón. ¡Cuán lejos del utilitarismo estamos! Pero en cambio estamos en plena idealidad. Aplicad todo esto á la ciencia y á la enseñanza, y veréis que debemos hacer el bien del saber, que es buscar la verdad, por el bien mismo, por la verdad misma, no con el anhelo y el ansia de sacrificarlo todo al medro, á mejorar de fortuna, porque todo eso es vanidad y nada nuevo en suma; no porque nosotros sepamos cuál es la utilidad definitiva de las cosas, porque esa está en manos de Dios, es decir, excede de nuestro horizonte visible, sino porque la verdad como tal, como bien, como alegría, es lo único que nos toca procurar. Pero hay más: en el capítulo II, Salomón trata directamente nuestro objeto. Él es rey, un rey, como dice él mismo francamente, que ha sabido darse muy buena vida; dudo yo que los comisionistas y literatos de M. Frary que han de llegar á explotar el comercio y la

literatura, respectivamente, de Annam y de la América española, cuando sepan annamita y español, puedan llegar á tener el regalo y el ocio, suprema aspiración de sus estudios, de que disfrutaba el hijo de David. Él nos lo cuenta: se propuso agasajar su carne con vino, y así lo hizo: edificó casas, plantó viñas, hizose huertos y jardines, estanques para regar los bosques; tuvo siervos y siervas, é hijos de familia; vacas y ovejas, plata y oro, cantores y cantoras, instrumentos músicos, todos los deleites; de nada privó á sus ojos, ningún placer negó á su corazón; ¿y qué resultó de todo esto? Que todo era vanidad y aflicción de espíritu, y nada más había debajo del sol. Y sin embargo, era el rey; y como él dice: ¿quién comerá y quién se cuidará mejor que yo? Harto de tanta *utilidad*... inútil, volvióse Salomón á mirar la sabiduría y los desvaríos y la necedad: y he visto, dice, que la sabiduría sobrepuja á la ignorancia como la luz á las tinieblas, porque el sabio tiene sus ojos en su cabeza (es decir, ve por sí mismo, otro gran principio de la enseñanza racional) y el necio anda en tinieblas. Mas no por esto se crea que la sabiduría ha de servirle al sabio para fines de interés material, para pasarlo mejor, para elevarse, en cuanto hombre, sobre las miserias comunes de la vida; el *Eclesiastés* nos lo dice inmediatamente después de

señalar un abismo entre saber y no saber: «Empero también entendí yo que un mismo suceso acaecerá al uno y al otro,» al necio y al sabio. «En los días venideros ni de uno ni de otro habrá memoria.» Es verdad: la gloria tampoco es un fin desinteresado, y está envuelta en la vanidad de todo. «Morirá el sabio como el necio.» Mas todo esto le sirve á Dios para probar al hombre; y más lejos va la prueba, porque el sabio, como criatura mortal, no sólo iguala al ignorante, sino al animal miserable. «Porque el suceso de los hijos de los hombres y el suceso del animal, el mismo es; como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia, porque todo es vanidad. Todo va á un lugar; todo es hecho del polvo y todo se tornará en el mismo polvo. ¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres suba arriba y que el espíritu del animal descienda debajo de la tierra? Así que he visto, concluye el rey, que no hay bien como alegrarse el hombre con lo que hiciere» (1).

No diré, señores, que esta teoría anti-utilitaria, desenvuelta poéticamente por Salomón, sea algo idéntico al *dilettantismo* filosófico, entendido en toda su profundidad, de algunos pensa-

(1) *Eclesiastés*.—Cap. III, versículos 18, 19, 20, 21 y 22.

dores modernos; pero es indudable que, sin violencia, de lo examinado se concluye que la sabiduría que el texto alaba es la desinteresada, la que no sirve para fines extraños á ella misma, ni siquiera para sacarnos de la angustiosa duda de nuestro destino ultratelúrico. Ya lo visteis; el saber humano ni siquiera puede asegurarnos del vuelo que toma nuestro espíritu al llegar la muerte. Dios nos prueba dejándonos ignorarlo: la ciencia puramente humana en tiempo del *Eclesiastés*, no llegaba hasta saber eso; hoy le pasa lo mismo. Y sin embargo, la ciencia es buena. Todos estos capítulos que he extractado parecen obra, no de mil años anterior á Jesús, ó por lo menos de cien años anterior, según se crea, sino contemporánea nuestra. Ved el sentido que da Taine al espíritu de la especulación en la filosofía del Continente, en oposición al de la filosofía utilitaria en Inglaterra; ved la explicación que da Renan de su *dilettantismo* racional, y hallaréis en el fondo lo mismo que el *Eclesiastés* nos enseña. Repasad el libro que el P. Didon consagra al pueblo alemán; ved lo que dice del fin que persigue la Universidad alemana, en su concepto; ved las rectificaciones de Lavisse (1) al entusiasmo extremado del ilustre dominico; comparad la ten-

(1) LAVISSE. — *Questions d'enseignement national*. — Paris: 1885.

dencia del criterio que preside á la enseñanza superior de escuelas *especiales separadas* y la tendencia de la enseñanza orgánica de la Universidad alemana, y en todo eso no descubriréis un principio diferente del que puede deducirse del antiquísimo texto oriental: la ciencia no hay que mirarla como un remedio para los males del mundo, no es esclava de nuestras lacerias: la ciencia es buena porque es la verdad, sea la verdad lo que sea.

Mas si los que no admiten que el *Eclesiastés* sea obra de Salómón, como es posible suceda á M. Frary, me dijeran: todo eso no lo escribió el hijo de Bat-Shebá, sino un admirador suyo, que vivió probablemente más de ochocientos años después; un admirador de su sabiduría, de su *hackma*, es decir, de su habilidad política á lo oriental, respondo que, aunque así fuera, aquí podríamos decir lo que antes dije de los dioses, que lo esencial para mi asunto es que haya habido quien pensara así; y resultará siempre, como reconoce el mismo Renan, que «Salómón no hubiera rechazado como ajenas á su idea las elocuentes palabras que el *Eclesiastés* le atribuye *para exponer el vacío absoluto de la vida cuando se la considera únicamente por el lado personal*» (1).

(1) RENAN. — *Histoire du peuple d'Israel*. — Tomo II: 1889.

No faltará acaso quien encuentre hasta poco serio, por lo menos poco académico, que se empleen tantas páginas en fortificar una doctrina con textos antiquísimos, tratándose de una cuestión de actualidad palpitante, como suele decirse. Para satisfacer á quien muestre escrúpulos de este género, voy á saltar á lo más moderno que cabe, á un libro póstumo del malogrado filósofo francés Guyau, uno de los más ilustres representantes de cierta juventud de ahora que se encamina con mucha ciencia, mucho corazón, mucha sinceridad y mucha prudencia, al descubrimiento de la filosofía nueva, que para muchos ha de ser una metafísica, sin ser una reacción metafísica. De estas pléyades interesantes, que ofrecen en todos sus hombres ciertos caracteres típicos, como son el respeto á la verdad, primero de todo, pero también el amor á lo tradicional, el cultivo del sentimiento, como *dato* para el conocer mismo, el cultivo de la estética y la atenta reflexión de las ideas generales, sin dejar el trabajo asiduo de lo particular, del pormenor interesante (1); de estas pléyades de sabios jóvenes, esperanza de un porvenir mejor que el presente, digo que tenemos ejemplares en España, por fortuna, aunque sólo fuera mi queridísimo condiscípulo el insigne y

(1) Véase *Le Nouveau mysticisme*, por F. PAULHAM.— París: 1891.

admirable Menéndez y Pelayo. Pues bien: este Guyau, que viene á ser un santo de la filosofía, dejó entre sus escritos un libro, titulado: *Educación y herencia* (1), que se publicó el año pasado bajo la inspección de un ilustre maestro del autor, M. Fouillée. Guyau declara que la inspiración en el propósito educativo debe ser, lo mismo que yo he dicho, idealidad, y para él basta con demostrar que un precepto pedagógico obedece al *utilitarismo*, para creerlo condenado. Lo principal en la educación del pensamiento no es, para Guyau, el aprender por saber muchas cosas, por tener datos, y menos por sacar utilidad material, ventajas para el egoísmo, sino el despertar la propia reflexión, la iniciativa de la investigación con un propósito desinteresado (2). Mas ya se verá concretamente la idea de este filósofo respecto al *desinterés* de la instrucción y de la educación, cuando haya que recordar su doctrina en las dos cuestiones particulares que me propongo tratar brevemente en este discurso, después de haber considerado en general esta materia de la tendencia utilitaria en la enseñanza. No citaré por ahora más que algunas palabras suyas: «No hay que reco-

(1) GUYAU.—*Éducation et hérédité*.—París.—2.^a edición: 1890.

(2) M. Paulham estudia esto, en su libro citado, con el nombre de *Cooperación en la enseñanza y educación*.

mendar á los niños el bien moral por la utilidad que reporta, sino por su *belleza*; es decir, por su elemento ideal, desinteresado. Y en otro pasaje dice (1): «Por conocimientos *de lujo* no entendemos de ningún modo las *altas* verdades y los principios especulativos de las ciencias, las bellezas de la literatura y de las artes; este pretendido *lujo* es cosa necesaria á nuestros ojos, porque es el único medio de elevar (*y educar*) los espíritus; de moralizarlos *por el amor desinteresado de lo verdadero y de lo bello*. Hay, pues, que distinguir en la enseñanza los conocimientos tenidos por no *utilitarios* y los conocimientos *inutilizables*; esta distinción es capital, pues la instrucción debe elevarse muy por encima de lo utilitario, de lo usual, de lo rastro...»

Y dejándome ahora de autoridades antiguas y modernas, para concluir esta parte general de mi trabajo que sirve de principal y previo argumento para las cuestiones particulares que vienen detrás, voy, en resumen, á combatir de frente, y con la concisión que pueda, la idea capital del utilitarismo pedagógico que se escuda con el amor de la patria.

El utilitarismo nace del egoísmo, y cuando se extiende á todo lo nacional, debe llamarse *egoísmo nacional*, como, en efecto, lo llama

(1) Libro citado, pág. 126.

Ihering, refiriéndose al pueblo romano, á quien compara, desde este punto de vista, con el pueblo inglés. Para Ihering el egoísmo nacional es una gran fuerza, y no tiene el carácter bajo y repugnante del egoísmo individual. No cabe negar que el egoísmo social, sea del grado que sea, no ofrece tan visible ni tan grave corrupción moral como el egoísmo del individuo; pero es porque está mezclado con elementos de los que se llaman ahora *altruistas* ó de abnegación, que pudiéramos decir. No es el egoísmo nacional tolerable por lo que tiene de egoísmo, sino por lo que tiene de sacrificio, cuando lo tiene, á un bien superior de una sociedad, aunque sea limitada. Pero obsérvese que todavía hay grandes males en ese egoísmo social; primeramente tiene la levadura del egoísmo individual que en cierto modo le acompaña: pues ¿por qué *amamos exclusivamente* esta nación y se lo sacrificamos todo? Porque es la nuestra. Yo veo en el bien de mi nación la razón suprema de obrar, porque es la mía; por este lado no tenemos más que el propio egoísmo agrandado. Y muchos así entienden y sienten el patriotismo. Alaban á su país por lo que se les parece, porque en él están los propios intereses y las propias vanidades. Además, la mayor parte de las veces lo que sacrifica el egoísta nacional á su nación, no es lo suyo, sino lo ajeno. Se la quiere grande á

costa de otras naciones, para vivir mejor, para poseer más en la parte alícuota de soberanía y prosperidad pública que á cada cual le corresponda. Cuanto más democrático es un país; cuanto más influye el ciudadano en el Gobierno y más garantías tiene de ser libre y no ser molestado, más patriota se hace; pero suele ser por esto mismo, porque el egoísmo nacional de esta situación exige menos del individuo y le da más. El *civis romanus* defiende en Roma sus derechos políticos y privados, y casi siempre aplica el *egoísmo nacional* á los bárbaros, á los extraños, sacrificándolos efectivamente á la patria. El inglés defiende sus derechos *at home*, como cosa sagrada, y el Estado nacional se guardará muy bien de atacarle en este punto; donde el inglés muestra su gran deseo de engrandecer á su patria á toda costa, es al engrandecerla en otras islas y en los continentes. Pero, aun suponiendo el egoísmo nacional en lo que tiene de más noble, en la parte que exige sacrificio individual al interés común del país, como, v. gr., en ciertos esfuerzos de la educación, que pueden ser penosos, que exigen trabajo, constancia y hasta sacrificios de la sensibilidad; aun aquí, si por un lado debemos alabar lo que hay de sacrificio, por otro tenemos que encontrar deficiente un criterio moral limitado que se detiene antes de llegar al motivo

puro, y que puede verse en oposición con la ley racional, con las exigencias de la naturaleza más nobles y armónicas. Así, por ejemplo, cuando los espartanos se criaban exclusivamente como ciudadanos militares de un pueblo que quería vencer á otros, subsistir como tal, olvidaban muchos sagrados aspectos de la vida, y la Historia se encargó de dar la razón á sus rivales los atenienses. Si; á la larga, son más grandes y más gloriosos los pueblos que tienen un ideal desinteresado, *humano*, que los que alcanzan por unos pocos siglos, nunca muchos, una hegemonía material, á costa de supeditarlo todo á ese egoísmo de nación que entusiasma á tantos. El pueblo de Israel, sólo por llamarse así, trajo al mundo una misión tan alta, que no cabe otra superior. Del templo de Jehovah no quedó piedra sobre piedra, pero la pasión religiosa de Israel dió la ley al mundo civilizado; y el porvenir ideal es suyo, en cuanto es de sus herederos. Atenas vivió un soplo en la Historia, y el espíritu ateniense es todavía la flor del espíritu humano, y hoy las almas más escogidas, á lo más que aspiran, es á comprender y sentir en toda su pureza el *helenismo* (1). Francia, cuyo patriotismo exaltado no sabe ser egoísta, estuvo á punto de perecer por la locura de su gran re-

(1) Véase EGGER.—*La Littérature grecque.—L'hellénisme.*—1890.

volución de aspiraciones universales, de tendencia cosmopolita. Roma é Inglaterra no se comprometen por idealidades. Son más fuertes, pero tienen menos razón. No: no se puede decir primero la patria, después la humanidad, lo último el individuo; en esto no hay orden: si se ha de ser lógico, para que la patria vaya antes que la humanidad, hay que empezar de otra manera: primero yo, después la patria, después lo que queda. Y, en rigor, así hacen ordinariamente los que se crían para *utilitarios nacionales*. Sólo diciendo: primero la idea, Dios, después la humanidad, después la patria, yo lo último, hay autoridad racional para sujetar al egoísmo natural, verdadero, al más terrible, al más cierto, al de la bestia ángel de Pascal. Porque, señores, es muy fácil predicar el odio ó el desprecio, que es peor, de la idealidad; decir, como dice M. Frary, que hoy por hoy no se puede fundar el motivo de la moralidad más que en el hábito, y después proclamar el utilitarismo como regla de conducta, pero advirtiéndole que se trata, no de nuestra utilidad personalmente, sino de la utilidad de un grupo étnico, ó de una aglomeración histórica de *gentes* ó de *tribus*. Lo difícil es que la realidad después responda á lo que se exige de los hombres á quien se manda sacrificarse á la nación, no por nada, sino por *hábito*, y esto contradiciendo y ven-

ciendo los instintos propiamente egoístas, que también tienen su valor hereditario. No negaré que sea imprudente la conducta de aquella clase de metafísicos que niegan que la moral pueda ser pura y constante en los hombres que no ven nada por encima de lo relativo; pero es, sin duda, más peligrosa la afirmación rotunda de M. Frary, que, hoy por hoy, no encuentra más fundamento para la moralidad que la fuerza del hábito. El egoísmo también puede presentar un remotísimo abolengo, y si al individuo se le pide que se sacrifique á su pueblo, no por nada, sino por seguir la costumbre, por obedecer á tendencias naturales, cuya razón no puede explicarse, es muy probable que el egoísmo arguya defendiendo su propio arraigo en la triste humanidad, en quien, sin duda, por cada arranque de abnegación se puede registrar mil y más de egoísmo. Mas quiero yo suponer al hombre utilitario completamente abnegado, dispuesto á sacrificarse, sin saber por qué, á su ciudad, es decir, hoy, á su nación, y si se quiere á la humanidad toda, pero siempre con fin utilitario. El bien para el utilitarismo es necesariamente un provecho, una ventaja, un vivir mejor, en el sentido de experimentar más satisfacciones, de cumplir más deseos legítimos; mientras no se admita criterio superior para la conducta que el originado de ese empirismo ético, no cabe pen-

sar que el individuo vea el bien de sus semejantes en cosa diferente de lo que sería bien para él mismo; de otro modo, que los bienes que el individuo ha de procurar á la sociedad sacrificándose, son como los que satisfarían su egoísmo si él pudiera dar á éste lo que le pide. Los seres que han de gozar del fruto de ese sacrificio son como el que se sacrifica, tienen las mismas necesidades y aspiraciones; porque sería absurdo pensar que la persona colectiva, aun dándole todos los caracteres personales que se quiera, goza como tal persona colectiva, satisface deseos que no tienen los individuos que la constituyen. No: la persona social, así considerada, es un mito, un idolo renovado. Luego nuestro utilitario altruista tiene que pensar, si no hay más que utilitarismo, en el bien positivo de los demás individuos, que son los que pueden saborear esta clase de bienes. Pues bien; la dicha de los demás, que son como él, no puede consistir en un constante trabajo para adquirir ventajas materiales... para la colectividad... que no puede, como tal, satisfacer necesidades de las que el utilitarismo satisface. El hombre que reflexiona y siente, sea utilitario ó no, tendrá que ver por sí mismo lo que son los demás, y verá que no se trae dicha al mundo por acumular productos y formas sociales que no colman os anhelos del individuo, sino que procuran

ciertas ventajas pasajeras que son para todos, pero que nadie aprecia en mucho, porque no responden á lo que pide principalmente la naturaleza de cada uno. Sabe, el que debe sacrificarse, que ha de morir, y que para él la vida con la idea de la muerte toma perspectivas ideales, que le aislan del mundo, como la niebla forma un círculo de confusión y sombra en torno de cada cual. El mismo progreso general, los adelantos materiales y las formas sociales que los facilitan, tienen, para todo el que no es un necio, un valor relativo, transitorio, por lo que á él propio toca. Se goza de todo, es verdad, y no son los idealistas muchas veces los que menos gozan, como vimos ya en Salomón, pero no se ve en este orden de dicha lo que más importa; y así, hasta las sociedades más sensuales, no siendo miserables é incultas, refinan sus placeres con ciertos condimentos de idealidad, como lo prueba el género de voluptuosidades que gozan las clases más elevadas en los grandes emporios de corrupción y cultura. Pues lo que le sucede al altruista que nos estamos figurando, sabe él que les sucede á los demás; todos han de morir, todos, como individuos, ven un *gran negocio singular* que á ellos directa, y, por lo pronto, exclusivamente importa; todos los adelantos de la industria, todos los placeres que pueda procurar el comercio, toda

la dicha que cabe apurar en la deliciosa copa... de una buena forma de Gobierno, pongamos por ejemplo, le interesan al individuo, como ser *uno, substractum* específico del egoísmo social, mucho menos que el asunto de su propio destino, de su muerte. Y generación va y generación viene, y siempre pasa lo mismo. ¿Quién queda para gozar de veras, sin las congojas de lo deleznable, esa dicha social, nacional, ó como se quiera, que se va formando á costa de los sacrificios de idealidad y de *esteticismo* á que estamos obligados todos por amor á la patria? ¿Quién queda para disfrutar de ferrocarriles, globos, libertad de comercio, crédito moviliario, sufragio verdad y tantas y tantas venturas utilitarias, sin aprensión, sin dudas, sin idealismos, sin sueños de muerte? No queda nadie, no queda nada. ¡Y por este resultado hemos de sacrificarnos! El utilitarismo es, en definitiva, el goce; pero el utilitarismo social, ó aunque fuera cosmopolita, es el goce que exige el sacrificio del individuo para que, en definitiva también, no goce nadie. Sin duda que la persona social es algo más que una suma de sus componentes; pero no hay nada en ella que no sea de la sustancia de los elementos simples que la componen. Así lo ha entendido el cristianismo, que siendo ante todo una gran preocupación individualista, la salvación del alma, ha forma-

do la sociedad más fuerte, como tal, que ha existido en el mundo. La ciudad antigua, que sacrificaba el hombre al pueblo, ha desaparecido; y el cristianismo, que emancipa al hombre, ha llegado á ser un tejido social, cuya resistencia sin semejante es innegable. El utilitarismo, para lograr la dicha material, tangible, por decirlo así, de un ente de razón, en lo que se refiere á *gozar*, mutila al hombre, le roba lo mejor de su herencia, desconoce su naturaleza. Si queréis tener buenos ciudadanos, no volváis á la i lea pagana del ciudadano fraccionario; no hagáis del altruísmo una hipocresía, y educad al que ha de servir á la patria, no como un soldado, ni como un industrial, sino, ante todo, como un hombre. Y si amáis la democracia verdadera, no olvidéis que todos los hombres merecen que se les tome por hombres del todo; porque no hay unos que sean cuerpo y otros alma; todos tienen esto que llamamos espíritu; todos tienen facultades que responden á necesidades nobles; y si hay que reconocer que á un Dante, á un Leopardi, á un San Francisco de Asís, á un Beethoven, á un Goethe no se les podría hacer felices sólo con mucha agricultura, mucho comercio y buena administración, debemos ver en cada semejante un espíritu capaz de encaminarse por los mismos senderos de perfección, que elevarían sus gustos, que ennoblecerían

sus anhelos. No seré yo quien diga que se enseñe griego á los capataces de minas, v. gr.; pero sí afirmo que si pudiera llegar á existir una sociedad tan rica, tan adelantada, en que los capataces de minas y todos los hombres de su clase tuvieran tiempo y cultura suficientes para leer con fruto la *Iliada* y la *Odisea* en el original, nada se habría perdido, y no sería contrario al destino racional de esos hombres que emplearan sus ocios en tal género de recreo.

No lo dudemos: el individuo no vive de utilitarismo; el individuo cree, ó padece dudando, ó se desespera y niega, ó niega sin dolor, por enfermedad del espíritu, ó por esfuerzo moral que puede tener su misteriosa grandeza, su idealidad, *negativa*, pero no menos idealidad. Hay que insistir en esto: todos los adelantos modernos; todas las doctrinas sensualistas y positivistas; toda la preponderancia económica, no han hecho del hombre un sér diferente de lo que era: un sér con espíritu racional para quien, satisfechas ciertas elementales necesidades económicas, lo principal es vivir para el alma, de una ó de otra manera. La sociedad no muere, pero su organización está influida en mil respectos por la idea de la muerte. Bien se conoce en todo que es una sociedad de mortales. Y sin embargo, á lo que parece que tiende el utilitarismo es á engañar al mísero mortal hacién-

dole trabajar en una clase de actividad de fines colectivos, si no superiores, extraños á la muerte. Pero ¿quién se deja engañar? Cada cual, pensando en la muerte, da cierto sentido trascendental á la vida. La idea de la muerte, decia yo antes, nos aísla del mundo; sí, del mundo que vemos y tocamos, del que nos rodea, pero nos abre otros horizontes ideales, nos hace dar un valor sustantivo, como simbólico de toda la realidad virtual que no vivimos, á la vida breve de que tenemos conciencia; más ó menos, todos venimos á considerar la existencia *sub specie aeternitatis* podría decirse; el creyente no hay que decir por qué; el que no cree en otra vida, porque necesita concentrar en ésta toda la capacidad poética y soñadora, toda la idealidad que su alma alimenta, no se olvide, ni más ni menos que el alma del creyente. Por la muerte la vida es artística, es dramática, es toda una obra de *composición*, á veces complicada sabiamente, como en Goethe. Por la idea de muerte adquieren valor infinitas cosas que no son para alargar la vida. El desinterés, que suaviza el dolor de morir, de la idea de muerte se alimenta. Y ese desinterés, referido á su fundamento, es la idealidad, y esa idealidad, en relación á la belleza es el arte, y en relación al sentimiento de unidad fundamental es la religión, y en relación á la verdad es la ciencia pura, ó por lo menos

la investigación racional desinteresada. ¿Queréis ahora que la sociedad viva conforme á su propio bien? Buscad el cumplimiento del fin racional de sus elementos *humanos*; haced que la sociedad viva principalmente atenta á esa idealidad que hemos visto que para el hombre es lo más interesante y lo más desinteresado. Y como la educación del pensamiento, la enseñanza, es uno de los fines sociales, concluyamos legítimamente que, en el sentido explicado, la instrucción debe inspirarse, en general, no en el utilitarismo, sea individual ó colectivo, sino en la naturaleza humana, según es, para este respecto, el de conocer la verdad; á saber, desinteresada.

Nada menos que todo lo dicho, y acaso más, se necesita, en mi opinión, para llegar, con sólidos fundamentos, á estudiar cualquiera de las múltiples cuestiones que el empirismo moderno gusta de tratar desordenadamente y por ocasión extraña á todo sistema, lo mismo en materias pedagógicas que en otras muchas. Es claro que el criterio señalado ha de influir en la solución de los muchos y graves problemas que abarca esa ciencia pedagógica que hoy sólo fragmentariamente existe; pero yo, en el angustioso término en que debo acabar mi discurso, sólo puedo ya referirme, con suma brevedad, á dos de esos asuntos que la pedagogía inspirada en

la idea pura del saber tiene que mirar y tratar de modo muy diferente del que aconseja el utilitarismo. De todos los problemas pedagógicos de la actualidad, son acaso los más interesantes, los que más preocupan la opinión y los de más trascendencia, en cuanto depende de la indicada diversidad de criterio, el problema de la enseñanza clásica y el problema de la enseñanza religiosa, de la enseñanza religiosa como fundamento racional y *estético* (en el riguroso sentido de la palabra) de la moralidad de la educación intelectual. Estas dos cuestiones, diferentes por su objeto, nos ofrecen la unidad de relación á la materia que he tratado en general hasta ahora. El mantenimiento y reforma necesaria de la enseñanza clásica responde al criterio pedagógico no utilitario, de idealidad histórica; como la destrucción, que así puede llamarse, de las disciplinas griega y latina, que piden muchos, responde á una lógica consecuencia del utilitarismo en la enseñanza. Y en cuanto á la enseñanza influida por el elemento religioso-ético, directa y orgánicamente, no en abstracta separación, que mutila el espíritu, y seca la fe, y enfría la ciencia, y la reduce á fórmulas abstractas, responde al criterio pedagógico no utilitario de idealidad filosófica y estética, á la idealidad metafísica y de conducta futura, de finalidad y actividad eficaz y fecunda; mientras que

la separación de la enseñanza y de la religión es también, en el *laicismo* utilitario, una consecuencia lógica del criterio general que el utilitarismo aplica á la educación intelectual de los pueblos.

Yo quisiera, señores, aun con lo poquísimo que sé, tener espacio para escribir sendos libros acerca de uno y otro asunto; pero aquí no puedo ni siquiera consagrar á cada uno de ellos las páginas que exigirían las buenas proporciones de mi trabajo. Sin embargo, para la brevedad que en adelante necesito podrá servirme el haberme detenido á considerar en general mi asunto; como sirve, por ejemplo, en un tratado de derecho civil, para abreviar razones en la parte especial, el haberse extendido oportunamente en la investigación de los elementos jurídicos generales.

IV

LA flor del clasicismo es, sin duda, el helenismo, pues la obra y el espíritu de los romanos, por lo que á *humanidades* se refiere, no es sino un remedo más ó menos fiel de la obra y del espíritu griegos. Hasta en el derecho, cuando éste va siendo menos original y más *humano*, influye, en lo esencial, el espíritu griego; y si para el arqueólogo jurídico importa hoy más el derecho de piedra, el derecho estricto de las *XII Tablas*, que el derecho que preparó la última transformación, la justiniana; para la vida social, para la universalización del derecho romano, importa más la última etapa de aquella gran vocación jurídica, la reflexiva, la influida en parte por el pensamiento griego. Si; en todo lo que toca á *humanidades* el helenismo es la flor del clasicismo. ¿Y qué es el helenismo? Mejor se siente que se dice. Si yo fuera pintor, pretendería figurarlo en un cuadro que repro-

la separación de la enseñanza y de la religión es también, en el *laicismo* utilitario, una consecuencia lógica del criterio general que el utilitarismo aplica á la educación intelectual de los pueblos.

Yo quisiera, señores, aun con lo poquísimo que sé, tener espacio para escribir sendos libros acerca de uno y otro asunto; pero aquí no puedo ni siquiera consagrar á cada uno de ellos las páginas que exigirían las buenas proporciones de mi trabajo. Sin embargo, para la brevedad que en adelante necesito podrá servirme el haberme detenido á considerar en general mi asunto; como sirve, por ejemplo, en un tratado de derecho civil, para abreviar razones en la parte especial, el haberse extendido oportunamente en la investigación de los elementos jurídicos generales.

IV

LA flor del clasicismo es, sin duda, el helenismo, pues la obra y el espíritu de los romanos, por lo que á *humanidades* se refiere, no es sino un remedo más ó menos fiel de la obra y del espíritu griegos. Hasta en el derecho, cuando éste va siendo menos original y más *humano*, influye, en lo esencial, el espíritu griego; y si para el arqueólogo jurídico importa hoy más el derecho de piedra, el derecho estricto de las *XII Tablas*, que el derecho que preparó la última transformación, la justiniana; para la vida social, para la universalización del derecho romano, importa más la última etapa de aquella gran vocación jurídica, la reflexiva, la influida en parte por el pensamiento griego. Si; en todo lo que toca á *humanidades* el helenismo es la flor del clasicismo. ¿Y qué es el helenismo? Mejor se siente que se dice. Si yo fuera pintor, pretendería figurarlo en un cuadro que repro-

dujera un diálogo de Platón en que Sócrates discurre apaciblemente, rodeado de sus amigos, á orillas de un río famoso, no por su cauce, sino por las ideas y la poesía del país por donde corre. Mientras las aguas risueñas se deslizan murmurando, Sócrates deja correr la vida, meditando desinteresadamente acerca de la naturaleza divina de las ideas: asunto de valor universal que á todos los hombres importa y que no interesa particularmente á ninguno.

«Nosotros, los helenos, dice Esquines en el discurso de la Corona, hemos vivido una vida más que humana y hemos nacido para ser eterno objeto de la admiración de los hombres (1).» Hipócrates atribuye esta superioridad á la influencia benéfica del clima; Aristóteles apoya esta opinión, y Herodoto se cree en el caso de asegurar, bajo testimonios poderosos, que los discursos que atribuye á varios señores persas acerca de la mejor forma de gobierno son auténticos, porque teme que no se crea verosímil que aquellos hijos del Oriente se porten como si fueran helenos; porque para Herodoto son cualidades características de su raza la política, la filosofía y los delicados goces del gusto. Para M. Egger, á quien sigo en todo esto, en el discurso que Tucídides pone en boca de Pericles,

(1) EGGER: libro citado.

en el segundo libro, está la expresión más elocuente de lo que los mismos griegos entendían, en los tiempos mejores, por helenismo. Si durante los días de la decadencia el helenismo se opuso al aticismo, refiriendo esto á la pureza del lenguaje; y si durante la Edad Media fué para los doctores cristianos helenismo sinónimo de paganismo, en tiempos modernos, y fuera de lamentables excepciones, la concordia del cristianismo y del noble espíritu helénico fué definitiva y sincera. En 1872, el ministro de Grecia en Londres, Brañas Armeni, pronunciaba en griego dos conferencias para expresar, dice M. Egger, con gran elevación de pensamiento y elocuencia, estas dos condiciones del progreso moderno, esta concordia necesaria entre el principio cristiano y las doctrinas liberales de la filosofía antigua; concordia en que se da á Grecia todo su valor en cuanto maestra del espíritu moderno en los dominios de las artes y del ideal. «Preguntar, concluye M. Egger, si el helenismo sigue siendo y será siempre un objeto útil de estudio, si debe conservar su papel en nuestra educación clásica, es preguntar si queremos algún día renegar de nuestra historia y de las tradiciones comunes á todos los europeos civilizados, borrar el recuerdo de todo lo que Grecia ha hecho por nosotros, directamente ó por conducto de Roma. Semejante

cuestión, ¿no está resuelta en cuanto está planteada? (1)

No, contesta el utilitarismo por todas partes, mientras que los más sesudos y expertos pedagogos de todos los países cultos contestan: sí, en una y otra nación europea. Votos como el de Renan, como el de Egger, como el de Bois-sier, como el de tantos y tantos sabios criados en el estudio serio y profundo del clasicismo, no deben contarse, según M. Frary. ¿Qué han de decir los que viven del jugo de la historia clásica? Dejemos, pues, á los literatos y á los filólogos. Vamos á los hombres de Estado, á los sociólogos, á los pedagogos.

Pero antes permítaseme una observación. Si atendemos, en general, á los dos campos en que se divide la opinión, veremos que, por lo común, los que piden la abolición del griego y del latín no saben ni latín ni griego; no han sido educados clásicamente, á lo menos con fruto, y juzgan la cuestión sin conocer uno de sus términos; saben lo que *no es* la enseñanza clásica, pero no saben lo que *es*. A estas gentes es inútil hablarles de las ventajas que el espíritu de cada cual, y por consiguiente el espíritu social, reporta del conocimiento concienzudo de los clásicos, del hábito de comunicar con aquella civilización antigua. No han expe-

(1) Libro citado, pág. 126.

rimentado esa influencia, no han sentido la transformación del alma al influjo de estos estudios y contemplaciones de lo clásico. Ellos niegan ese poder, niegan ese influjo, porque no han sentido su acción; en rigor no hay argumento que valga para quien juzga desde tal punto de vista. Los del campo contrario, los sabios profesores, los arqueólogos de la literatura, los filólogos, en el lato sentido de la palabra, hablan de lo que saben, reconocen la benéfica influencia del clasicismo porque han pasado por ella, porque le deben lo mejor de su cultura. Cuando Goethe vuelve de Italia, él, que tanto había perfeccionado ya antes su espíritu, todavía trae nuevos veneros de idealidad grande, tesoros de belleza para su alma, toda una vida nueva que le transforma y mejora: es que ha penetrado hasta la medula del genio del clasicismo. ¿Qué hará si un *romancista* ignorante ó un *romántico* sin cultura clásica le niegan las grandezas, el mérito sublime de la nueva vida que trae consigo? Encogerse de hombros. Por lo común no cabe discutir, por esto, porque no hay con quién; no cabe más que hacer lo que se debe, salvar la idealidad histórica salvando la tradición clásica. Verdad es que hay excepciones de lo dicho, y así, por ejemplo, lo es el tantas veces nombrado M. Frary, que, según se ha reconocido por muchos, es un buen humanista. Si lo

será, aunque puede muy bien saber griego, latín, literatura y filosofía griegas y latinas... y no comprender, sin embargo, por qué Goethe cambió tanto en Italia, ni por qué Renan se lamenta de no haber nacido en tiempo de Minerva, ni por qué Otfried Müller se apasiona por la Helade hasta morir víctima de aquel Apolo que lanzaba á lo lejos sus saetas. Mas fuera de esas excepciones, poco numerosas, quien vota en contra del latín y del griego, suelen ser los ayunos de estudios clásicos. ¿Para qué sirve eso? preguntan muchos, los más, todo el vulgo irrespetuoso, que ahora es casi todo el vulgo. ¿Cómo queréis saber para qué, si no sabéis lo que es? En cambio, escuchad á Rollin, escuchad á Michelet, por ejemplo, y veréis cómo persuade su entusiasmo por las letras antiguas y por las lenguas que las expresan. Rollin, el venerable autor del *Traité des Études*, obra que hoy, después de tantos años, cita uno y otro escritor de pedagogía, Rollin demuestra con viva elocuencia el influjo moral de los clásicos en la educación y en la enseñanza; y, hablando para su siglo, parece que habla para el nuestro cuando dice: «El gusto de la verdadera gloria y de la verdadera grandeza se pierde de día en día, y más cada vez. Hombres nuevos, embriagados con su propia fortuna, nos acostumbran á no admirar ni estimar nada más que sus enor-

mes riquezas, á mirar la pobreza y hasta la mediana posición como una vergüenza insoporable...» Rollin aplica el contraveneno de la sencillez y sobriedad de que dan ejemplos los grandes hombres del clasicismo, á esa corrupción que, hoy más que en su tiempo, es la principal laceria de las sociedades adelantadas.

Michelet, el ilustre historiador artista, recordando sus estudios de la Universidad, *nobles estudios*, exclama: «¡Griego, latín! ¡palabras, palabras! ¿Para qué sirve esto? ¡Para qué! Ya lo veis. El talento (*l'esprit*) sostiene el carácter. Estas lenguas son mucho más que lenguas; son los monumentos en que aquellas sociedades han puesto su alma, en lo que tiene de más noble, de más moralizador. El que vive de eso queda ennoblecido. ¡Palabras, sonidos, el vacío! No, realidades. Estas lenguas son almas; cada una es la personalidad de un pueblo. El griego es el Agora, y todo el movimiento de aquellas ciudades se aprende en su lenguaje. El latín es el *atrium* patricio, donde el jurisconsulto da sus *responsa* á los clientes.»

Mas ¿á qué seguir con este género de testimonios? Es necesario, aunque sólo sea por abreviar, huir de las citas vulgares, de los lugares comunes que tantas veces han salido á luz con motivo de esta cuestión de los estudios clásicos. No hay para qué citar la autoridad de hombres

de Estado, como Gladstone y tantos otros, que comprendieron la necesidad de defender el clasicismo, las humanidades; no hay para qué entonar himnos á las excelencias del genio griego y del genio latino. Vengamos á lo más reciente, y como preliminar é *ilustración* para examinar después, en general, y por propia reflexión, la materia, comenzaré por decir algo de lo que caracteriza en cierto modo la discusión de los estudios clásicos y su situación actual en algunas de las naciones más importantes desde este punto de vista. Mas es claro que en el corto espacio de que dispongo, ni he de recorrer todos los pueblos de civilización adelantada, ni he de referirme á la multitud de fuentes que existen para estudiar el asunto, pues á estas horas forma toda una biblioteca lo que se ha escrito en pro y en contra del griego y del latino, y aun para procurar soluciones medias que concilien las pretensiones radicales. Para mi objeto me bastará escoger, con respecto á cada nación de las que voy á traer á examen, algunos datos importantes, que se distinguan por uno ú otro motivo.

Nada quiero decir, por ejemplo, de los Estados Unidos; aquella nacionalidad, relativamente nueva, tiene un género de vida, un espíritu completo que á los europeos no nos es tan fácil comprender, y sobre todo sentir, como se figu-

ran los que se contentan con leer libros como los de Tocqueville, Bryce y hasta Laboulaye; tal vez para las cuestiones de política formal, de costumbres sociales someramente examinadas, basta ese género de investigación; mas no ciertamente para penetrar más adentro en el alma de un pueblo. Además, para mi objeto no importa detenerse en lo que sea la enseñanza clásica en aquella gran nación que, aunque llevara diferente rumbo del que á nosotros puede convenirnos, pudiera tener motivos especiales, como tiene especial carácter y diferente destino. Y sin embargo, sabido es que en el trabajo de reflexiva y laboriosa asimilación de la cultura europea clásica, la instrucción pública de la poderosa República, tan floreciente y *rica* en todo lo que depende de las atenciones que la nación pueda prestarla, no deja de cuidar los estudios *estéticos, retóricos, de humanidades*, con particular esmero, como prueban los programas de la enseñanza, los cuadros de asignaturas, los catálogos de libros de texto, etc., etc. Los norteamericanos parece que representan el espíritu positivo, el medro económico, la prosa moderna, el laconismo del negocio; mientras que el pueblo francés parece ser el verbo del tradicional espíritu latino, pueblo retórico por excelencia. Pues bien: vistas las cosas de cerca, y por lo que depende de la instrucción popular, ele-

mental, autores muy respetables nos ofrecen, comparados, un extraño fenómeno que contradice tales apariencias. Miguel Breal, en el excelente libro antes citado, examinando con gran sagacidad los defectos de la enseñanza del idioma nacional en las escuelas, declara que el pueblo francés, el que no llega á la educación de gimnasios y liceos, el que no pasa de la rudimentaria primera enseñanza... no sabe hablar apenas; y lo prueba con el ejemplo de lo que sucede en las reuniones públicas populares, de los socialistas, v. gr., en que son muy pocos los que saben hablar, en que la mayoría lucha con la imposibilidad de comunicar sus ideas y sentimientos. Ese lenguaje popular, desmañado, incongruente, que ha copiado la literatura festiva y hasta se ve en las leyendas de las caricaturas francesas; lenguaje en que junto á las incorrecciones de la jerga vulgar resaltan los graciosos disparates de palabras retumbantes y escogidas de un modo absurdo para significar ideas á que no corresponden, ese lenguaje tiene en parte su causa, para M. Breal, en la descuidada y rutinaria manera de la enseñanza gramatical en las escuelas francesas. En cambio, en esos Estados Unidos, donde no se puede decir que se deba la prosperidad pública al *esteticismo* de la enseñanza, se observa todo lo contrario de lo que lamenta M. Breal en el pueblo que,

no en vano, se cree heredero de griegos y romanos. En un libro interesante y útil que acaba de publicarse, con el título de *La enseñanza en los tres Continentes* (1), su autor, Catton Grasby, dice, hablando de la importancia que en los Estados Unidos se da al estudio del lenguaje en las escuelas, que tales lecciones «son el suplemento de todas las demás, y probablemente el fundamento de la facultad de fácil expresión y corrección en el discurso que se nota entre las masas del pueblo americano.»

¿Nada dice esto en pro de la enseñanza no utilitaria? Sí; primero porque esa atención esmerada á la producción correcta, *bella*, del lenguaje, aun en el pueblo, es una manifestación del perseguido *esteticismo*; y, sin embargo, se ve que es el pueblo rico y positivo por excelencia quien se toma ese trabajo por la *retórica*. Pero hay más; para que la enseñanza popular pueda tener los caracteres y cualidades capaces de producir tales resultados, es necesario que el profesorado popular esté influido por el *clasicismo*; y así como M. Breal pide con razón que los profesores de las escuelas normales sean miembros de la Facultad de Letras, tengan estudios superiores, se puede decir, en general,

(1) *Teaching in three continen's: Personal notes on the educational systems of the World.*—by W. Catton Grasby, p. 69 (Language Lessons).

que para que llegue á la enseñanza primaria ese benéfico reflejo de las buenas disciplinas, de las humanidades, necesario es que se conserve en los grados superiores de la instrucción el espíritu clásico, la tradición que hace posibles esos buenos frutos.

Mas, volviendo á Europa, antes de deciros algo de las más grandes é importantes naciones, quiero recordar palabras llenas de autoridad con que un griego moderno contesta indirectamente á los que, como Frary, opinan que el estudio de las lenguas clásicas es respetado por los liberales en virtud de una inconsecuencia, tal vez por ley del *misonetismo* ó aborrecimiento de lo nuevo, que ha estudiado recientemente un fisiólogo ilustre italiano. Si la *cuestión del latín* y del griego estuviera estrechamente ligada al *método* de los jesuitas y á sus propósitos, en gran parte tendría razón Frary; el amor á los clásicos y á sus idiomas significaría una tendencia, por lo menos, estacionaria. Pero nada tiene que ver que se siga estudiando el clasicismo, y cada vez con más esmero, con que se estudie como quieren los jesuitas, y para lo que ellos quieren. Por eso, decía, contestan á semejantes argumentos las palabras que monsieur Guerin copia de una sátira que el griego moderno Alejandro Soutzo dirige al gobierno de Othón y de sus Bávaros: «Tomáos el trabajo de

pensar que cerca de vosotros existe una clase de hombres pequeños por la edad, pero que cada año crecen un dedo, mientras vosotros os vais encorvando hacia la tierra. Esa clase de hombres estudia, medita, reflexiona en los colegios, en las escuelas, en las academias, y no está satisfecha del todo... *Todos leen las vidas de Plutarco, las Filipicas de Demóstenes, La Republica de Platón.* Añadid á esto que la lengua griega está dotada de un singular privilegio: está penetrada por el soplo de la libertad; cada una de las letras que la componen es una bala que silba contra la tiranía.»

Estas palabras, que nos revelan cuál es el espíritu de la Grecia moderna respecto del estudio de las sagradas antigüedades de sus orígenes, no sólo sirven para rechazar la idea de que el clasicismo signifique reacción, aristocracia, Estados sin libertad, etc., etc., sino también para deshacer el argumento de este género que pudiera salirme al paso al tratar ahora del gran defensor de la enseñanza clásica allá en Rusia.

En efecto: el célebre redactor de la *Gaceta de Moscou*, el ilustre Katkof, cuya opinión tanto pesaba en el Gobierno de Rusia, era, como todos saben, el amante por excelencia del espíritu eslavo, el defensor de la Rusia tradicional y de sus grandes destinos; y entre los medios, no todos liberales, con que contaba para sostener

el poder de los Zares, unido, según él y según la mayor parte de los rusos, á la prosperidad del Imperio; entre las armas morales que esperaba que le diesen la grandeza futura de su pueblo, estaba el mantenimiento y auge de la enseñanza clásica. Ayudábale en esta campaña, sostenida en la *Gaceta de Moscou*, Leontief; pero muerto Katkof, sus contrarios, que eran en esta cuestión casi toda la prensa y casi toda la Universidad, renovaron los ataques al clasicismo, y en el Consejo del Emperador, á pesar de los esfuerzos del ministro actual de Instrucción pública, Delianof, defensor ardiente del antiguo sistema, la mayoría de los votos fué para la causa utilitaria, grito de guerra contra el clasicismo. Pero así como Guillermo II, el emperador de Alemania, en recientes y famosas alocuciones condenaba el clasicismo y el predominio de su estudio, con frases y formas que yo no he de juzgar en una solemnidad oficial como ésta, Alejandro III, el Zar de todas las Rusias, siguiendo opuesto camino, acaba de decidir, contra la mayoría de su propio Consejo, el famoso pleito de la instrucción clásica, dando la razón al difunto Katkof y decretando el mantenimiento del sistema actual de enseñanza. Durante la discusión de tal litigio, algunos amigos del célebre publicista reunieron sus escritos acerca de la cuestión, y no ha mucho los publicaron con

el título de *Nuestra reforma de la enseñanza* (1). De un examen que de parte de esta obra publica la *Nouvelle Revue* del 15 de Julio último, haré un ligero extracto, á mi manera, para aprovechar de tal enseñanza lo que me parezca oportuno.

Dice el publicista ruso, que un corresponsal le pide que le convenza de las ventajas del clasicismo con argumento más poderoso, más íntimo que el ejemplo de los países más civilizados. Y con gran profundidad y discreción, Katkof contesta que ni un artículo de periódico, ni siquiera un libro, bastan para crear una convicción interior plenamente razonada; para convencerse de esas ventajas de la enseñanza clásica, hace falta la *experiencia viva*, ó por lo menos el estudio serio y atento de todos los datos del problema pedagógico. La mayor parte de los que afirman, y están dispuestos á jurar, que la tierra gira alrededor del sol, no serían capaces de demostrar la verdad de lo que afirman y jurarían. Recuérdese que más atrás, por mi propia cuenta, he dicho algo semejante al comenzar esta parte de mi discurso. En efecto, estas ventajas no se demuestran por *a más b*, ni en pocas palabras, y más hay que sentir las y experimentarlas que otra cosa.

(1) *Nasha Ouschebnaia Reforma*, por Miguel Katkof. Moscou: 1891.

Las cuestiones pedagógicas, continúa Katkof, se derivan de las especulaciones más trascendentales. Sí, ciertamente; y por eso, aunque sin la profundidad que el caso requería, he procurado consagrar lo más de este discurso á la cuestión fundamental, general, según yo la entiendo.

Para Katkof es un argumento poderoso el ejemplo de las naciones europeas más adelantadas; si nosotros, viene á decir, humildemente las imitamos en todo lo que se refiere á la cultura; si reconocemos la superioridad de estos maestros que libremente escogemos, ¿por qué no hemos de creer que si la educación clásica llevó á esos pueblos al estado envidiable que nos proponemos por modelo, la educación clásica nos llevará á nosotros á la perfección que buscamos?

Este raciocinio del ilustre escritor ruso tiene mucha fuerza en cualquier parte. Los pueblos más adelantados, los que figuran á la cabeza de la civilización, no son otros que aquellos donde las disciplinas del clasicismo se cultivan con más atención y esmero. Alemania, Inglaterra, Francia, cada una en un respecto, han sido hasta ahora las naciones más fieles á las humanidades: mientras en nuestra España, por ejemplo, olvidando una gloriosa tradición, los estudios de este orden, como todos, andan por el

suelo; porque no cabe negar que la decadencia española donde más se nota, donde más dolorosa aparece, es en cuanto se refiere á la actividad individual, sobre todo en la instrucción pública; digo que mientras esto se observa en España, donde hay literatos distinguidos que tienen á gala no saber griego ni latín, en Francia, en Inglaterra, aun en Italia, en Alemania sobre todo, el siglo XIX ofrece el hermoso espectáculo de una especie de segundo renacimiento de las materias de filología clásica, aunque en estas últimas décadas vuelve á sentirse cierta decadencia, y sobre todo lucha general contra esa inclinación. ¿No tendrá ninguna relación este cultivo esmerado de las letras clásicas con la prosperidad de la vida intelectual, de las letras y las artes en esas naciones privilegiadas? Sin duda alguna. Casi todos los grandes hombres de esas naciones, aquellos, quiero decir, que lo son en las esferas de uno y otro género de *artes liberales*, casi todos han tenido por incentivo de su vocación y por auxilio en sus adelantos una sólida instrucción, basada en las humanidades. De otro modo cabe presentar nuestro argumento. Por lo menos, el clasicismo puede ofrecer como fruto suyo todas las grandezas de nuestra civilización moderna en la esfera intelectual. Que el clasicismo puede dar buenos resultados, nos lo dice la historia, pues

la flor de la cultura europea de él nació. ¿Qué pléyades de ilustres escritores, de estadistas, de filósofos, de artistas, puede ofrecernos el sistema utilitario, *romancista*, enemigo de la tradición griega y latina? ¿Dónde están los grandes filósofos que no pueden ni quieren entender á Platón y Aristóteles? ¿Dónde los grandes jurisconsultos educados á lo Frary, es decir, que hayan podido prescindir, por ignorancia voluntaria, del Derecho romano y de su insustituible lenguaje? ¿Dónde están los grandes artistas de la palabra, poetas, oradores, críticos, historiadores, etc., que hayan prescindido de Homero, de Virgilio, de Tucídides, de Demóstenes, de Cicerón, etc., etc.? La prueba está por hacer, y por lo menos ha lugar á la desconfianza.

Pero el argumento más poderoso de Katkof para defender su causa es lo que entiende él que constituye el carácter distintivo de la enseñanza europea, y que se llama en lenguaje pedagógico la *concentración*. Cierto es que la segunda enseñanza no aspira á formar sabios, á cultivar especialidades; pero la concentración no es la especialización; en la segunda enseñanza, que atiende á la cultura general, que es una especie de cultivo extensivo del espíritu, hay que considerar también el elemento educativo de la inteligencia misma. Desde el punto de vista instructivo, no cabe duda que la enseñanza de este

grado debe tender en lo posible, y en cuanto no conduzca al exceso que llaman los franceses *le surmenage*, á la universalidad de los conocimientos; pero como la educación intelectual es también objeto principal en esta segunda enseñanza, hay que atender también á esa *concentración* que consiste en el estudio particular, predilecto, constante, de un orden de disciplinas que sean las más útiles para el desenvolvimiento de las facultades intelectuales de los alumnos. Esto es lo que olvida Frary, y lo que olvidan tantos otros que sólo se fijan en la clase y cantidad de conocimientos que se deben adquirir por el estudiante de gimnasios, liceos, institutos, etc. Se ensalza, por ejemplo, la utilidad de la geografía entendida á la moderna, como la entienden los que se inspiran en libros tan notables como el *Cosmos*, de Alejandro Humboldt, en libros como *La Terre*, de Alfredo Maury, y la gran Geografía, la monumental Geografía, de Reclus; pero aun así entendida, ¿sirve la geografía para este fin esencial de la *concentración*? La geografía, cuanto más pintoresca, cuanto más *cosmológica*, y aunque sea antropológica (y no falta quien diga que en esta última tendencia ya no es geografía), será más admirable, más instructiva...; pero es evidente que el papel del alumno es ante ella muy pasivo; no tiene más que contemplar, admirar y re-

cordar; las reflexiones que esta contemplación ideal del mundo puede sugerir, ni son propias de la edad de tales estudiantes, ni serían sistemáticas y concretas, en tal ocasión suscitadas. La lectura de los pedagogos modernos que han tratado este delicado punto de las materias más propias para el fin educativo intelectual de la segunda enseñanza, nos hace ver, y no cito ejemplos, por abreviar, que nadie encuentra con qué sustituir el estudio serio, prolongado, sistemático, de las lenguas clásicas en este fin de acostumbrar la inteligencia al trabajo ordenado, de iniciativa y de discernimiento. Los pedagogos amigos de la enseñanza clásica, buscan ese *sucedáneo* del latín y del griego, y no lo encuentran, aunque buscan con la mayor sinceridad. Los enemigos del clasicismo también indagan... y no encuentran tampoco nada de provecho. Lo que suelen hacer es no cuidarse de este propósito pedagógico de la concentración. No cabe duda, Katkof acierta; sin esa preocupación, sin ese cuidado de ejercitar la inteligencia de los jóvenes en un estudio asiduo, homogéneo y que sugiere y excita ideas y facultades, la segunda enseñanza sólo sirve para empollar eruditos á la violeta... menos que eso, *bachilleres*, en el sentido menos halagüeño de la palabra.

El escritor ruso va pasando revista á varios *sucedáneos* de las humanidades para el fin in-

dicado, y demuestra las deficiencias de todos. Y como Katkof, la mayor parte de los tratadistas han visto lo mismo; y hasta los *enemigos* en este punto suelen confesar su debilidad, ó la dejan ver sin confesarla.

Las ciencias llamadas exactas (con inexactitud, pues se emplea el epíteto con sentido antonomástico, y hasta mejor pudiera decirse exclusivo, y no hay ciencia, verdadera ciencia, que sea menos exacta que otra, porque en lo que no es exacta no es ciencia), se han tenido, por mucho tiempo, por más fecundas de lo que son para el cultivo del espíritu. Educan, es cierto, algunas funciones intelectuales; pero su carácter formal las condena á una especialidad infecunda desde el punto de vista educativo; y aun prescindiendo del ilusorio orgullo que suelen engendrar en los que exclusivamente las cultivan, vienen á ser como una gimnástica parcial, desproporcionada, que perjudica al conjunto del organismo. Las matemáticas son tan necesarias en una buena educación intelectual como insuficientes para lograr el fin de la *concentración*, el desenvolvimiento armónico de todas las facultades intelectuales y la reunión paulatina de un caudal de observación y conocimientos sustanciales, de carácter no abstracto, sino orgánico, humano. Lo que reconoce Katkof en este punto, lo reconocen Breal, Gabelli, Lavissee,

Guerin, todos; y, lo que importa más, lo demuestra la experiencia.

En efecto: en todas partes se ha notado que allí donde se ha dividido la enseñanza y se ha dejado á unos alumnos abandonar los estudios clásicos y á otros seguirlos con seriedad y constancia, se ha repetido el fenómeno de la superioridad demostrada por los humanistas, no sólo en general, sino hasta para los estudios superiores especiales, ajenos ya al clasicismo, que unos y otros cursaban juntos. El mismo Frary confiesa, y lo dice hablando contra el expediente de la *bifurcación*, que cuando los estudiantes se separan, y unos continúan los estudios clásicos y los otros los que preparan á una especialidad, los puestos primeros, los de los más adelantados, son, naturalmente, para los *humanistas*, y la enseñanza *utilitaria*, especial, queda como humillada y con la seguridad de poseer los elementos de menos aptitudes. Confirma esto, respecto de Inglaterra, M. Texte, citando á M. Fritch, quien, en su obra muy notable titulada *Lecturas sobre la enseñanza* (1), nos enseña que los que siguen los estudios clásicos consideran á los *modernos* como inferiores, desde el punto de vista intelectual, y aun socialmente, y miran la escuela de los que pres-

(1) *Lectures on teaching*, delivered in the University of Cambridge in 1880: by J. S. Fritch, M. A.

cinden de las humanidades, estudiadas detenidamente, como un *locus poenitentiae*. Así como nosotros tenemos una frase gráfica para distinguir al clérigo que no estudia teología, y le llamamos cura de *misa y olla*, los ingleses designan con las palabras *coaching*, *craming*, la plaga de la preparación urgente, precipitada, incompleta, en que se atiende, no al estudio en sí, sino al resultado, á los exámenes; y el encargado de facilitar el buen éxito en estas pruebas materiales, propiamente anticientíficas, se llama *headmaster*, oficio de miras puramente lucrativas. Hay más; se ha notado también en Inglaterra que los estudiantes que se libran de los clásicos y estudian francés con mayor detenimiento, consagrándole mucho más tiempo que los humanistas... acaban sabiendo menos francés que los buenos latinistas. El fenómeno, repito, es general. Respecto de Francia nos da testimonio de él Boissier (1), quien asegura, con datos, que en la Escuela Politécnica de París los estudiantes que han cursado las humanidades acaban por vencer á los demás, por superarlos en el estudio de las especialidades ajenas al clasicismo. Gabelli, en el libro varias veces citado, para concluir con igual observación respecto de Italia, cita el testimonio de dos sabios que dirigen los estudios de ciertas escuelas

(1) *Revue des deux mondes*. — 1.º de Agosto; 1891, p. 601.

de aplicación, análogas á la Politécnica; en efecto, Cremona y Brioschi declaran que los alumnos que vienen de los liceos (donde estudian humanidades) (1), si al principio permanecen inferiores á los de los institutos técnicos, los aventajan después en los años sucesivos. Y es por esto; porque como decía Villari (citado por Franchetti) (2), hablando al Parlamento, el estudio de los clásicos, cuando es como debe ser, no forma sólo literatos, sino el hombre entero.

No, señores; ni las ciencias exactas, ni las naturales, como sería fácil demostrar, si hubiera espacio, ni la historia, con importar mucho, sirven para el efecto que se busca en la concentración; y si no sigo á Katkof en los argumentos con que va haciendo ver esto que afirmo, es en obsequio á la brevedad, no porque dejen de ser dignas de estudio sus luminosas consideraciones.

Pero al ilustre escritor ruso, entusiasta de la enseñanza clásica *européa*, podrían contestarle sus adversarios que en estas mismas grandes naciones que él quiere imitar, las humanidades decaen á la hora presente; que hay corrientes de oposición; que á esas letras clásicas las han amenazado, no sólo escritores como Frary, sino

(1) Uso aquí varias veces la palabra *humanidades* en sentido lato, abarcando también las gramáticas latina y griega.

(2) *Nuova Antologia*.—16 de Settembre, 1891: p. 329.

sabios como Huxley, y ministros como Lockroy, y emperadores como Guillermo II.

Efectivamente: si es verdad que Inglaterra, el país utilitario por excelencia, siempre supo consagrar á griegos y romanos todo el estudio que merecen; si es verdad que era, y es en rigor, un fuerte argumento en pro del clasicismo el decir: «ved esos grandes hombres ingleses, prácticos, *positivos*, representantes los más genuinos de la moderna civilización, cómo, á pesar de todo esto, suelen ser buenos latinistas, serios conocedores de las antigüedades, como, lo es el mismo Gladstone, como lo era el autor de *En-dimion* y de *Sibila*,» no es menos cierto que en los últimos tiempos el modo vulgar, pero lógico, de entender el utilitarismo se extiende y gana adeptos en el reino británico, y no son hombres sin talento ni cultura los que se han puesto á la cabeza de tal protesta utilitaria. Aparte de las opiniones de Spencer, tan conocidas y repetidas hasta la saciedad, debemos considerar la iniciativa tomada por Huxley, el sabio célebre, el escritor notable, hace más de veinte años, en un estudio famoso acerca de la educación liberal (1). Según Huxley, que se apoyaba en la autoridad de Mark Pattison, rector de Lincoln College, una pobre Universidad alemana producía en un año más trabajo científico que las

(1) *Lay sermons*, etc.—1870.

grandes instituciones inglesas en diez. Para Huxley la única impresión que dejaba en el ánimo de los estudiantes la enseñanza del latín y del griego era que el pueblo que creía aquellas fábulas de la mitología estaba compuesto de los mayores idiotas del mundo. Aunque, en rigor, la fuerza del ataque de Huxley más va contra el método y las tendencias de la enseñanza clásica, según era y es en Inglaterra, que contra el espíritu mismo del clasicismo, sin embargo, causaron escándalo sus declaraciones al publicarse; mas hoy es la opinión de muchos la de este sabio; y otro no menos ilustre, sir John Lubbock, dió hace pocos años una conferencia, apoyando la campaña de la prensa en favor de una enseñanza que preparase comerciantes ingleses capaces de hacer inútil el concurso de los extranjeros. Esta es la tendencia hoy predominante en aquel país; y advierte M. Texte que la excelencia de los estudios clásicos de los ingleses hay que limitarla á una verdadera aristocracia, que es la que concurre á centros como Eton, Harrow, Rugby. Por confesión del mismo Wiese (1), citado más arriba, para los ingleses no significa la cultura *estética* más que una idea demasiado vaga. Se estudia para tener cantidad determinada de datos, y, generalmen-

(1) *German letters on english education.*—Traducción del alemán.

te, para salir del examen; de esta preocupación antiliteraria y anticientífica no se libran las mismas humanidades...

En cuanto á Italia, Gabelli, partidario de mantener, ó, mejor, de restaurar los estudios clásicos, declara que: «A un vigoroso risorgimento dell'istruzione classica mancano per ora in Italia pur troppo tutte le condizioni» (1). «Falta, dice, el dinero, que se gasta en procurarse antes de tiempo, y en vano, los vistosos efectos últimos de la civilización; falta un Gobierno que sepa oponerse con energía á los innobles intereses contrarios á la verdadera cultura. Una inmensa ola de utilidad material, añade Gabelli, amenaza arrastrar consigo todas las cosas; mas, por lo mismo, los pocos que tienen el derecho de ser creídos deben juntarse alrededor de una institución (la enseñanza clásica) que por fatalidad hoy aparece en pugna con las necesidades del tiempo. A esos pocos toca ser sus custodios, porque ella es de todos los tiempos y conserva *las tradiciones de la idealidad humana.*» Y concluye así el hermoso capítulo consagrado á este asunto: «La antigüedad clásica, con la poesía, con la elocuencia, con el arte, con la filosofía, con la legislación, con la política, es el patrimonio más precioso de todos los pueblos cultos; pero, más que de ninguno, de aquel que

(1) Obra citada, pág. 320.

tiene la honra de ser el más próximo y fiel heredero, y en nombre de esta herencia llevó respetado el centro de su vida á Roma. Ante aquellas sagradas memorias y aquella gloria inmortal se postran alemanes, ingleses, daneses y rusos...; nosotros debemos impedir que los italianos sean los nuevos bárbaros.»

Como en absoluto me falta espacio para desenvolver esta exposición con las proporciones debidas, aprovecharé la circunstancia de ser todo lo que á Francia se refiere más generalmente conocido, para abstenerme de tratar del estado de la *cuestión del latín* en la República vecina, con la extensión que fuera conveniente (1). A bien que mucho de lo dicho más arriba, á los franceses directamente se refiere. He de fijarme en un aspecto de la cuestión que me sirve para tratar la última materia de este capítulo, de paso que digo algo, poco, de lo que atañe á Francia en tal debate. Si leéis con atención el notable libro de Miguel Breal, á quien varias veces me he referido, notaréis que, si

(1) Por falta de tiempo y de espacio omito la exposición de lo referente al imperio alemán, que merece artículo aparte. En Alemania nació el que puede llamarse segundo Renacimiento del clasicismo, como observa M. Breal en su artículo de *La Revue des deux mondes* (1.º de Junio, 1891), *La tradición del latín en Francia*; y además, en Alemania sigue siendo este estudio, como todos, mirado desinteresadamente, y por su valor intrínseco apreciado.

bien es verdad que ningún país como el francés puede ostentar resultados satisfactorios del sistema tradicional en la enseñanza de los clásicos, pues en este punto los ingleses mismos reconocen la mayor habilidad de sus vecinos, también se puede asegurar que en definitiva no valen tales ventajas los sacrificios que cuestan. En efecto; á mi juicio, la manera como se entiende en la segunda enseñanza francesa el propósito que debe perseguirse en el estudio de las lenguas clásicas, particularmente del latín, y los medios que al efecto se emplean, dan casi casi la razón á los que protestan contra la tradición escolástica que convierte, como con motivo se ha dicho, en un prolijo, fatigoso trabajo de *marquetaría*, lo que debiera ser, en nuestro tiempo, racional ejercicio de las más nobles facultades intelectuales de la juventud, y camino para llegar á comprender los monumentos literarios que nos ha legado la antigüedad clásica.

Hay que distinguir, por consiguiente, entre la necesidad de conservar estos estudios y la obstinación de conservarlos sin reformas ni en el fin ni en los medios. Esto último es absurdo; y si se continúa pretendiendo hacer de toda la juventud máquinas de saber escribir correctamente y con elegancia el latín más clásico en prosa y en verso, lo que se conseguirá será apresurar la decadencia, dar armas á los enemigos del

clasicismo y hacer que se vayan pasando á su campo los mismos que reconocen la necesidad de mantener los estudios clásicos.

Sí: el clasicismo es, y será no se sabe hasta cuándo, un factor importantísimo de nuestra cultura; pero según las épocas, así varía el modo de influir este elemento. Para la Edad Media, por ejemplo, el latín continúa siendo un medio útil, y, como observa Breal en el artículo poco ha citado, lo que importaba entonces á la cultura era un instrumento general, universal de comunicación, y además fuentes para el estudio de toda disciplina; el latín era un modo de entenderse, y los clásicos griegos y latinos fuentes de *información*, de conocimientos positivos. Los antiguos escritores, dice el célebre profesor francés, no eran para la Edad Media meros modelos de estilo; lo que les interesaba á ellos era el contenido: así que no se leía sólo á los autores clásicos de pura latinidad, sino á los más recientes; no se estudiaba sólo á Cicerón, Tito Livio, Séneca, Virgilio, Lucano; se estudiaba con más afán á Orosio, Valerio Máximo, San Isidoro, Boecio, los Padres de la Iglesia, y particularmente las traducciones de Aristóteles. A más de esto, el latín que se empleaba era incorrecto, bárbaro; pero era cosa viva y se hablaba así para entenderse. En cierta ocasión, los vecinos de Orleans piden socorros á los de Tolo-

sa; el lenguaje oficial tiene que ser el latín; los notables de Tolosa se reúnen, deliberan, y por fin acuerdan que no pueden dar nada; y se explican así: *Non detur aliquid, quia villa non habet de quibus*. Mas, á poco, el Consejo, enterado de los milagros de Juana de Arco, cambia de acuerdo, y dice: *Attentis dictis miraculis succurretur de IIII vel VI cargiis pulveris.* De este latín, que tenía su razón de ser, se burla el Renacimiento, que llega, por ley natural, al extremo contrario. En esta época el latín y el griego son un general *dilettantismo*. Ya recordaréis que se atribuye al cardenal Bembo cierto menosprecio de las epístolas de San Pablo, por culpa del latín en que había de leerlas: Melanchton llegó á decir que la manera de estudiar la antigüedad de los siglos medios es una peste.—Hoy no podemos ya proseguir, con los jesuitas, en el culto entusiástico del Renacimiento, empeñarnos en remedar el latín clásico, en ser mosaicos semovientes de Cicerón, Virgilio, etc., etc. M. Frary tiene razón, en cierto modo, cuando advierte que la relación de los estudios clásicos á la total cultura hay que representarla por un número quebrado; el clasicismo es el numerador, y no varía, siempre es el mismo, pues es cosa que murió; el denominador es todo lo que hemos aprendido y sentido después de haber pasado griegos y romanos, y

este denominador va siendo mayor cada día; por lo cual el valor del numerador necesariamente disminuye. Cabe objetar que el numerador también aumenta, por aumentar la utilidad de lo clásico según nuestra sociedad se perfecciona, y á medida que descubrimos elementos de la cultura antigua y penetramos mejor su sentido; pero, al fin, es evidente que á la larga el clasicismo tendrá que ir dejando, y más cada vez, que con él compartan otros objetos de estudio la atención del hombre civilizado. Por esto hace falta una sabia economía en el modo de entender el objeto de las humanidades, y, por consecuencia, en el modo de estudiarlas; en este punto yo creo que M. Guerin (1) acierta cuando propone que se cultiven las lenguas clásicas, no con el propósito de hablarlas y escribirlas, sino con el de comprender bien á los autores griegos y latinos.

M. Breal se inclina á esta opinión, y, por lo menos, declara absurdo el sistema de los temas y de la composición mecánica y de los versos latinos obligados. En este punto yo me separo del parecer de Guyau, que recomienda la *confección* (así puede llamarse) de piezas métricas en las clases de segunda enseñanza. Yo creo que la cantidad indispensable de idealidad poética, que todos necesitamos, se puede conseguir

(1) M. GUERIN.—*La question du latin, etc.*—Paris: 1890.

sin alimentar el feo vicio de hacer versos no siendo poeta. Es claro que no se trata aquí de una medida de carácter absoluto; mas, por lo general, no puede convenir que se acostumbren los estudiantes que han de vivir en prosa toda su vida, como M. Jourdain, á considerarse capaces de ser poetas en una lengua muerta. De estos versos latinos hechos sin inspiración, con frases elegantes aprendidas de memoria, con lugares comunes, con giros tomados del Diccionario ó de la lectura directa de los clásicos, como D. Quijote hubiese hecho jaulas y palillos de dientes, de haber tenido tiempo; de estos versos que hacen creer á los míseros pedantes que ellos son capaces de ser poetas de *post liminium*, es decir, en lengua extraña; de estos versos latinos, digo, se puede afirmar lo que hace mucho decía el filólogo Cobet de otros versos, pero éstos griegos, y también de marquetaría, de paciencia y vanidad: *carmina græca, que neque græca sunt, neque carmina.*

Por lo común, ni en verso ni en prosa se debe pretender que sepa escribir y hablar la juventud entera de un país una lengua muerta. Un gran filólogo, un gran conocedor de un idioma clásico y de su literatura, no necesita en nuestros tiempos aspirar á escribir en lengua que no sea la propia. Autores insignes hay que declaran no haber escrito nunca en griego ni en latín, y

son, sin embargo, maestros en esas lenguas y literaturas. En otros tiempos, siendo el latín lenguaje universal literario, era otra cosa. Hoy debemos, en este respecto de escribir en lenguas extrañas que no son la de la cuna, seguir el ejemplo del ruso Turguenef, que no quiso jamás emplear el francés en sus novelas, á pesar de haber llegado á ser un parisién como otro cualquiera. El latín y el griego deben estudiarse racionalmente, no por máquina, y para traducir á los clásicos y penetrar la vida de Grecia y Roma: por lo tanto, deben estudiarse, dice Breal, filosófica é históricamente. Sí: más vale conocer, por ejemplo, las vicisitudes por que pasó la lengua del Lacio, que zurcir en verso y prosa retazos que no se recuerda que son de Cicerón ó de Horacio, pero que lo son efectivamente. Yo sé que entre nosotros hay un profesor de latín, que acaso me escucha, el cual ha escrito un notable libro de gramática latina histórica. Yo le doy la enhorabuena; esa es la tendencia que recomiendan muy ilustres y expertos maestros. ¡Ojalá le consintieran las tristes condiciones de nuestra enseñanza, sacar de su obra, en la cátedra, todo el provecho apetecido! ¡Nuestra enseñanza! ¡Nuestra cuestión del latín! Los españoles hemos resuelto esa cuestión de un modo tan práctico, en verdad, como lamentable. Pero no hablemos de esto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CARRILLO DE LA ROSA, MONTEREY, NUEVO LEÓN

V

LEGO muy tarde, con muy poco tiempo á mi disposición, al último punto que me había propuesto estudiar en este discurso. Y apenas oso desflorar la materia, que es lo único que ya puedo hacer, porque es predilecta para mí, la que considero más grave, más digna de atención y más compleja.

Más bien que detenido examen, que serie de ordenados raciocinios, será lo que diga de la relación religiosa de la enseñanza, manifestación casi dogmática de mi opinión, protesta de mis ideas, de mi sentir, que me obligue en conciencia á desenvolver en otra ocasión más holgada lo que ahora no haré más que anunciar y dejar demostrado.

El utilitarismo, que mata el idealismo en su faz histórica rompiendo los lazos de la civilización actual con el mundo clásico, quiere también matar el idealismo en su respecto primor-

son, sin embargo, maestros en esas lenguas y literaturas. En otros tiempos, siendo el latín lenguaje universal literario, era otra cosa. Hoy debemos, en este respecto de escribir en lenguas extrañas que no son la de la cuna, seguir el ejemplo del ruso Turguenev, que no quiso jamás emplear el francés en sus novelas, á pesar de haber llegado á ser un parisién como otro cualquiera. El latín y el griego deben estudiarse racionalmente, no por máquina, y para traducir á los clásicos y penetrar la vida de Grecia y Roma: por lo tanto, deben estudiarse, dice Breal, filosófica é históricamente. Sí: más vale conocer, por ejemplo, las vicisitudes por que pasó la lengua del Lacio, que zurcir en verso y prosa retazos que no se recuerda que son de Cicerón ó de Horacio, pero que lo son efectivamente. Yo sé que entre nosotros hay un profesor de latín, que acaso me escucha, el cual ha escrito un notable libro de gramática latina histórica. Yo le doy la enhorabuena; esa es la tendencia que recomiendan muy ilustres y expertos maestros. ¡Ojalá le consintieran las tristes condiciones de nuestra enseñanza, sacar de su obra, en la cátedra, todo el provecho apetecido! ¡Nuestra enseñanza! ¡Nuestra cuestión del latín! Los españoles hemos resuelto esa cuestión de un modo tan práctico, en verdad, como lamentable. Pero no hablemos de esto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CARRILLO DE MONTAÑEY, 1911

V

LEGO muy tarde, con muy poco tiempo á mi disposición, al último punto que me había propuesto estudiar en este discurso. Y apenas oso desflorar la materia, que es lo único que ya puedo hacer, porque es predilecta para mí, la que considero más grave, más digna de atención y más compleja.

Más bien que detenido examen, que serie de ordenados raciocinios, será lo que diga de la relación religiosa de la enseñanza, manifestación casi dogmática de mi opinión, protesta de mis ideas, de mi sentir, que me obligue en conciencia á desenvolver en otra ocasión más holgada lo que ahora no haré más que anunciar y dejar demostrado.

El utilitarismo, que mata el idealismo en su faz histórica rompiendo los lazos de la civilización actual con el mundo clásico, quiere también matar el idealismo en su respecto primor-

dial, cortando los lazos espirituales que nos unen con la idea y con el amor de lo absoluto.

De tantas y tantas horribles *operaciones* quirúrgicas como lleva á cabo la especulación abstracta, falsa, propiamente idolátrica, ninguna tan nociva como esta que divide la realidad y deja de un lado lo que mira á lo temporal y de otro lo que corresponde á las perspectivas de lo absoluto, de lo infinito, de lo eterno. Esta malhadada tendencia abstracta, queriendo ser prudente, queriendo acabar con luchas seculares de los fanatismos, ha inventado el *laicismo* como un terreno neutral; y aunque en muchos casos, en la vida política particularmente, ha evitado graves males esta neutralidad del Estado; aunque ha sido garantía contra las pretensiones injustas de las sectas, ello es que, mal entendido por los más lo que esta posición imparcial de la vida *civil* significaba, hemos llegado, sin abandonar en idea la religión, á vivir sin religión, á lo menos la mayor parte del tiempo; hemos llegado en la especulación á la incertidumbre respecto de nuestras relaciones con la Divinidad y respecto de la esencia y aun existencia de esta Divinidad; pero en la práctica viven los pueblos más civilizados como si hubiéramos llegado á la certidumbre negativa. Bien se puede decir, aunque sea triste, que gran parte de los hombres más instruídos, más *cultos*, piensan como

escépticos y viven como ateos. El agnosticismo reconoce que puede haber Dios; por boca de uno de sus más ilustres representantes, Spencer, ha llegado á confesar la realidad innegable del Ser Uno, fundamento de todo; y á pesar de esto, á pesar de que el ateísmo declarado, dogmático, es cosa de pocos, no es cosa de ningún gran filósofo moderno, en la duda de unos y en la afirmación de los más, vivimos como si la negación fuera la verdad adquirida. No nace de perversión semejante estado, de perversión moral; nace de esas abstracciones que quitan á la vida ordinaria el jugo místico; y como nosotros, los tristes mortales, vivimos sumidos en lo relativo, en este suelo

De noche rodeado

En sueño y en olvido sepultado,

como dice Fray Luis de León á don Oloarte; como toda nuestra actividad parece *laica*, porque es relativa, resulta ¡funesto resultado! que no entendemos por vida no *laica*, más que las formas de los cultos, las funciones externas de lo eclesiástico, que para los más son *res inter alios acta*; y casi casi viene á suceder que no viven como racionales religiosos más que los buenos sacerdotes y la gente devota de este ó el otro culto: y, sin embargo, lo repito, nuestra filosofía actualmente no se inclina al ateísmo como se

inclinaba, en general, en tiempos no remotos; lo que predomina es la reserva, la prudencia, el criterio *abierto* á todas las posibilidades, y añádase, porque es verdad, una tendencia *estética y hereditaria* á desear que la verdad sea afirmativa en el gran problema de lo trascendental. Y á pesar de esto, apenas se vive religiosamente. Empiezan las Constituciones de los Estados, allí donde no siguen cometiendo la injusticia de establecer la ley de las castas para las creencias, empiezan por acorralar—esta es la palabra—á la religión, en sus cultos, en su hermosa vida plástica, simbólica; y á las antiguas teorías, hecatombes, sacrificios en lo alto de las montañas, misterios en los bosques y procesiones y predicaciones en las calles, en los campos, al aire libre, cara á cara con el cielo, suceden las precauciones reglamentarias, policíacas, las medidas de buen gobierno para aislar los cultos como si fueran focos epidémicos, para encerrarlos entre cuatro paredes, para arrinconarlos, como se arrinconan ciertas flaquezas humanas. Por ir de prisa, reframamos esto á la enseñanza, y se verá que la abstracción de que hablo ha inventado, con apariencias de equidad y liberalismo, el mayor daño posible para la educación armónica, propiamente humana; la separación, así, separación de la enseñanza religiosa y de las demás enseñanzas que no sé cómo llamar-

las, así separadas, como no las llame irreligiosas. Porque téngase en cuenta que en este punto el abstenerse es negar; quien no está con Dios, está sin Dios; la enseñanza que no es deísta, es atea. Un ilustre profesor y filósofo español, dignísimo profesor mío, en un discurso célebre, que oían señoras, creía ser muy imparcial diciendo que como él, en conciencia, no sabía si en el mundo de lo trascendental existía un principio, la unidad divina, en suma, se abstenía de aconsejar á los suyos ni la creencia ni el descreimiento; y en consecuencia, los educaba sin prejuzgar esta cuestión. Pues yo digo, señores, con el grandísimo respeto que me merece la persona á quien aludo, que la cuestión queda prejuzgada, porque los hijos que se educan en la duda de Dios, se educan como si no le hubiera; y más diré, que si no lo hubiera, no está muy claro que fuera muy perjudicial para la buena educación portarse como si le hubiese; mientras que si hay Dios, el prescindir de la Divinidad no puede menos de ser funesto.

Yo doy á las circunstancias históricas en este asunto, como en todos, lo que es suyo. En tal país podrá ser necesario conservar la enseñanza religiosa de un culto determinado, en las escuelas públicas, por ser exigencia racional del pueblo; en otros países son oportunos los expedientes que se usan de la previa declaración

confesional de los padres de familia; en alguna parte habrá que temer la competencia de un sacerdocio exclusivista y que lleva miras extrañas á la pura fe; mas nada de esto quita que, en general, la tendencia racional en ese punto tenga que ser la armónica de la educación inspirada, en cierto respecto, en el sentimiento religioso. Dejar para el domicilio la enseñanza religiosa y en la escuela no encontrar más que doctrinas en que se mutile la realidad de la vida humana, haciendo abstracción de toda idealidad piadosa, es desconocer el principio fundamental de la educación intelectual y de sus relaciones con la educación ética y estética.

Como por lo mucho que importa terminar pronto este discurso, no me queda espacio para referirme á los autores que hablan de estos asuntos, ni para digresiones históricas, ni para cuestiones particulares dentro de esta cuestión general, me contentaré con citar una autoridad nada sospechosa de fanatismo religioso, la del malogrado Guyau, que en el libro de que hablé antes (1) trata con gran profundidad y criterio muy elevado este difícil problema del modo del elemento religioso en la enseñanza pública. Recuerdese que Guyau es autor de la obra titulada: *Irreligión del porvenir*. Pues con todo, él

(1) *Éducation et hérédité* pág. 136.

es quien dice: «Creemos que el hombre, cualquiera que sea su clase ó su raza, *filosofará* siempre acerca del mundo y de la gran sociedad cósmica. Lo hará, ya con profundidad, ya con inocente sencillez, según su instrucción y las tendencias individuales de su espíritu. Siendo así, no podemos admitir que se deba declarar la guerra á las religiones en la enseñanza, porque tienen su utilidad moral en el estado actual del espíritu humano. Constituyen uno de los elementos que impiden la disgregación del edificio social, y no hay que descuidar nada que sea una fuerza de unión, sobre todo dada la tendencia individualista y anárquica de nuestros demócratas. Las escuelas públicas, en Francia, no pueden ser *confesionales*; pero una doctrina filosófica, tal como el amplioteísmo enseñado en nuestras escuelas, no es una confesión ni es un dogma: es la exposición de la opinión filosófica conforme á las tradiciones de la mayoría. *El ateísmo*, por otra parte, no es un dogma, ni una confesión que pueda tener el derecho de excluir toda opinión contraria como un atentado á la libertad de conciencia... El fanatismo antireligioso ofrece graves peligros.»

He copiado tan larga cita, más que por nada, para que se vea cómo se puede ser completamente independiente en la propia razón, y, sin embargo, reconocer que la separación de la en-

señanza religiosa... y las demás, no es, en definitiva, la solución del problema, sino un paliativo cuya justicia á veces será evidente, pero que pide ser reemplazado por una armónica forma que respete la santa unidad del alma humana y la imagen, también sagrada, que el alma lleva en sí, para vivir sin enloquecer ó desesperarse, ó hundirse en el marasmo, de la unidad y del orden del mundo. Dejad que el hombre adulto vea después lo que hay de este orden, de esta unidad; pero no planteéis el problema en la enseñanza mientras ésta conserve propósito educativo.

Y concluyo, señores. Dejo sin tratar, sobre todo en este último capítulo, multitud de aspectos de las respectivas cuestiones; sé cuán incompleto es mi trabajo, no ya sólo por mi corto saber, sino por las muchas lagunas que, aun pudiendo llenarlas, he tenido que dejar en mi discurso por motivos extraños al plan del mismo. A lo que me obligan tales deficiencias es á insistir en el examen de tan importantes problemas, buscando para ello ocasiones de más holgura que la presenta, y prometiéndome que este ensayo me sirva de prólogo para otros sucesivos.

Y, así como yo me propongo consagrar parte

de mis estudios y de mi tiempo á estas materias pedagógicas, os invito á vosotros, mis queridos compañeros, á que sigáis haciendo ó comencéis á hacer lo mismo.

Volver los ojos á la juventud, cuidar de su educación, es un consuelo y una esperanza, sobre todo en esta España que tuvo días de gloria y de fuerza universalmente reconocidas, y que hoy, angustiada por la idea de su propia decadencia, se entrega al marasmo y acaso al pesimismo. No, no desesperemos; los pueblos no deben creerse viejos; no deben contar sus años, aunque deben amar su historia; no está probado que no sea posible una resurrección: mas, para que la triste realidad no haga absurda toda ilusión halagüeña, miremos al porvenir, trabajemos, mediante una educación racional, sistemática, que sea en nosotros un constante sacrificio, una virtud; trabajemos en la dirección de las generaciones nuevas, ya que no sea posible encontrar manera de hacer mejores á los hombres que hoy tienen la responsabilidad de la suerte de la patria. Cuando un incendio devora nuestra hacienda, un campo, una casa, si advertimos que es imposible librar de las llamas cierta parte de nuestros bienes, acudimos, abandonándola, á salvar lo más lejano, aislando el fuego, cortando el paso á la hoguera. Espíritus nobles y fuertes, desesperados por lo que

toca al destino de su generación, en vez de entregarse á vanas declamaciones, trabajan por acortar el paso á la corrupción y decadencia presentes, y atiende á la juventud para salvarla del contagio, para crearle nuevas y más sanas condiciones de vida. Imitemos á estos dignos maestros.

Recordando las grandezas de la España que fué, trabajemos por las posibles grandezas de la España del porvenir. Observa un publicista ruso que desde los tiempos de Pedro el Grande y de Catalina, el imperio moscovita se preparó, como en profecía, para dar digno albergue á las grandezas futuras, construyendo soberbios monumentos, proporcionados á los esplendores de la gran prosperidad que, según su fe patriótica, aguardaba á Rusia. Pues nosotros, que no necesitamos soñar, sino recordar, para que surjan grandezas y esplendores de España, construyamos, no Escoriales, alcázares y basílicas, que ya tenemos, sino el edificio espiritual de la futura España regenerada, resucitada, mediante una educación y una enseñanza inspiradas en el ideal más alto, pero llenas de la vida moderna. Tamaño trabajo, arduo sin duda, es para nosotros de pura abnegación; los que á él se consagren no esperen recompensas exteriores, halagos del mundo y de la vanagloria; no esperen tampoco vivir para el tiempo en que den

fruto sus esfuerzos de ahora. Tengamos caridad; vivamos y trabajemos para el porvenir que no hemos de ver, y seamos como aquellos ancianos de que nos habla Cicerón en su tratado *De Senectute*:... *Sed iidem in eis elaborant, quæ sciunt nihil ad se omnino pertinere.*

HE DICHO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

SU ÚNICO HIJO

*Valenti escarmientum llevasti,
chascumque pesadum,
(El Padre Cobos, 1855.)*

¡Valiente chasco me ha dado Leopoldo Alas (*Clarín*) con la novela *¡Su único hijo!* Es decir, el chasco no me lo ha dado *Clarín* (¿qué culpa tiene él de eso?): me lo he proporcionado yo á mí mismo leyendo atentamente y muy despacio el nuevo libro del autor de *La Regenta*.

Observen ustedes que he dicho: ¡valiente chasco! y no chasco pesado—ó *chascumque pesadum*, como decía, hace ya cerca de ocho lustros, el inolvidable *Padre Cobos*.—La verdad es que ni la lectura del libro me ha parecido pesada, ni me pesa del chasco...; pero que me lo he llevado, y de los buenos, es exacto de todo en todo.

Ha dado *Clarín* en decirme, cuando la ocasión se le presenta que soy excesivamente benévolo; que me parece bien todo lo que leo; que me paso la vida elogiándole, y otras cosas por el estilo. Yo que, como uno de los personajes de Bretón de los Herreros, *tengo acá mi valor*, aunque no sea el del martirio, se las tenía juradas á mi antiguo compañero de redacción en *El Solfeo* y en otras tragedias, y había adoptado el firme propósito de que, al publicarse un libro de *Clarín*, me las pagase éste todas juntas. ®

De que el libro había de ser bueno, estaba yo seguro, y acerca de este particular no se lisonjeaba mi deseo de venganza; pero decía yo para mí sayo: «Por bueno que este libro sea, algo malo tendrá; y si me propongo encontrarlo y con detenimiento lo busco,

está claro que daré con ello, y entonces, una vez realizado este maquiavélico plan, pegaré á *Clarín un palo*, haciéndole comprender que se lo pego para que vea cómo no soy benévolo sistemáticamente, y cómo no me paso la vida elogiándolo.»

Pues bien; llegó á mis manos *Su único hijo*, me apodere del libro con ansia, como se arroja sobre su presa una fiera hambrienta—yo no lo he visto, pero me figuro cómo lo hará,—devoré aquellas páginas; llegué á la última, y al cerrar el tomo, me encontré con la novedad de que mis pesquisas habían sido infructuosas. No me desanimó este fracaso: comprendí que la obra me había interesado; que, embebecido yo al seguir el desarrollo de la acción, sencilla en sí misma, pero amenizada por varios incidentes, no había fijado mi atención de crítico implacable y de juez severo en los defectos graves que el cuadro tenía indudablemente; comencé, pues la segunda lectura, y bien sabe Dios que llevé á cabo con toda escrupulosidad el registro: por segunda vez me hallé chasqueado. Poco malo podía yo decir, en justicia y en verdad, de *Su único hijo*; pero en verdad y en justicia, sí podía y debía decir mucho bueno. Renuncié, pues, sin gran dolor, lo declarado francamente, á mis propósitos de venganza, y aplacé para mejor ocasión lo de *pegar el palo á Clarín*, que si no quiere que yo le elogie, ha de principiar él por no escribir libros tan bien concebidos y tan admirablemente pensados como *Su único hijo*.

En medio del desencanto que en mi ánimo produce esto de no saborear la venganza, ese manjar de los dioses, como alguien la ha llamado (no recuerdo quién), siento allá, en los repliegues más ocultos de la capa en que se oculta mi amor propio, la satisfacción del que ve realizadas punto por punto sus profecías, á despecho del adagio que dice: «Nadie es profeta en su tierra.» Hace ya muy cerca de diecisiete años, cuando *Clarín* comenzaba á darse á conocer, hablábase en un círculo semipolítico, semiliterario, de los escritores que se iban y de los que venían para sustituirlos. No faltaban allí como habían de faltar? *laudatores temporis acti*, para quienes todos los que habían desaparecido ya, eran poco menos que genios, y todos los que entonces nacían á la vida pública, poco

menos que mentecatos. Negué en absoluto exactitud á tan absurda aseveración, pues no he sido nunca de aquellos para los que

cualquiera tiempo pasado
fué mejor;

nombré, para vigorizar mi negativa, á Luis Taboada, Armando Palacio Valdés, Ricardo Becerro de Bengoa, Eusebio Sierra, Segovia Rocaberti, Sánchez Ramón y algunos otros escritores, noveles por aquel entonces, y que prometían ya lo que después han cumplido con creces; mencioné entre ellos á *Clarín*, de cuyo lenguaje y de cuyo estilo comenzaron casi todos los presentes á decir horrores; yo les dejé decir cuanto se les ocurrió, y respondí solamente que aquel escritor primerizo, como tal inexperto, no formado aún, y por consiguiente sin estilo, valía más que todos nosotros, y que muy pocos años después sería uno de los primeros literatos de España. El recordar esto me produce contentamiento que debe de parecerse al que produce á los militares viejos hablar de las *funciones de guerra* en que tomaron parte y de las heridas que recibieron y de las cicatrices que llevan: en mis historias no hay heridas ni cicatrices; pero sí hay batallas, y triunfos y derrotas, y glorias y fatigas, más, más de éstas que de aquéllas, y las recuerdo con gusto.

Clarín es hoy lo que sabía yo que había de ser, y un poco más aún; porque yo no adiviné, ni era fácil que adivinase, sus excepcionales dotes de novelista, que acaso él mismo desconocía hasta hace pocos años.

Su único hijo, más que obra de entretenimiento, es un libro de estudio; pero libro admirable, labor de maestro.

La novela, por lo que de su lectura se desprende, y por lo que á la terminación se vislumbra, es solamente un fragmento de no sé qué grandioso edificio que *Clarín* está levantando ó acaso tiene ya levantado en su fantasía. ¿Terminará la obra? ¿La dejará incompleta?... Muy de veras sentiría que *Clarín* se enojase conmigo, porque me inclino á creer lo segundo...; y será lástima que acierte, porque el cuadro es hermoso, el lienzo grande, y las figuras que hasta ahora nos ha

presentado el autor, maravillosamente dibujadas, y prodigios de colorido y de movimiento: la *tiple*, el *tenor*, el *barítono*, son tres retratos de tamaño natural que honrarían al retratista más hábil; aquel tenor Mochi, mezcla de rufián y de caballero de industria, es de lo más acabado que he visto en la literatura novelesca; aquel barítono, buen mozo y mal hombre, seductor de guardarropía, sin noción del decoro ni sombra de vergüenza, puede colocarse—y no desmerecerá ciertamente—al lado de las mejores concepciones que tanta y tan merecida fama han dado á Daudet. Pero las mejores figuras del cuadro, las que me parecen más originales y con más novedad presentadas, son las de Emma y su marido; aquellos dos personajes son, por sí solos, dos estudios completos; es muy difícil hacer algo igual: me parece imposible hacer nada mejor... Pero voy á meterme en honduras, y, por ahora, no se trata de eso; quizá, sin tengo mimbres y tiempo, diga yo alguna vez lo que pienso de *Su único hijo*; por hoy solamente quería decir á su autor que tenía intención (y persevero en ella) de pegarle un palo para que dejase él de llamarle *Pangloss*; pero que no me ha sido posible dárselo por ahora, y que si él continúa escribiendo, y es muy capaz de continuar, obras como *Su único hijo*, sospecho que no podré pegárselo nunca, y que diga lo que quiera de su admirador y amigo

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

(Madrid Cómico, 22 de Agosto de 1891.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

